LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO

Arturo Uslar Pietri

COLECCIONES MAPFRE 1492

La creación del Nuevo Mundo comienza con la dificultad para reconocer el descubrimiento de un continente, expresada en los diversos nombres que recibe. A partir de este hecho se produjo el choque cultural más grande que se haya dado nunca. El contacto entre las culturas ibérica, indígena y negra fue conflictivo, así como difícil el acomodo a la heterogeneidad resultante. La organización social y la religión católica heredadas de los españoles se fueron impregnando de costumbres, creencias, formas de vida y visión del mundo de los indígenas y los negros. El autor en este volumen recoge varios trabajos sobre el multisecular y rico proceso de creación cultural de Iberoamérica, único en la experiencia colonial. Plantea asimismo la necesidad de reconocer un pasado contradictorio y de asumir las múltiples herencias recibidas para afrontar las dificultades presentes y hallar las posibles vías de solución para el futuro.

Arturo Uslar Pietri (Caracas, 1906), escritor, político, economista y periodista. Miembro de varias Academias de Venezuela y correspondiente de la Real Academia Española. Premio Príncipe de Asturias de las Letras de 1990. De su obra literaria y ensayística destacan *Las lanzas coloradas* (1931), *Oficio de difuntos* (1976), *Fantasmas de dos Mundos* (1978), *La isla de los Robinsones* (1981), *Godos, insurgentes y visionarios* (1986), *La visita del tiempo (1990).*

Colección América 92

LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1991, Arturo Uslar Pietri
© 1991, Fundación MAPFRE América
© 1991, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-194-2
Depósito legal: M. 36899-1991
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

ARTURO USLAR PIETRI

LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO

EDITORIAL
MAPFRE

LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO

ÍNDICE

Introducción 11

El 12 de octubre de 1992 19
El peregrino 29
El mestizo 41
Un rey negro 47
Aquellos indianos 53
El libertador 59
La guerra de los dioses y la creación del Nuevo Mundo 67
Liberales y libertadores 83
En busca de un nuevo orden 95
Un juego de espejos deformantes 107
La legión de malditos 115
Política y pensamiento en la América Latina 127
Somos hispanoamericanos 139
La comunidad hispánica 155
El hombre latinoamericano 500 años después 167

Reiteraciones 179

¿Quién descubrió América? 181
La América Latina y el Pecado Original 184
Cuándo nos descubrieron 187
Ni descubrimiento, ni encuentro 190
Descubriendo el Nuevo Mundo 193
El rey negro 196
Las maravillas del mundo 199
Las cosas de Indias 202
El tercer imperio americano 205
Meditación de Santo Domingo 208
La América del agua 211
De las americanidades 214
El mito de la juventud americana 217
El destino de la América Latina 219
Deuda y democracia en la América Latina 222
La América Latina en el umbral del siglo xxi 225
La América Latina en su hora 228
El mapa del futuro 231

Índice onomástico 235

Índice toponímico 239

Este libro reúne varios escritos del autor sobre Hispanoamérica, su originalidad cultural, la búsqueda multicentenaria de su identidad, su contradictorio pasado, su difícil presente y las vías posibles de su porvenir.

INTRODUCCIÓN

Este libro reúne un conjunto de reflexiones sobre ese inmenso complejo de humanidad, cultura y destino que muchos llaman la América Latina, otros Hispanoamérica, Iberoamérica y siempre, en muchos sentidos, el Nuevo Mundo. Aquí aparece ya el primer reflejo del gran equívoco, la ambigüedad que expresa la vacilación sobre el nombre mismo. Lo que en los primeros dos siglos del nuevo hecho histórico se llamó el Nuevo Mundo es, prácticamente, lo que hoy constituye la América Latina, desde el oeste y el sur de los actuales Estados Unidos hasta el Cabo de Hornos. Martin Walssemüller puso el nombre de América sobre el vago mapa de lo que hoy es la América del Sur, siguiendo las descripciones de viajes que difundió Américo Vespucio. Los españoles, por su parte, desde la primera equivocación colombina hasta el reconocimiento oficial de la Independencia en el siglo XIX no hablaron sino de las Indias.

La primera dificultad fue la de darse cuenta de que se había hallado un nuevo continente. Durante los 30 primeros años de la Conquista, limitada al Mar de las Antillas, sus islas y sus costas, persistió la idea de que se había llegado a alguna parte de la costa oriental de Asia, en la cercanía del fabuloso Cipango y de los dominios del Preste Juan de las Indias. Se buscó y se creyó encontrar todo lo que la herencia de la antigüedad clásica y judía había conservado en sus admirables mitos: el Paraíso Terrenal, la sobrevivencia de la Edad de Oro, las tribus perdidas de Israel, las Amazonas, la Fuente de la Eterna Juventud, los grandes ríos que salían del Edén, los hombres sin cabeza, la tierra del bien, de la riqueza y de la justicia.

Reconocer lo que estaba más allá de esas visiones irrenunciables ha sido un esfuerzo por identificar la realidad que no ha concluido en los cinco siglos de la historia americana.

Tan peculiar dificultad tiene varias causas y aspectos. En primer lugar la vastedad del escenario americano, de polo a polo, con todos los climas y aspectos geográficos y geológicos, lleno de plantas, animales y condiciones climáticas desconocidas para los europeos y africanos. Los indígenas no llegaron a tener una visión de conjunto de la masa continental. Estuvieron confinados por siglos en porciones aisladas y sin contacto, los del Caribe, los de la Costa Atlántica, los del Norte, y las grandes civilizaciones separadas de mayas y mexicas y de la Cordillera de los Andes, desde la sabana de Bogotá hasta las vertientes del Pacífico y del Plata, no tuvieron contacto. No había habido en la historia conocida una situación semejante, en la que grupos culturales muy definidos, que nunca antes habían tenido contacto directo entre sí, entran súbitamente en un encuentro abrupto y total. Algo sabían los europeos de los negros, muy limitadamente los negros de los europeos, ninguno de los dos algo de los indios, y nada los indios de los unos y los otros. Fue, ciertamente, el choque cultural más masivo y completo que se haya dado nunca.

Creemos saber que los indios experimentaron una sensación apocalíptica con la llegada inexplicable e incomprensible de aquellos seres tan distintos. Las armas, los caballos, los barcos, los perros, la viruela, la destrucción violenta e impune de los dioses nativos, produjeron a los indígenas una situación de estupor mental y moral que agotó su capacidad de reacción.

Los españoles llegaron, con el mismo impulso de la Reconquista peninsular, a conquistar nuevas tierras, someter infieles y cristianizarlos violentamente. Su impacto sobre el medio indígena fue cataclísmico, el de los indígenas sobre los europeos fue también efectivo pero más lento. En el alimento, en la vivienda, en la relación social, en la relación espacial, se formaron nuevos condicionamientos y adaptaciones. El indio dejó de ser lo que había sido durante todo el pasado y el español, a su vez, empezó a ser cosa distinta de los que se habían quedado en la península. Aun los que volvieron a la península ya no se parecieron a los demás y se les llamó «indianos» por sus extrañas peculiaridades.

El caso del negro fue igualmente conflictivo y transformador. Cazados por los reyezuelos de la costa occidental de África y vendidos a los traficantes, que en su mayoría no fueron españoles, vinieron en forma continua y creciente millones de africanos de las más diversas culturas negras, transportados como ganado en las horribles condiciones de los barcos negreros, para ser vendidos en los mercados de las Antillas.

El primer gran tropiezo cultural con que se toparon los conquistadores en las Antillas fue la inadecuación de los indígenas locales para el trabajo en la forma en que se conocía en Occidente. La pretensión de hacer de los indios cristianos pudo realizarse en alguna forma, pero la de hacerlos «labradores de Castilla» fue un constante fracaso. No habían atravesado el mar océano aquellos aventureros para resignarse a ser en la nueva tierra lo que no habían querido ser en la suya propia. Venían a dominar y señorear y no a la humillación, indigna de todo hidalgo o aspirante a tal, de trabajar con sus propias manos. Todas las tentativas de hacer del indio un labrador y un minero a la manera de España no lograron tener éxito. Ni su régimen de vida tradicional, ni su fortaleza física, ni siquiera su alimentación, ni su concepción de la vida misma, permitían al indígena convertirse en un siervo o trabajador en el sentido europeo. Huían, perecían o rendían muy poco. Fue entonces cuando se buscó en el África negra la mano de obra esclava necesaria para llevar adelante los propósitos económicos y sociales de la colonización.

En los tres siglos de duración del imperio español llegaron a tierra americana no menos de nueve millones de africanos. Pertenecían a las más diversas tribus y culturas, hablaban lenguas distintas y pertenecían a varias creencias espirituales. Esa masa humana se extendió rápidamente por todo el continente nuevo. Desde las Antillas fueron llevados a las costas continentales, llegaron a cubrir toda la ribera atlántica y buena parte de la del Pacífico. Los grandes cultivos coloniales del cacao, de la caña de azúcar, el algodón y mucha parte de la minería, fueron posibles por aquella sumisa y poderosa fuerza de trabajo. Pero no se limitó su aporte al solo esfuerzo productivo en las plantaciones y en las minas, sino que con ellos vinieron muchas culturas africanas vivas. No sabían escribir pero poseían un inmenso tesoro tradicional de cultura oral: mitos, consejas, concepciones del mundo y el destino, cantos, ritmos, danzas, y todo un juego de valores propios. Por su mis-

ma actividad estuvieron más cerca y en contacto diario con la minoría de los españoles y portugueses y de sus descendientes criollos que los indígenas. Eran los trabajadores de las plantaciones, muchas veces los capataces y, sin excepción, proveían el servicio doméstico en la casa de la familia criolla. Se creó así de hecho una intensa y continua pedagogía africana en el hogar criollo. Eran esclavas analfabetas las que recibían en la más tierna infancia, como ayas, a los hijos de la clase alta. Junto a la tradición española y cristiana, la pedagogía negra desempeñó un inmenso papel en la formación del alma americana.

El continuo contacto de las tres culturas era fundamentalmente conflictivo. Con la propia fuerza de su presencia continua crearon un condicionamiento peculiar en el espíritu de los criollos. Junto a la herencia española, predominante en todas las formas de la sociedad, debajo de las formas de la religiosidad cristiana y de la estructura social española, no desapareció nunca ese trasfondo de otras herencias y lealtades culturales contradictorias.

Cambió en muchas formas el español que llegó y sus descendientes, cambió el indígena en su sometimiento pasivo y real a otros valores morales, sociales y espirituales, cambió el africano, pero ese cambio significaba sobre todo el difícil acomodo, la mayoría de las veces inconsciente, a la heterogeneidad cultural en que se produce la nueva vivencia.

Ese hecho fundamental se manifiesta desde los primeros tiempos. Hay un cambio de mentalidad en el conquistador ante la nueva y extraña circunstancia. Se podría decir que todos ellos renacieron en América. No se puede leer a Bernal Díaz del Castillo sin encontrar reiteradamente la confirmación de este cambio de mentalidad. En Cortés es evidente antes y, sobre todo, después de su primera vuelta a España. Ni él entiende a los cortesanos, ni éstos a él. Hay un tono de naciente mexicanidad en su nuevo talante. La larga y sangrienta querella del conquistador con los magistrados enviados por la Corona y con las nuevas leyes de Indias traduce una diferencia de mentalidad y situación. Desde Vasco de Quiroga que propone a Carlos V aislar el nuevo continente de la influencia europea para implantar la utopía de Moro, hasta Lope de Aguirre que, en su locura criminal tan reveladora, escribe desafiante a Felipe II para alegar las razones de su nueva condición y desnaturalizarse de los reinos de España.

El insigne caso del Inca Garcilaso de la Vega ilumina esta peculiar condición del nuevo hombre americano. El hijo de la princesa incaica y del capitán Garcilaso es el primero y más claro ejemplo del conflicto cultural. Nacido en el Cuzco en la primera hora de la conquista española, profundamente leal a las dos tradiciones, va a España, combate en la Guerra de Granada, se hace sacerdote, y en la etapa final de su vida, a la sombra de la catedral-mezquita de Córdoba, escribe uno de los grandes monumentos de la prosa española del tiempo de Cervantes: *Los Comentarios Reales*. Se esfuerza por ser leal a las dos tradiciones y no quiere renunciar a ninguna de ellas. En ningún momento es un renegado, ni un converso, sino un hombre genuino que logra expresar con grandeza la condición conflictiva que forma parte indisoluble de su rica naturaleza.

En la hora de la Independencia la inagotable personalidad de Bolívar encarna cabalmente esa condición. No era un mestizo de sangre como Garcilaso pero siente igualmente su condición. «No somos españoles, no somos indios», afirmará en 1819 en su mensaje fundamental de Angostura, para añadir con sagaz intuición: «constituimos una especie de pequeño género humano».

Esa misma peculiaridad de la condición es la que se manifiesta en el caso ejemplar de Benito Juárez. Tampoco era mestizo de sangre. Indio puro de raza, nutrido de la herencia jurídica de las Partidas, con el más claro sentido de la historia propia, asume con magnífica plenitud la representación del destino hispanoamericano ante la invasión militar de los imperios europeos y representa sin fallas la personería de la gran patria nueva y de sus esperanzas.

Cuando aparece Rubén Darío y cambia el registro de la poesía de lengua castellana, lo que hace es reconocer plenamente su condición de criollo, heredero y creador del mestizaje cultural. No rechaza ninguna de sus herencias, las asume todas y se abre al mundo para aportarle el genio de su condición cultural. Su novedad no consistía en una adaptación de la poesía de los simbolistas y parnasianos franceses, sino en la manera como se apropia de todo ese pasado y ese presente para darle una expresión original que era, como él mismo proclamaba:

> muy siglo XVIII y muy antigua y moderna y audaz cosmopolita.

Este volumen recoge textos de una larga y varia reflexión sobre ese largo y rico proceso de creación cultural. Lo que se produce en

largos siglos en toda la extensión de los imperios español y portugués no es la superposición discriminatoria y limitada de una minoría conquistadora sobre una masa local perteneciente a otra cultura y otras condiciones, sino un ilimitado proceso de fusión de culturas del que surge, desde el primer momento, un hecho nuevo y que no tiene paralelo en las experiencias coloniales de las otras potencias europeas.

Había un nuevo mundo geográfico que fue rápidamente conocido y revelado al resto de la humanidad, había un nuevo mundo de trasplante europeo, que se dio en las colonias inglesas del Norte, pero hubo, con inmenso potencial de novedad y creación, ese otro genuino Nuevo Mundo de mestizaje cultural abierto y creador que constituye lo que hoy llamamos con tantos hombres, entre ellos el de América Latina.

Este es el hecho que importa destacar en la víspera del Quinto Centenario del Descubrimiento. Se dio entonces inicio, por medio de la interfecundación de tres culturas, a una poderosa mutación de la cultura occidental, plena de potencial creador.

Ese proceso, que ahora alcanza el medio milenio, es la creación del Nuevo Mundo. Un nuevo mundo peculiar, estrechamente vinculado a la europeidad por el aporte ibérico y por su apertura al mundo moderno, consustanciado raigalmente con los indígenas americanos y con las culturas africanas, abierto por su propia naturaleza a los distintos mundos en que hoy parece dividirse la humanidad y, por ello mismo, dotado privilegiadamente de un destino ecuménico.

En estos cinco siglos tan ricos y originales de historia peculiar se ha formado una familia de pueblos que tenemos que llamar por su verdadero nombre: la Comunidad Iberoamericana. Desde el Mediterráneo hasta el Pacífico, y desde el Pirineo hasta la Cordillera de los Andes, en quinientos años de búsqueda, pugna y creación se ha formado un inmenso y rico espacio de humanidad y cultura que no ha logrado hasta ahora tomar plena conciencia de su promisoria realidad y de sus inmensas posibilidades. Muchos obstáculos, prejuicios y azares no han permitido hasta ahora que ese inmenso potencial se reconozca y se organice para la acción conjunta ante el mundo.

Dos son las tareas fundamentales que hay que acometer con segura decisión. La primera es la de reconocer y asumir nuestro pasado en su totalidad, sin exclusiones, para poder reconciliarnos con nosotros mismos y asumir la plenitud de nuestras múltiples herencias. La segun-

da, consecuencia directa de la primera, será la definitiva y pragmática decisión de integrarnos en colaboración estrecha y eficaz para entrar con pleno derecho y presencia en el escenario mundial del siglo xxi.

EL 12 DE OCTUBRE DE 1992 *

* Palabras en la celebración del Día del Descubrimiento, el 13 de octubre de 1987, en Madrid.

Dentro de cinco años amanecerá el 12 de octubre de 1992. La tierra se irá desnudando ante el sol en un despliegue sucesivo de regiones, de climas y de gentes hasta completar la vuelta sobre sí misma. Es lo mismo que simbólicamente ha ocurrido en esta larga jornada de cinco siglos que, a partir de esa alborada, ha presenciado el surgimiento de un nuevo tiempo del hombre.

Todo comenzó con el más afortunado de los viajes. Tres naves, 88 tripulantes y aquel hombre visionario que llevaba tras de sí, sin saberlo, el destino del mundo. La primera impresión fue sorprendente y limitada. Prontamente los europeos se enteraron de que se habían hallado nuevas tierras y nueva gente. No sabían lo que habían encontrado y todavía hoy nos cuesta trabajo darnos cuenta de toda la significación y vastedad del suceso. Lustros pasaron antes de que advirtieran que se trataba de un nuevo continente, nunca antes conocido por ellos. Cristóbal Colón, el Almirante del Mar Océano, creyó haber hallado la ruta de las Indias por Occidente. Buscaba a Asia y llevaba cartas para el Preste Juan de las Indias.

Cuando se habla del Descubrimiento se evoca una efímera impresión primera del hallazgo en las mentes europeas. Lo que había ocurrido en realidad y se ha ido sabiendo, de sorpresa en sorpresa, fue el comienzo de un nuevo tiempo del hombre. Lo que vieron y lo que creyeron ver, lo que buscaban y lo que encontraron, lo que terminó y lo que comenzó, fue un nuevo tiempo para la humanidad entera.

La noticia corrió como una revelación, sirvió de acicate a las imaginaciones y dio pie a los humanistas para reencontrarse con los mitos lejanos de la Antigüedad Clásica.

No ha habido documento más influyente en la evolución de la mentalidad europea que aquella carta del Almirante, que es el acta de nacimiento de una nueva era.

En sucesivas etapas se fue desplegando la magnitud inabarcable del hallazgo. De las Antillas, con su nombre mitológico, se pasó a la Costa Firme, al Darién, al asombro del Pacífico, a la conquista de México, a la del Perú, a la búsqueda de El Dorado, a la circunnavegación del globo y a la posesión de los dos lagos universales que rodean la nueva tierra prodigiosa.

Tiempo tomó saber lo que habían hallado, si es que hemos llegado a saberlo cabalmente nunca; podía ser el Paraíso Terrenal, la Edad de Oro perdida de la mitología griega; podían ser las Amazonas que buscaron en el más grande río del mundo y en la vasta costa iluminada que llamaron California y que tuvo que ser California.

Lo que descubrieron, ante todo, fue la posibilidad ilimitada de imaginar. De los escritos de Colón, de Vespucio y de Pedro Mártir de Anglería no sólo surge un anuncio de inagotable novedad, sino una invitación irresistible a la creación intelectual. Va a ser posible hallar, al fin, todo aquello con lo que se había soñado, desde el Jardín del Edén hasta los hombres sin cabeza, desde las tribus perdidas de Israel hasta la Manoa resplandeciente de oro y pedrerías, desde las yerbas alucinógenas hasta la Fuente de la Eterna Juventud.

Marca ese día el génesis de una nueva mutación de Occidente. La lenta elaboración de esa gran cultura, que creció desde el Mediterráneo al Báltico, en el fecundo maceramiento de las herencias griegas, latinas, judías y cristianas, salta al otro lado del mar tenebroso para emprender una nueva etapa de su inmensa creación. Iberos en el Sur, anglosajones en el Norte y la abierta ágora del Caribe a la que convergerán españoles, ingleses, franceses, holandeses, daneses, para formar un insólito *Mare Nostrum*, trasladan una Europa que va a cambiar de fisonomía y sentido. En el Norte predominará el trasplante cercado de las colonias puritanas, en el Sur el encuentro abierto y mutuamente fecundante de las herencias y las culturas distintas.

La línea misma que dividió al Viejo Mundo en dos áreas de la Cristiandad, con dos concepciones del hombre y su destino, se extiende al otro hemisferio, con diferencias y antinomias que surgieron de la historia europea, entre un Norte protestante y un Sur católico, entre una concepción pragmática de la vida, dedicada al trabajo, al ahorro y

a las virtudes pacíficas, y otra deslumbrada por la vocación heroica, la concepción trágica y aventurera de la vida y el desdén por la paciente servidumbre.

Al Norte se van a sembrar, con paciente trabajo, las semillas de las que brotarán con el tiempo Montreal, Ottawa, Nueva York, Chicago y Los Ángeles. En el Sur se establecerán villas, reinos, universidades, palacios, conventos y una vocación abierta de mezcla de culturas de la que surgirá una nueva forma de comunidad.

Lo que comienza no es una Nueva España, ni un Nuevo Portugal, sino una nueva dimensión de la heredad histórica en otro escenario y con otros actores. Cuando comienza el siglo XVIII, el Nuevo Mundo es el que se ha formado en Iberoamérica y que Europa mal conoce y poco comprende. No sólo una nueva sociedad en una ribera del mar común, sino en las dos riberas. Una comunidad iberoamericana que va a transformar la herencia común y que va a influir en sus dos partes transatlánticas. El día en que el Rey de Portugal instala su Corte en Río de Janeiro, se hace evidente que esa comunidad existe, que no tiene centro privilegiado, y que corresponde a un nuevo tiempo. Si el plan del Conde de Aranda, o algo semejante, hubiera podido realizarse, no habría ocurrido el traumático desgarramiento de la Independencia y la afirmación poderosa de la comunidad iberoamericana no se hubiera retardado en más de un siglo.

Se creó la comunidad por un creciente proceso de intercambio y mutua influencia entre sus dos partes, que abarcó desde la mentalidad y la ley hasta las costumbres, la alimentación, la economía, la sociedad y la noción de la identidad.

Si ese viaje hubiera sido un mero descubrimiento de nuevas tierras y gentes, no habría tenido las descomunales consecuencias que lo caracterizan. Muchas cosas cambiaron para siempre a partir de esa fecha divisoria y otras muchas, que siguen vivas y actuantes en nuestro tiempo, tuvieron su punto de partida allí.

El tiempo de la humanidad separada termina y se adquiere por primera vez la visión global del planeta. La Cosmografía de Ptolomeo cae en pedazos, el mar tenebroso se convierte en un camino, el centro del mundo se desplaza del Mediterráneo al Atlántico, todo el globo se llena de caminos de agua y la tierra se hizo una.

Se ha dicho muchas veces que allí comenzó una nueva época de la historia universal, pero habría que decir más, porque con la incor-

poración activa de cuatro continentes y de los océanos mayores, se produce la universalización de la historia.

Vinieron de todos los sitios imaginables atraídos por la promesa de la inmensa novedad. Oviedo, que los vio llegar, atestigua:

> Que ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo que haya cristianos, así de Italia, como de Alemania y Escocia e Inglaterra, y franceses y húngaros y polonios y griegos y portugueses y de todas las otras naciones de Asia y África y Europa.

No sólo se conmovió Europa y sus grandes Estados históricos se aprestaron a participar en el aprovechamiento de la nueva oportunidad, sino que pronto, al través del Pacífico, hubo un tráfico con los puertos chinos para ampliar el diálogo de civilizaciones. El África, aislada y sin medios de actuar, experimenta duramente el acontecimiento. En un siglo, millones de africanos van a ser traídos, con su carga cultural, para incorporarse con injusticia a las tareas básicas para la formación de una nueva realidad.

Lo que comienza, en verdad, en esa fecha es el rumbo de un Nuevo Mundo. No sólo en el sentido estrecho en que lo nombraban los humanistas de la época, sino en otros dos sentidos reales, complementarios y creadores.

Hubo, ciertamente, un Nuevo Mundo americano, el que se formó en un desarrollo secular de toma de posesión de la tierra, de convivencia física, de simbiosis de culturas, de mezcla de razas y de mentalidades, de adaptación a nuevas moradas y nuevos interlocutores. Desde ese momento ni el europeo, ni el indígena, ni el africano, pudieron seguir siendo los mismos. Un vasto proceso de mestizaje, sobre todo cultural, se abre desde el primer momento: lo que surgió no era, ni podía ser, europeo, como tampoco pudo ser indígena o africano. Las tres culturas, en grado variable, se combinaron y mezclaron para crear un hecho diferente, todavía no enteramente reconocido ni definido, que se reflejó en todas las formas de la vida, de la mentalidad y de la relación entre las gentes.

Todas las creaciones del mundo han sido cataclísmicas, desde el *big-bang* de la moderna astrofísica, hasta las inmensas revoluciones de nuestro tiempo.

Tuvo mucho de cataclismo la creación del Nuevo Mundo. Luchas sangrientas, violencia y desgarramientos, situaciones insólitas de trasplante y adaptación, muerte y vida, crueldad y grandeza, todo ello hubo de concurrir para que en un desarrollo de menos de un siglo en el enorme y variado escenario de un nuevo continente, hombres distintos y ajenos llegaran a formar un nuevo hecho humano.

Cuando Cortés, con espeluznante convicción, arroja de sus altares las representaciones de las divinidades aztecas para poner en su lugar la cruz y la imagen de la Virgen, realiza un acto de la más extrema violencia física y espiritual. Esa actitud, que hoy nos resistimos a comprender, es la que va a definir el carácter singular del proceso de formación del Nuevo Mundo. No se vino a cohabitar, ni a superponer, sino a fundir, replantar y crear. El cronista sacerdote, Fernández de Piedrahita, expresa con terrible candor el propósito irrenunciable de

> la extirpación de la idolatría arraigada por tantos siglos en la barbaridad de los naturales.

La creación del Nuevo Mundo fue cataclísmica y de ella surge un hecho humano nuevo. En menos de un siglo los españoles, los indígenas y los africanos se hacen hermanos en Cristo y descendientes espirituales de Abraham, de Moisés y de los Padres de la Iglesia. Es así como se forma la base principal del rico fenómeno de la simbiosis cultural que le dará una comunidad espiritual a ese nuevo avatar de viejas culturas separadas.

El Nuevo Mundo, con todas sus peculiaridades y matices, se hizo cristiano y parte de la cultura de Occidente, lo que definirá para siempre su identidad y su destino. Así se formó el limo nutricio del que habían de brotar el Inca Garcilaso, Simón Bolívar, Benito Juárez y Rubén Darío.

El 12 de octubre de 1492 no sólo comenzó un Nuevo Mundo en América, sino que todo el resto del planeta empezó a experimentar el mayor cambio de toda su historia.

Los historiadores de la ciencia, del pensamiento, de la economía y de la sociedad, han dicho la inmensidad de esas novedades.

En el nacimiento del capitalismo financiero y de los modernos sistemas monetarios está la avalancha de metales preciosos americanos. Miles de toneladas de oro y plata desbordaron el marco estrecho de

las transacciones medievales para crear un mercado financiero transnacional.

El desarrollo de la población de Europa, que hizo posible las grandes concentraciones urbanas, la consolidación nacional y el desarrollo posterior de la revolución industrial, tiene en su base no sólo una ampliación mundial del mercado, sino el cese definitivo de las hambrunas que habían diezmado la gente europea durante siglos. Algunos protagonistas no-humanos del hecho americano, como el maíz y la papa, explican y determinan ese hecho. Desde los hábitos alimentarios hasta los usos sociales se transforman con la presencia del tabaco, el cacao, el caucho, la quina, el palo Brasil. Esa guacamaya roja y ese indio emplumado, que aparecen en la abigarrada decoración de los pintores barrocos, anuncia espectacularmente esa presencia definitoria.

Porque surge la noción de América y su novedad va a cambiar la ciencia y el pensamiento de Occidente. La visión misma del planeta y del cosmos tiene que abandonar la ingenua máquina cosmológica de Ptolomeo para aceptar la concepción heliocéntrica del sistema planetario, con todas sus inmensas consecuencias de todo género.

Los nuevos climas, los nuevos cielos, la realidad de las antípodas, la inagotable variedad de plantas y animales nunca antes conocidos, van a provocar dudas y debates y a conducir a nuevas concepciones. ¿Estuvieron aquellos animales desconocidos en el Arca de Noé?, y, si lo estuvieron, ¿cómo llegaron a desaparecer del Viejo Mundo?

Los avances de la ciencia en el siglo XIX muestran raíces americanas. El libro de Acosta, el viaje de Humboldt, la llegada del *Beagle* a la costa austral americana y a las Galápagos, son los antecedentes decisivos de la formulación de la doctrina del origen de las especies por Darwin.

La idea de Independencia y la de revolución, que han dominado la historia del mundo moderno, tiene su origen en la experiencia americana. La utopía es americana. La carta de Colón y las publicaciones de los primeros divulgadores del hecho van a sacudir el pensamiento europeo. Se ve claro en Montaigne el efecto devastador de aquella revelación mal comprendida.

El libro de Tomás Moro es, paladinamente, la consecuencia ideológica de la primera visión del mundo americano. Moro, canciller y santo, mira con repugnancia el cuadro de su Inglaterra contemporánea. La pobreza, la injusticia, la guerra, el odio, las luchas de poder no han

servido sino para engendrar infelicidad para todos. Rafael Hitlodeo, su protagonista, le confirma lo que Colón y Vespucio habían anunciado, que había otro mundo donde los hombres vivían en la paz, en la abundancia, en la justicia y en el bien. La conclusión era inevitable, los europeos, en muchas formas, habían extraviado el camino y se habían condenado a vivir en una forma de sociedad abominable.

Hace años el historiador de las ideas Paul Hazard habló con mucha autoridad, a este respecto, de la crisis de la conciencia europea, que no es otra cosa que la desgarrada y dolorosa reflexión que sobre la propia condición la visión del buen salvaje plantea a los pensadores del Renacimiento. De esa contradicción fundamental entre lo existente y lo posible se va a nutrir el pensamiento revolucionario que culminará en la Ilustración con Rousseau y los Enciclopedistas, y con el gran rito bautismal y sangriento de la Revolución Francesa. En esta forma, Robespierre, Marx, Lenin y Mao son los extraños epígonos de la reflexión sobre el Descubrimiento.

Ha predominado la tendencia a considerar la historia de las ideas políticas desde una perspectiva europea; sin embargo, la primera vez que se plantea la idea de Independencia y que en un documento histórico fundamental se invocan como verdades evidentes e irrefutables que

> todos los hombres nacen iguales, que han sido dotados por su creador de ciertos inalterables derechos, entre los que están la vida, la libertad y la busca de la felicidad,

ocurre en tierra americana y es allí también donde, en el Preámbulo de la primera Constitución escrita del mundo, aparece un personaje que asume su insólita presencia con estas palabras que tanto habían de resonar en todos los rincones de la tierra: «Nosotros el pueblo...».

Nada de lo que existe hoy como civilización, como política, como pensamiento, no es consecuencia, en alguna forma, del gran suceso que tiene como punto de partida el viaje colombino. Desde las artes hasta las ciencias, desde las ideologías hasta las costumbres, desde la noción del universo hasta el concepto mismo de humanidad.

Reducirlo a un solo aspecto, simplificarlo en una de las infinitas facetas que revistió y sigue revistiendo, en un suceder que alcanza el medio milenio, es condenarse a no comprenderlo. Rebajarlo a las ele-

mentales nociones de un descubrimiento y una conquista es mutilarlo y deformarlo hasta hacerlo irreconocible. Descubrimiento hubo, ciertamente, de una manera transitoria y parcial; conquista también, con todas las terribles inhumanas o demasiado humanas consecuencias, pero esto no fue sino parte, acaso necesaria e inevitable, de un inmenso proceso que no tiene paralelo en la historia.

Hubo una cruenta etapa de conquista. Esta sola palabra despierta atroces evocaciones en la memoria de los pueblos, particularmente de los más débiles, pero también junto al hecho, que desgraciadamente no fue el primero ni el último, de imposición por la fuerza de una nación sobre otras, fue, egregiamente, la ejemplar ocasión en la historia en la que una potencia conquistadora se detiene en su ímpetu para reflexionar sobre la legitimidad y justicia de lo que está haciendo.

El debate de Valladolid, en 1552, y las disposiciones reales que se derivaron de él, constituyen la primera ocasión en que un gran poder expansivo hace alto para resolver problemas de justicia y de conciencia que el hecho le plantea. Es allí donde, por primera vez, se proclama al más alto nivel de Estado que «todas las gentes son naciones», que todas las naciones tienen derechos que deben ser respetados y que constituyen una comunidad internacional y, lo que no es menos importante, que aquellos remotos y desconocidos indios tenían por ser hombres los mismos derechos de los conquistadores. ¿Habrá algún ser humano hoy en la tierra que esté dispuesto a desconocer y rechazar esa herencia?

La humanidad en pleno es la que ha de convocarse a sí misma para conmemorar con toda dignidad los cinco siglos de esa fecha simbólica en toda la plenitud de sus significaciones, sin excluir ninguna de ellas, y sin tampoco reducirla a una sola de sus peculiaridades.

A las alturas del 12 de octubre de 1992 ya no pueden sonar tanto a hipérbole las palabras iluminadas que el clérigo historiador dirigió a Carlos V, al borde de la blasfemia:

> La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Mundo Nuevo.

EL PEREGRINO

> En el año de cincuenta y nueve dio el Marqués de Cañete la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Ursúa... Fue este mal gobernador tan perverso y vicioso y miserable que no lo pudimos sufrir... no diré más de que le matamos, muerte, cierto, bien breve. Y luego a un mancebo caballero de Sevilla llamado don Fernando de Guzmán, le alzamos por nuestro rey y le juramos por tal, como tu real persona verá por las firmas de todos los que en ello nos hallamos, que quedan en la isla Margarita, en estas Indias; y a mí me nombraron su maestre de campo y porque no consentí en sus insultos y maldades me quisieron matar; y yo maté al nuevo rey, y al capitán de su guardia, y al teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a su capellán clérigo de misa, y a un almirante, y a dos alférez y otros seis aliados suyos, y con intención de seguir la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros, nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y quisiéronme matar, y los ahorqué a todos.

Esta es la espantosa confesión que un día del año de 1561, desde una recién fundada aldea cerca de la costa del Mar Caribe, escribe un hombre ya viejo, cojo de una pierna y enfermo. El hombre es Lope de Aguirre. Las palabras que escribe van dirigidas a la sobrehumana majestad de Felipe II, que era entonces el príncipe más poderoso de la tierra. Y todo cuanto dice es cierto.

No ha habido en toda la extraordinaria historia de la conquista de América por los españoles aventura más temeraria y pavorosa que la que en esas breves palabras resumió su propio autor. Ni ha habido entre todos los excepcionales hombres que recorrieron y sojuzgaron las

inmensas tierras del Nuevo Mundo, figura más compleja, vigorosa y trágica que la de aquel personaje que con tanto sentido de lo dramático, de lo histórico y de lo mágico, firmó su carta de desesperado para el rey con este nombre turbador: Lope de Aguirre el Peregrino.

En su tiempo llegó a convertirse en una leyenda sobrenatural. A las gentes de las nuevas villas americanas les parecía un enviado del infierno y acaso el mismo diablo. En un romance compuesto en sus días se afirma:

> A nadie da confesión
> porque no lo ha acostumbrado,
> y así se tiene por cierto
> ser el tal endemoniado.

Su nombre y sus hechos llegaron a ejercer una verdadera fascinación trágica. Los pueblos quedaban abandonados de sus pobladores. La gente se santiguaba al nombrarlo. En el istmo de Panamá, donde estaban apercibidos para combatirlo si llegaba, una falsa alarma produjo una verdadera catástrofe por causa del desconcierto y del terror que su nombre inspiraba. Todavía después de muerto se le seguía temiendo. Y aún hoy, su nombre está asociado a muchos temores supersticiosos de los lugares por donde pasó. A un fuego fatuo, que arde misterioso algunas noches en la sabana, los campesinos recelosos lo llaman el alma en pena del Tirano Aguirre.

Su vida histórica se compone de dos partes desproporcionadas. La primera, que es la mayor, y que es gris e insignificante, comprende casi toda su vida. El nacimiento de hidalgo vizcaíno pobre en Oñate; sin dejar huellas. El paso a las Indias y en un año igualmente indeterminado. Y treinta años de andanzas y aventuras en las Indias.

En todos estos años no logra destacarse. Vive en oscuridad, bajo la sombra de otros, sin alcanzar fortuna ni renombre. Es uno de los destinados al fracaso en vida y al olvido en muerte.

A fuerza de mucho averiguar se han podido establecer algunos hechos. Algunos pocos más de los que él mismo dice en los contados y reveladores documentos que de su mano nos quedan. Sabemos que era apreciado como buen jinete y domador de caballos. Sabemos que tenía ojeriza por las mujeres y en especial por las de vida libre. No se le conoce sino una hija mestiza y que debió haber tenido ya en edad

madura. Y, además, sabemos que era revoltoso y violento. Anduvo mezclado en varios de los sonados alzamientos de los conquistadores del Perú contra las disposiciones y los funcionarios de la Corona castellana, pero sin obtener figuración destacada en ellos. Es de los del montón. De los que se pasan a última hora o de los que reciben un perdón anónimo. En una de esas luchas, en que se pone al servicio del rey, recibe un tiro de arcabuz que le rompe la pierna y que lo deja cojo para toda la vida.

Pasa ya de los cincuenta años, que es edad muy avanzada para lo que era la duración media de la vida en el siglo XVI y en América. Las más de las gentes lo llaman el viejo Aguirre, y los más allegados, para darle un tratamiento afectuoso, le dicen: padre. Y es entonces cuando, como una súbita llamarada, en el escaso lapso de un año, su vida alcanza la legendaria plenitud de una realidad sobrenatural y concluye.

De ese año final y resplandeciente de luz trágica sabemos, en cambio, mucho. Tenemos, en primer término, varias cartas y documentos de su propia mano, y luego, las numerosas informaciones y relaciones hechas por las autoridades españolas o por sus propios compañeros, en las que se cuenta con mucho lujo de detalles todos los sucesos de aquella terrible expedición. De éstas, acaso la más notable y verídica sea la que escribió el bachiller Francisco Vázquez.

En ese breve tiempo comete todos aquellos crímenes de que hace ostentación en su carta al rey, se hace dueño de los sobrevivientes de la expedición enviada por el virrey del Perú a descubrir el reino de El Dorado y de los Omaguas, recorre todo el curso del río Amazonas, sale al mar en dos bergantines que ha construido en las riberas, toma por sorpresa la isla de Margarita, frente a la costa de Venezuela, y se apresta a regresar sobre el Perú, para deponer al virrey y a las autoridades y hacerse dueño absoluto de tierras, riquezas y hombres.

Al comienzo de la aventura es hombre de poca figuración. Trae con él su hija y una rara mujer, medio manceba, medio dueña, la Torralba, de la que poco se sabe. Anda siempre como apartado de los demás con un pequeño grupo de gente adicta. La primera función que le dan es la notarial e insignificante de Tenedor de Difuntos.

Lo que sí parece evidente es que él no creía en que iban a buscar El Dorado. En eso podían creer otros. Los que contaban la historia de unos indios brasiles y de un portugués que había remontado el gran río y había vislumbrado desde una de sus orillas el reino de oro de los

Omaguas y el palacio del rey Dorado. Podía creerlo acaso Pedro de Ursúa, el jefe de la expedición, pero no el Marqués de Cañete, virrey del Perú, que la había dispuesto. Lo que pensaba Aguirre era que la expedición a El Dorado era una estratagema del virrey para reunir disimuladamente un ejército con el cual luego alzarse y quedarse dueño del Perú, que era lo que habían intentado antes los Pizarro y los Hernández Girón sin resultado. Esa creencia fue, sin duda, la que determinó a Aguirre a enrolarse.

Más tarde, cuando se convenció de que la expedición llevaba el propósito verdadero de buscar El Dorado, siguió pensando, junto con otros, que aquélla era una estratagema del virrey, pero ya no para alzarse con el reino, sino para alejar definitivamente de él a los más peligrosos y revoltosos de sus habitantes.

Desde entonces no hace otra cosa que prepararse a dominar a los expedicionarios para ponerlos a su servicio y regresar con ellos a conquistar el vasto reino del Perú, que es para él el único y verdadero país de El Dorado.

Su empresa va a tener dos etapas. La primera consiste en hacerse el jefe indiscutido. Ya era bastante dificultad deponer, desplazar o someter todos aquellos hombres aguerridos e investidos de autoridad legítima para colocar en su lugar al viejo, cojo y fracasado Aguirre. La segunda etapa no era menos ardua. Consistía en hacer de aquellos ilusos buscadores de tesoros los leales soldados de una desesperada sublevación contra el rey de España. Gentes que estuvieran dispuestas a seguirlo, sin fatiga, sin temor y sin vacilaciones, por millares de leguas, combatiendo con la naturaleza y con las tropas españolas hasta coronar la empresa temeraria apoderándose del Perú.

Esas dos etapas las concibe con toda claridad y las acomete con una decisión y una rapidez pasmosas. No hay conquistador español que le exceda en el arrojo, en la energía y en la decisión heroica para acometer lo imposible.

Al mismo tiempo que audaz y enérgico es astuto, marrullero e intrigante. Sabe tocar con firmeza y oportunidad los resortes fundamentales de la psicología humana: el terror, la ambición, la codicia, el odio, el amor. Sabe matar y mentir sin vacilaciones y de un golpe de vista parecía conocer el fondo del alma de los que le rodeaban. Las gentes le esquivaban la mirada.

En un tiempo breve logra fomentar las divisiones y los recelos en el campo. Hace matar al gobernador Ursúa. Hace levantar por jefe a un infeliz joven sevillano, don Fernando de Guzmán, quien cae por entero bajo su fascinación mortal, y entonces concibe el acto fundamental de su hazaña.

Al firmar el acta de elección de Guzmán, añade la palabra: traidor. Todos se alarman. Que es lo que él quiere. Y entonces les hace ver que por haber matado al gobernador todos son reos de traición y que del rey no pueden esperar sino la muerte. No hay perdón que esperar. Pero pueden, en cambio, seguir adelante combatiendo y ganar efectiva libertad y señorío. Hacerse señores de aquellos reinos que ellos mismos han ganado para el rey. El paso siguiente consiste en proclamar rey a aquel monigote de Guzmán y en firmar una nueva acta por la que todos declaran acatarlo como príncipe y señor natural y desnaturalizarse de los reinos de España.

Con esto piensa que ha sellado indisolublemente el destino de aquellos hombres al suyo propio. Ya no tendrán más camino que seguirlo hasta la remota victoria final o hasta caer combatiendo a su lado. Ya no serán sino sus Marañones, y con oportunas y repetidas muertes les recuerda los deberes de la fidelidad.

Cuando todo esto ocurre están en medio del río de las Amazonas, rodeados de la más impenetrable selva tropical y a millares de leguas del más cercano establecimiento de seres civilizados. No cuentan sino con dos toscos bergantines: el *Santiago* y el *Victoria*, que han construido con sus propias manos. Y es allí donde termina de concebir su plan, de una sencillez tan aterradora como su sobrehumana dimensión. Terminarán de bajar el río descomunal que sólo Orellana había navegado antes que ellos. Saldrán al océano. Navegarán costeando durante muchos días hasta rebasar las bocas del Orinoco. Tomarán por sorpresa la isla de Margarita. Se aprovisionarán de buques, armas y recursos. Continuarán el viaje hacia Nombre de Dios, en el istmo de Panamá. Lo tomarán de improviso. Atravesarán el istmo con toda rapidez para apoderarse de todos los barcos que se encuentren en el puerto del Pacífico. Armarán a todos los descontentos, y luego bajará la acrecentada expedición en los numerosos barcos capturados a tomar la desprevenida ciudad de Lima.

Acaso hubiera podido realizar todo esto. Energía heroica demostró para hacerlo. La parte que logró realizar pertenece ya, en todo caso, a la categoría de las hazañas excepcionales.

Su empresa es más ardua y difícil que la de ningún otro conquistador. Todos habían luchado desesperadamente y sin cuartel contra el indio enemigo. ¿A dónde hubieran podido huir los soldados de Cortés o los de Pizarro? Pero Aguirre iba a luchar contra los propios españoles, contra el poderoso prestigio tradicional de la autoridad real. No se le ocultaba que la tentación de ganar el perdón desertando iba a ser muy fuerte en sus hombres. Tenía que cuidarse de ellos tanto como de los enemigos. Y eso fue, en efecto, lo que lo perdió. No lo derrotaron las fuerzas del rey, lo derrotó el prestigio religioso de la Corona. Sus hombres lo fueron abandonando precipitadamente. No fueron suficientes todas las muertes que prodigó para mantenerlos sujetos por el terror.

Este hombre impávido y desesperado lucha hasta el último momento. Lucha hasta que se queda solo. Hasta que uno de sus propios Marañones, pasado a las tropas del rey, le dispara el arcabuzazo fatal.

Lo que siente es desprecio e indignación por aquellos hombres que huyen y se pasan a las banderas reales. Le parece que no comprenden la grandeza de la hazaña que él les propone. Él les ofrece llevarlos a reinar sobre todas las riquezas del Perú y ellos cambian todo eso por un inseguro perdón del rey. No son de su clase. Él sí se siente lleno de un demoníaco orgullo. Y lo proclama abiertamente. Como en aquella malhumorada y burlona carta que desde Margarita dirige al Provincial Montesinos, donde entre otras cosas muy significativas le dice:

> ...después de creer en Dios, el que no es más que otro no vale nada, y no vaya Vuestra Paternidad en Santo Domingo, porque lo tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está, y para eso, César o nihil.

En su carácter están abultados hasta el exceso los rasgos del conquistador. En él se ven como tras un vidrio de aumento. Su locura criminal no altera esos rasgos. Tan sólo los acentúa hasta lo monstruoso.

Tuvo la desgracia de nacer tarde. Ya las Indias estaban conquistadas y él ni tenía paciencia para someterse y vegetar, ni gustaba de «oficios ruines», que eran para él los más de los trabajos, sino que, como escribió:

> por nuestros hados no sabemos sino hacer pelotas, y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre.

Él representa hasta el grado trágico de la locura criminal la causa del conquistador frente a la Corona castellana. Se sentía solidario de los hombres que conquistaron las Indias. Y le parecía intolerable que aquellas tierras que conquistaron vinieran a arrebatárselas y mermárselas unos oidores, bachilleres y frailes enviados por los que nunca habían salido de las comodidades de la Corte. Él representa el hecho de la conquista y se opone a las disposiciones jurídicas que la Corona establece para arrebatar a sus autores los frutos de ese hecho heroico. Todo eso es lo que expone en su carta al rey, a quien llama ingrato. Es el alegato de los Cortés y los Pizarro, pero elevado a la desesperación.

La suya es la forma desesperada y final de la rebeldía contra el espíritu de las Leyes de Indias. En este sentido es él el anti-Vitoria, el anti-Las Casas, la encarnación feroz de la lucha del conquistador por retener su presa, frente a las limitaciones y las cortapisas morales y jurídicas de la Corona.

Por eso mismo resulta, por lo menos, exagerado calificarlo como algunos lo han hecho de precursor de la independencia de Hispanoamérica. En cierto modo la independencia americana no fue sino la consecuencia extrema de las premisas jurídicas y morales de las Leyes de Indias. Y precisamente contra ese espíritu se alzó en armas Aguirre. Él lo que quería era disfrutar de la conquista sin estorbos de leyes y de Audiencias. Fue ciertamente un rebelde, pero ni en el espíritu, ni en la intención, se le puede considerar como un antecesor de lo que fue la lucha por la Independencia de las colonias españolas.

No le pertenece esa gloria involuntaria, como tampoco le pertenece la que algunos historiadores han querido adjudicarle de ser el primero que navegó el canal natural que une, por el Río Negro y el Casiquiare, el sistema del Amazonas con el del Orinoco. La verdad es que todo el tiempo, hasta salir al mar, navegó por el Amazonas. Si hubiera salido por el Orinoco hubiera tenido que detenerse en los raudales y cambiar de embarcaciones. Y el hecho cierto es que ni Vázquez ni ninguno de sus compañeros, que nos han dejado pormenorizados recuentos de todas las peripecias del viaje, hacen ninguna referencia a un contratiempo de tanta monta como hubiera sido ése.

Para el prestigio sangriento de su nombre le basta aquella tenacidad heroica que no llegó a faltarle un solo instante, y el haber vivido algunos de los momentos de mayor intensidad dramática que haya experimentado ser humano alguno.

Cuando ocurre la primera deserción de sus hombres en la isla de Margarita, puede pensar en el fracaso. En efecto, ya alertadas las autoridades españolas puede considerar perdida la enorme ventaja de la sorpresa, que era en realidad la única con que podía contar. Pero entonces, en lugar de amilanarse, adopta con toda frialdad otro plan todavía más temerario e irrealizable. El de ir a la conquista del Perú por tierra y combatiendo contra un enemigo avisado. Con su puñado de Marañones se propone atravesar a sangre y fuego toda la Gobernación de Venezuela, todo el complejo nudo de los Andes colombianos, y bajar por sobre centenares de leguas de cordilleras, volcanes, ríos, pantanos, hasta el valle del Rimac y la orgullosa Lima.

Y sin vacilaciones se lanza a ejecutar ese plan, junto al cual las más audaces hazañas parecen consejos de prudencia, hasta caer combatiendo, solo y abandonado, en mitad de la Gobernación de Venezuela, en la para entonces recién fundada ciudad de Barquisimeto, hasta que uno de sus propios Marañones le dispara el arcabuzazo final y otro le cercena la cabeza agonizante y la alza por los cabellos, todavía empavorecido y fascinado, el lunes 27 de octubre de 1561.

Pero la hora más honda y espantable de aquella vida increíble fue la que le tocó vivir poco antes de su final. Aguirre amaba a su hija Elvira. En toda aquella loca aventura la lleva a su lado, sin desampararla un momento. La colma de cariños y cuidados. En las horas más difíciles se advierte claramente que lo que más le preocupa es el futuro de ella. Acaso toda aquella sobrehumana empresa no la concibe sino para el bienestar de ella. A su soldado Pedrarias de Almesto, que lo traiciona dos veces, lo perdona, sin embargo, porque piensa que es el novio de Elvira y que podrá salvarla casándola con él.

Cuando en el día definitivo de Barquisimeto todos se han pasado al rey y Almesto lo traiciona por tercera vez, marchándose con los otros, Aguirre entra en la habitación donde su hija reza en compañía de la Torralba, y le anuncia: «Hija, prepárate a morir». Y después de apuñalarla con mano que no tiembla, dijo el tremendo epitafio: «Ya no serás colchón de tanto bellaco».

En esa culminación trágica que sobrecoge, termina aquella atormentada carrera. Lo que él consideraba su peregrinación. Una de las más avanzadas y solitarias peregrinaciones que ser humano alguno haya realizado por los caminos del heroísmo, de la locura y de la muerte.

EL MESTIZO

El Inca Garcilaso de la Vega es, en el tiempo, el primer gran criollo. El primer ser en el que resuena con eco perpetuo e inconfundible el oscuro son de lo americano. En él está personificado de modo insuperable el rico y dramático carácter de lo mestizo, que es el rasgo fundamental de la empresa española de América y el más permanente y genuino del espíritu hispanoamericano.

Nace mestizo de sangre en la más temprana hora del experimento americano. Nace en 1539, apenas ocho años después de que los españoles han entrado en el imperio de los incas. Su madre es una flor de la raza vencida: la ñusta Isabel Chimpu Ocllo, sobrina del emperador Huayna Capac y nieta del emperador Túpac Yupanqui. Su padre es uno de los más cabales tipos del conquistador español: el capitán Garci Lasso de la Vega. Gran señor de casta y de guerra, emparentado con grandes casas españolas, y con el homónimo famoso que trajo las formas toscanas a la poesía de Castilla. Uno de aquellos hombres en cuya sangre y humor estaba la esencia y el sentido del Renacimiento español.

Nace en el Cuzco. En la ciudad sagrada de los incas, a la sombra de los grandes monumentos inverosímiles, la fortaleza de Sacsahuaman, la piedra que llora, los restos del Coricancha que sirven de base a la iglesia de Santo Domingo, donde en la forma más contrastada y extrema se está adelantando la gran tarea de mestizaje cultural. Junto al quechua resuena el castellano, junto al caballo marcha la llama, unas bocas trasiegan vino y otras bocas mascan coca, a la puerta de la casa del hidalgo armado, huesudo y barbudo, se agrupan los indios cobri-

zos, redondos, lampiños. En todos los aspectos de la vida coexisten mezclándose en zonas de contacto las formas ajenas y contradictorias.

Acaso en ninguna parte sea más patente ese contraste que en aquella inmensa casona donde crece nuestro Inca. Grande como un cuartel español o como un templo inca. Por sus enormes patios y vastos corredores pasan rumorosos de espuelas y armas los castellanos que van a visitar al capitán Garcilaso. Hablan de guerra, de religión, de intrigas políticas, de frutos y cosas de España. El niño se acerca a oír.

Pero en el otro extremo de la casona, silenciosos como sombras, se congregan los familiares incas de la ñusta Isabel. Viejos guerreros y funcionarios palaciegos de los últimos emperadores, gente abatida y doliente, cuyo solo consuelo estaba en rememorar monótonamente los viejos anales de sus glorias. El niño también los oía y estaba presente y asombrado cuando al terminar decían entre sollozos y suspiros: «Trocósenos el reinar en vasallaje».

Nunca de un modo más patente y dramático pudieron reflejarse en un espíritu más receptivo las fecundas contradicciones de la empresa española y el dramático nacimiento del espíritu criollo. Por eso en Garcilaso lo mestizo va mucho más allá de la sangre y se convierte en símbolo de toda una época.

Lo mestizo, lo impuro, la capacidad de absorber y abarcar los contrarios, que es una de las características que más se marcan en lo hispanoamericano, era una tendencia y una condición ya antigua en los españoles que vinieron a la conquista de las Indias. Se había forjado en la presencia activa de la diversidad. Habían sido por siglos el puente de Europa y de Oriente, de lo semita y de lo ario, habían estado casi siempre en la frontera de dos mundos, de dos espíritus, de dos religiones, invitados a la acción y a la unidad. Lo que van a encontrar y lo que van a hacer en América, lejos de modificar o interrumpir esa tendencia, la fortifica y la completa.

A esa España llega mozo el mestizo de sangre y espíritu que es Garcilaso. Su problema simbólico, el gran problema criollo, es llegar a saber lo que es. No es un español. Es y no es el hijo del capitán Garcilaso. Lo es por la sangre, pero lo es menos por la ley. Ha nacido ilegítimo y el capitán se ha casado luego con dama española y ha tenido hijos. No tiene ningún derecho claro a la sucesión. Los encumbrados parientes españoles no lo reconocen del todo. Lo toleran y lo

protegen a medias, no sin mucho desdén. Ni sabe exactamente lo que es, ni sabe tampoco lo que va a ser.

Toma el camino de las armas. Parece ser el que le está menos cerrado. Estuvo en el arma de arcabuceros. Es posible que haya pasado a Italia. En todo caso llega al grado de capitán en la guerra de las Alpujarras, luchando contra los moriscos insurreccionados. Tiene mucho sentido hispánico ese episodio de su vida militar. El mestizo de los incas convertido en capitán español, llevando adelante la guerra santa por la unidad espiritual, contra la minoría que representaba la disidencia moral y religiosa. Que era lo mismo que habían hecho los compañeros de su padre contra la raza de su madre en las sierras del Perú.

A pesar del promisorio comienzo no prospera en las armas. Algo atávico lo atrae a ellas. Seguramente con desilusión y amargura se va inclinando al estado eclesiástico y a los estudios. Pasa de las armas a la iglesia y a las letras. Vive en Andalucía en vida retirada y sobria. Dice su misa. El reflejo de la custodia de oro debía de iluminar extrañamente su perfil de inca. Era la imagen del sol de oro de su raza materna la que se alzaba entre sus manos. Pero con todo el rezago indio su cristianismo era sincero y hondo. Era como la vía de sosiego para tanta contradicción interior.

En el salón donde estudia y trabaja conserva una panoplia con sus armas de guerrero.

Su primera empresa de escritor va a ser un prodigio de mestizaje. El espíritu del Renacimiento ha estado penetrando en él en las formas toscanas de Bocaccio, Ariosto, Boyardo. La sutil lección del humanismo prende en su alma. Pero en ninguna parte halla más regalada miel que en los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, por la «suavidad y dulzura de su filosofía y lindezas de que se trata». Insensiblemente se pone a traducir. Lo hace en un castellano limpio, mesurado, ligero, donde retiñe una apagada armonía interior, en una lengua elaborada al tono de lo clásico. Acaso también tenga la tentación de traducirlo al quechua materno.

Pero lo que importa para la historia del alma hispánica es que ese libro que en italiano expresa de modo insuperable lo esencial del pensamiento neo-platónico que anima todo el Renacimiento en Europa, ese maravilloso tratado del amor, es la obra de otro español alógeno, del judío expulsado Judas Abardanel, que recogido en Italia la concibe y la lanza al mundo. Y quien viene en definitiva a repatriarla a España,

en su más cabal versión, en la que va a influir en todo el pensamiento español y a resonar en Cervantes, es el mestizo indiano, es el hijo del capitán y de la ñusta.

En sus otras obras no llega a tanto esplendor histórico y riqueza de contraste la hazaña del mestizaje, pero no por eso dejan de ser de las obras más mestizas, más criollas y más importantes de la literatura hispánica de su tiempo.

Así como traduce a León Hebreo, él va a hablar de la otra gran empresa del Renacimiento español, de aquella empresa americana que está viva en su sangre.

En la *Florida* y en los *Comentarios Reales* está algo mucho más importante que la crónica de la conquista. La conquista es una grande hazaña española concluida y cerrada que ha dejado testimonios tan extraordinarios como la *Historia* de Bernal Díaz. Pero la grande hazaña española de crear un nuevo mundo, esa hazaña no cerrada ni concluida, sino abierta, la española hazaña del mestizaje, no tiene testimonio más alto ni más valedero que esos libros del Inca Garcilaso. Lo que él da allí es la primera confesión del alma criolla, una primera iluminación de la ardua y compleja condición americana.

Lo mestizo es lo fundamental en el Inca Garcilaso, lo que lo hace tan grande y tan valioso para entender a América y a España. Su vida y su obra tienen un inagotable valor de revelación.

El destino, que no es el puro azar, quiso perfeccionar en su tránsito el metal de su vida.

Muere en 1616, un año muy cargado de sino para las letras universales, y muere en Córdoba.

Córdoba es un hito de la formación del alma española. Como el Cuzco es otro. El largo y prolongado mestizaje del que salió la España moderna tuvo allí su cabeza y su cifra, como tuvo en el Cuzco su remate. La Córdoba de Abderramán III, de Averroes, de Aben Guzmán, de los guerreros, de los filósofos, de los poetas, que llegó a ser la «lumbre de Occidente», iba a hacer a España tanto como Burgos.

El símbolo insuperable de la cruenta reunión y del mestizaje es la mezquita. Los arcos alcoránicos resuenan con el latín de la misa. Pero la brisa que sopla del patio de los naranjos y entra al prodigioso emparrado de piedra, no ha cambiado. Es como el soplo de la historia.

Y allí, con impresionante sentido, vinieron a enterrar al gran mestizo. En la Capilla de las Ánimas, desde hace trescientos años, duerme el Inca.

UN REY NEGRO

El año de 1550 trajeron ochenta esclavos para laborar las minas de oro recién descubiertas en el sitio de San Felipe de Buria, en las soledades del occidente de Venezuela, cerca de la recién fundada Barquisimeto y a poca distancia del ya más consolidado asentamiento de El Tocuyo.

Ya tenían alguna experiencia en el laboreo de minas en la isla Española, y sobre su trabajo fincaban los escasos vecinos la esperanza de salir de tanta estrechez como habían padecido. No era fácil someter a trabajo rudo a los indios, la tierra rendía poco y más se vivía de esperanzas y angustias que de realidades.

Aquellos ochenta esclavos eran parte de los que desde comienzos del siglo habían comenzado a llegar a las Antillas por obra de los corsarios ingleses y de los traficantes portugueses. Venían de la costa de Guinea y pertenecían a varias naciones africanas, con lenguas y culturas distintas. Ya desde 1528, al concederse a los Welser la gobernación de Venezuela, se les dio autorización para importar cuatro mil esclavos al nuevo país. No llegó a cumplirse esta provisión, pero en una u otra forma, legal o clandestinamente, por licencia real o por negocio de «navíos grandes y pequeños de ingleses, que se entiende ser luteranos, los cuales venían cargados de negros y lencerías y otras cosas», como algún oidor informaba al rey, fueron llegando los negros al Nuevo Mundo.

Traían su mundo cultural, su magia, sus creencias, su hostilidad de víctimas y su ansia de libertad. El trabajo de las minas de aluvión era duro. Los capataces españoles asignaban una cantidad mínima de oro por jornada y azotaban al negro que no lograba extraerla.

Entre esos negros llegados en 1550 a Buria estaba uno llamado Miguel. No sabemos de qué nación era, ni cuál había sido su vida antes de llegar allí. El cronista Aguado nos dice apenas que era «negro muy ladino en la lengua castellana y aun resabido y entendido en vellaquerías».

Poco sabemos de lo que se hablaba y sentía en aquellos campamentos primitivos de esclavos, de su contacto con los indios y los españoles, de las formas de adoctrinamiento religioso a que se les sometía y de las relaciones más o menos clandestinas de sociabilidad que surgían entre ellos. Miguel, a quien debió ser impuesto en el bautizo este nombre, tenía mujer, llamada Guiomar, y un hijo pequeño.

Miguel entra a la historia el día en que un capataz lo castiga en el trabajo. No lo tolera, echa mano a una espada y huye. Huye a la extensión boscosa y desierta. Desde allí comienza a buscar a los otros negros para que se le reúnan. Con un grupo de éstos y algunos indios establece un «cumbe» africano en las orillas del río San Pedro. Allí concibe y comienza a realizar su proyecto. No va a ser un fugitivo, sino que quiere apoderarse de la tierra y arrebatarla a los españoles. Constituye su propia legitimidad al proclamarse rey, al designar reina a su mujer y príncipe a su hijo, nombra su casa real y designa un obispo. Era el embrión de la constitución de un Estado.

De allí pasó a la acción. Con los esclavos que se le habían sumado y algunos indios que hizo tiznar de negro marchó sobre las minas, mató a los españoles que allí estaban y se apoderó de armas y pertrechos.

La rebelión pasaba a constituir un hecho político. Miguel anuncia entonces su intención de atacar y tomar el pueblo de Barquisimeto. Del triunfo de esa acción va a depender la creación y mantenimiento, por lo menos por un tiempo, de un estado africano en tierra americana.

El ataque a Barquisimeto se produce. Ya eran cerca de ciento ochenta hombres. Luchan con denuedo y causan grandes daños, pero se ven obligados a retirarse al «cumbe». Es entonces cuando los acobardados vecinos de El Tocuyo resuelven encomendar en 1552 a Diego de Losada, futuro fundador de Caracas, organizar una fuerza y exterminar a Miguel y a sus gentes.

Es lo que logra Losada, hábil y resueltamente, al sorprender el campamento del rey negro con toda la furia de sus armas. Miguel perece en el combate y su gente cae prisionera o se desbanda.

Con esto no termina la hazaña del insurgente africano en el Nuevo Mundo. Su nombre y el eco de su ejemplo van a quedar en la memoria de las esclavitudes alumbrando esperanzas y alimentando resentimientos. Muchos «cumbes», menos historiados y con menor perspectiva de proyecto que el de Miguel, van a surgir en tierra venezolana y como consecuencia directa de su acción se precipitó la larga insurrección de los indios jirajaras, que se mantuvieron por cerca de un siglo y de los cuales eran herederos los cimarrones negros y los indios alzados, de quienes Humboldt tuvo noticia como la «república de los zambos y mulatos» de Nirgua.

En esos «cumbes» y «quilombos», que motearon la vastedad americana desde la llegada del negro, se forman las células más vivas y activas de la trasculturación. Por debajo del lenguaje acompasado de las Reales Órdenes, por detrás del aparato ceremonial de gobernadores y obispos estaba en fermento activo la formación de una sociedad pugnaz y contradictoria. El negro cimarrón es el más continuo ejemplo de rebeldía en la vida colonial. De los corrales de las casonas, de los patios de las haciendas se escapaban incesantemente en busca de la libertad.

No sabemos exactamente lo que pensaban, cuál imagen de orden deseable traían de su pasado africano, cuál era el reino y cómo esperaban implantarlo en aquellos campamentos de miedo y lucha donde se congregaban.

El indio había luchado por defender su libertad y el negro para ganarla. Eran dos disidencias con distinto signo. Las autoridades reales pusieron mucho empeño en separarlas y disociarlas. Se procuraba aislar a los indios y a los negros, pero, a la hora de la revuelta, el negro y el indio, o el indio tiznado de negro como en el caso de la gente del rey Miguel, coincidían.

Podría rastrearse el hilo de esa mantenida insurgencia de la esclavitud cimarrona a lo largo de todo el período colonial como una de las fuentes de las que se va a nutrir el caudal de la identidad criolla y la voluntad de independencia. A ratos, curiosamente, se mezcla con otras, como en el caso de la colaboración frecuente de los negros cimarrones con los corsarios ingleses y franceses y con los contrabandistas de las Antillas extranjeras.

Aquel reino que buscaba fundar Miguel fue la primera visión negra de un Nuevo Mundo. Se iba a fundir y mezclar a lo largo de los

tres siglos con otras distintas, iba a recibir la ideología contrabandista, e iba a sentirse incorporado a la tierra con su vieja e insatisfecha hambre de posesión.

El primer himno de libertad americana lo formó el eco de los tambores africanos con que celebraban su desesperada rebelión los cimarrones de los «cumbes».

AQUELLOS INDIANOS

No ocupa mucho puesto América en la literatura española durante la época colonial. Fuera de los libros escritos en el Nuevo Mundo y de las crónicas e historias que tratan de él, poco es lo que dedican a América los grandes escritores peninsulares durante los tres siglos que dura el imperio. Poco hay en el canto de los más grandes poetas, poco en el teatro, muy poco en la novela. Acaso la única excepción mayor sea la de *La Araucana*, de Ercilla.

Lo que más abunda son referencias ocasionales a ciertos rasgos, a ciertos hechos o determinados personajes de las Indias. Como la famosa y tan repetida de Cervantes. Y la repetición de algunos conceptos que eran sin duda los que predominaban en las más de las gentes sobre el continente nuevo. Como los de su riqueza, extrañeza e inmensidad.

En un libro de mucha laboriosidad y de gran importancia un erudito del Plata [1] ha recogido y estudiado las referencias y las concepciones atingentes a América que aparecen en el teatro de Lope de Vega. No es ciertamente mucho lo que ha encontrado, pero es revelador. Lope en sus comedias reflejaba con fidelidad no superada los sentimientos, las ideas y los gustos populares. Lo que él dice de América es sin duda la expresión exacta de lo que el pueblo español del siglo XVII pensaba de las remotas y fabulosas Indias.

De entre todas las referencias a cosas americanas que Morínigo saca del inmenso teatro de Lope de Vega, una de las más curiosas, repetidas y significantes es la que toca al hombre de las nuevas tierras.

[1] M. A. Morínigo, *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, 1946.

Lope le llama siempre indiano. A veces lo pone en escena de cuerpo entero, a veces lo describe un personaje español, y a veces alguien se hace pasar por indiano para engañar con provecho a los otros. Pero en todos los casos los mismos rasgos se repiten, acentuados en ocasiones, hasta la caricatura.

Para Lope, y sin duda para la mayoría de aquel público que se sentía retratado en su teatro, era indiano todo el que venía de América. Fuera español o fuera criollo. Lo cual pone de resalto un hecho importante, como es el de que el ambiente americano tuvo desde el comienzo tanta peculiaridad y fuerza propia como para hacer al español que venía desemejante del español que se quedaba, hasta confundirlo en identidad de rasgos, a los ojos del público de comedias de los corrales, con el criollo.

Más tarde la voz indiano no se aplicó sino a los españoles que volvían de América, y muy rara vez a los criollos.

Esos indianos de Lope son personajes muy coloridos y caracterizados. Al aparecer en escena la gente podía identificarlos. Y no pocas veces eran figuras cómicas puestas para hacer reír.

Los principales rasgos con que aparecen vienen a ser como la más antigua identificación del carácter hispanoamericano en presencia de lo castellano tradicional. De lo que después se llamó castizo.

Por lo general son gente sospechosa de la que se sabe poco y de la que puede suponerse mucho. Vienen de muy remotos lugares. Y nadie a ciencia cierta puede decir lo que haya de verdad o de mentira en lo que ellos cuentan. Esto es, precisamente, lo que hace fácil la aparición del indiano simulado.

Las más de las veces el indiano de la comedia es moreno. Se alude repetidas veces a esa condición. Las más de las veces se atribuye al ardiente sol del Nuevo Mundo. Pero en veces se deja adivinar la presencia del mestizaje.

El indiano de la comedia siempre es rico o hace creer que es rico. Las voces indiano y rico llegan a ser sinónimas. A los truchimanes de la comedia se les engolosina la imaginación ante la vislumbre de tanta riqueza. Se habla con frecuencia de las minas de oro y plata. Están como rodeados de la aureola del Potosí.

Y el indiano acentúa esta impresión de riqueza con su exagerada ostentosidad. Con el gran tren de su casa, con sus carruajes, sus servidores y sus llamativos trajes.

Este rasgo va curiosamente acompañado de otro que parece contradecirlo y que es el de la tacañería. Indiano y tacaño es lo mismo. Todos saben que el indiano es rico, pero también que no es amigo de darle a los demás. Los pícaros y los parásitos que lo persiguen tienen que ingeniarse mucho para sacarle algunos doblones.

La verdad es que debían de parecer tacaños, porque los gastos que hacían parecían siempre desproporcionadamente pequeños junto a las fabulosas riquezas que se les suponían. Lo que daban siempre parecía poco. Cualquier gallofero debía pensar que podía hacerse rico con sólo topar con la generosidad de algún indiano.

No hubiera habido Potosí suficiente para satisfacer las esperanzas de lucro de los que se acercaban al indiano. Por mucho que diera, siempre había de parecer tacaño a quienes pensaban que podía dar sin tasa. De allí, sin duda, surge esa contradicción de su prestigio de rico y ostentoso y de su fama de tacaño.

El rico y ostentoso indiano que aparecía en las tablas tenía además la manía de las pretensiones caballerescas. Siempre andaba invocando algunos enrevesados linajes para que se le tuviera por caballero o con derecho a algún título de Castilla. Todos se ponían el don, en ese tiempo en que tal tratamiento era una distinción nobiliaria.

No se contentaba con ser rico, sino que quería ser noble o que se le tuviera por tal. Y esas pretensiones, las más de las veces absurdas y mal fundadas, eran las que le especulaban los parásitos y las que lo transforman en un personaje que hace reír la gente del patio.

Como las hace reír la afectación de su lenguaje. Al oír a alguien hablar con rebuscadas razones y raros vocablos se empieza a pensar que es un indiano. Hay como un gusto de la expresión artificiosa que corre parejas con la ostentación de su vestido y de su riqueza.

Ese lenguaje cultista, afectado y prolijo lo distinguía de los que los oían en la península. «Gran jugador del vocablo», dice Lope. Y a esta abundancia y artificiosidad del hablar se asociaba la inclinación a mentir. Con tanta cosa desconocida y de tono fabuloso a la que hacer referencia. Como lo dice en *Los guantes de Tenerife*:

> Que los que del Nuevo Mundo
> vuelven a España nos cuentan
> mil embelecos...

Era en Sevilla donde más abundaban los indianos. La ciudad que era la puerta oceánica de América. Allí se les veía en todo el esplendor de sus pintorescos rasgos. No era necesario verlos ni oírlos para identificarlos. Sabemos por estas preciosas referencias del teatro de la época que bastaba pasar por la calle para conocer la casa del indiano. La denunciaban los criados negros a la puerta y el verde loro en su jaula que nunca faltaba en el balcón. O alguna chacona o areito que tarareaba la servidumbre.

Y a ella se dirigían los parásitos de la ciudad en busca de dádivas y los más torcidos letrados en busca de pleitos que complicar. Los pleitos de títulos de tierras o de reconocimientos de servicios o de nobleza que eran tan característicos del indiano como el loro o como los esclavos negros.

Así se componía la imagen del indiano en la comedia española del Siglo de Oro. Y con esos caracteres se presentaba a la imaginación de los españoles que tenían a su cargo concebir los destinos del imperio.

EL LIBERTADOR

A los doscientos años de su nacimiento, Bolívar, con inobjetables títulos, forma parte del puñado exiguo y deslumbrante de las grandes figuras tutelares de la humanidad. Desde su muerte, en 1830, se ha ido descubriendo de un modo continuo y conmovedor la gigantesca dimensión de su presencia. Para sus contemporáneos era el adalid incomparable de la lucha por la independencia política de la América Latina, aquel ser fascinante que, casi sin medios, dirigió y sostuvo contra todos los obstáculos y adversidades la larga y difícil guerra de quince años que puso fin al imperio español en América. Su tenacidad sin desmayos, su convicción de que la independencia podía y debía alcanzarse en su tiempo, y su visión grandiosa del porvenir del nuevo mundo lo destacaron y señalaron entre tantos y tan excepcionales jefes como produjo la guerra de emancipación de la América Latina.

Para el mundo occidental se convirtió muy pronto en el símbolo de la lucha contra el despotismo y las viejas monarquías. Su nombre sonaba a libertad. Los revolucionarios de 1830 y de 1848, los «carbonarios», los liberales, la juventud románica invocaban su nombre y su ejemplo. Era el héroe que había enfrentado trescientos años de antiguo régimen en la América hispana y había logrado ponerle fin para proclamar un nuevo orden de democracia y libertad. La admiración pasaba de los jóvenes inquietos, que enarbolaban como una bandera el «chapeau Bolívar» en el París de los Borbones, hasta los estudiosos de la política mundial, hasta Byron, que le puso el nombre de Bolívar al barco en que soñaba la hazaña de libertar a Grecia.

Bolívar se había convertido para siempre en «el Libertador», el hombre que había encarnado la voluntad de ser libre de un continente

y que se había esforzado por crear un orden político de justicia y derechos humanos.

Fue, ciertamente, un jefe militar que logró las más difíciles y trascendentales victorias; como un sembrador de destino, de sus batallas nacieron naciones y se afianzó la libertad de una vasta porción de humanidad y de geografía. En 1825, cuando el triunfo de Ayacucho pone fin al imperio español y lo convierte en el árbitro del destino de la América Latina, concibe e intenta realizar el grandioso propósito de integrar su América, para hacer posible un nuevo tiempo de equilibrio y justicia para la humanidad. La raíz del desacuerdo con sus antiguos seguidores y de las dificultades crecientes con las que va a tropezar reside precisamente en su visión del futuro.

Para él, la independencia no era un fin sino una etapa necesaria para alcanzar una realización más difícil y grandiosa. Lo que se había propuesto no era una mera sustitución de hombres para poner en el lugar de los virreyes y gobernadores españoles a los caudillos criollos, para mantener sin alteración las estructuras políticas y sociales heredadas del pasado colonial, sino algo diametralmente distinto, que era la verdadera creación de un nuevo mundo, poderoso, libre, ejemplar en sus instituciones, celoso de la justicia en todas sus formas y que sirviera de base a un nuevo orden mundial, lo que él llamaba un «nuevo equilibrio del universo».

Desde el primer momento de su acción se distinguió por la claridad y la audacia de su pensamiento. Si no hubiera hecho otra cosa que escribir las ideas y apreciaciones que nos dejó sobre el mundo americano figuraría, sin duda, entre los más originales pensadores de su tiempo. Tenía además un don excepcional de escritor. La prosa de sus cartas y discursos está entre las mejores que se escribieron en su hora. Nadie tuvo como él el don de la expresión enérgica, penetrante y significativa. Su lenguaje refleja como un espejo fiel su temperamento y sus angustias. Se expresa con síntesis y contrastes fulgurantes. No valen menos sus palabras que sus grandes hechos.

Pocas veces en la historia se ha dado en un personaje semejante combinación de dones y atributos de hombre de acción y de hombre de pensamiento, de conductor de pueblos y de visionario del porvenir, de político hábil y de creador de un proyecto de superación de las circunstancias de su tiempo. El drama de su vida consistió en la imposibilidad de lograr que su visión de futuro se convirtiera en realidad. No

podía resignarse con la obra extraordinaria que había realizado, porque para él esa obra no era sino la parte previa y necesaria para lograr la nueva organización política de la América Latina y un nuevo equilibrio mundial. Sólo para un ser de su condición esa segunda parte podía ser más importante que la primera.

La figura de Bolívar es de una riqueza inagotable. Reducirlo a las proporciones de jefe de una insurrección triunfante es mutilar su personalidad e ignorar algunas de las facetas más ricas y admirables de su obra. No fue nunca un mero hombre de acción, dispuesto a proseguir una lucha muchas veces desesperada, ni tampoco un ideólogo que aplica mecánicamente doctrinas y ejemplos aprendidos de otros países y de otras circunstancias históricas, ni un político limitado al presente inmediato. A todo lo largo de su empresa nos sorprende por la abundancia deslumbrante de sus dones tan diversos. Ante sus ojos están vivos el pasado y el presente de los pueblos americanos, siente con profunda identificación la condición histórica y cultural de sus gentes, pero al mismo tiempo mira hacia el futuro deseable y anhela una transformación profunda de la sociedad y de sus fines, no lo ciegan las brillantes teorías políticas de su tiempo. Ha reflexionado sobre Rousseau y Montesquieu a la luz de la exposición de la lucha y de las lecciones del pasado americano, y se persuade de que el camino de esos pueblos hacia el futuro no puede reducirse a una simple limitación o adaptación de ideas e instituciones de otras naciones surgidas de otras circunstancias históricas y culturales, sino que hay que partir de las difíciles realidades para poder intentar con esfuerzo y tino esa ardua transformación para la cual el pasado colonial no los había preparado.

Lo que en el lenguaje internacional de hoy llamaríamos las limitaciones culturales del desarrollo y la dificultad de adaptar modelos extraños es un tema fundamental de sus preocupaciones de creador de naciones. Alerta insistentemente a los legisladores, deslumbrados con los precedentes de las instituciones surgidas de las revoluciones de los Estados Unidos y de Francia, sobre la necesidad de tomar en cuenta las peculiaridades de usos, tradiciones y experiencias del pasado que caracterizan a los pueblos hispanoamericanos. El deseó resueltamente la libertad, la justicia y la democracia, pero sin perder de vista las realidades sociales y políticas que trescientos años de vida colonial habían creado en su América.

Tampoco pierde nunca de vista el horizonte de la situación internacional. La independencia de la América Latina no puede ser concebida y realizada como un hecho aislado y local, sino como un gran acontecimiento que inicia nuevas situaciones y nuevas relaciones en escala mundial. La irrupción de una América libre y soberana no puede alcanzarse sin ocasionar una modificación significativa de las relaciones políticas en escala mundial. Es dentro de esos parámetros y dimensiones excepcionales que Bolívar actúa y piensa, y es esto, precisamente, lo que le da su significación y validez como guía y encarnación del espíritu de los pueblos americanos.

Ese carácter y esos rasgos aparecen a lo largo de su vida en todos sus documentos. Su visión de la independencia es continental desde el primer momento. En esto coincide plenamente con su ilustre antecesor Miranda. No se trataba para ellos de obtener la independencia para algunas porciones del imperio español, sino de lograr que todo él tome conciencia de su identidad y su destino y asuma una soberanía global. Esto implica, desde luego, una forma de organización política y de metas de futuro que abarque todo el nuevo mundo. Desde la primera hora habla en nombre de América y no de Venezuela, y esboza con atrevimiento las formas de la integración política. Como lo dijo más de una vez, «para nosotros la patria es la América».

Cabría preguntarse ahora ¿cuál América y en qué forma? Era la suya una concepción que no excluía ninguna porción significativa de la América sojuzgada por las potencias europeas. Partía de lo inmediato que eran los pueblos que iban a integrar a Colombia: Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, pero luego incluía, en muchas formas sucesivas de colaboración, todas las porciones del imperio. Cuando en 1825, tras la victoria final y definitiva de Ayacucho, llega a aquel centro mágico de poder y riqueza que era Potosí y acompañado por los representantes de Argentina, del Perú y de Chile sube al cerro de Plata, que fue el símbolo del poder colonial, y se asoma literalmente al panorama de la masa continental, siente y expresa aquella voluntad de integración que era la única que podía asegurar el futuro para tan vasta porción de humanidad y de tierra que por sus ojos vislumbraba el escenario de la historia universal. Es la hora en que convoca el Congreso que iba a reunir en Panamá a los representantes de toda la América para establecer las formas prácticas de su política, su defensa y su acción común ante el mundo.

Basta hojear los documentos principales en los que está recogido su pensamiento para advertir la continuidad de su concepción de la comunidad de destino de la América Latina. Desde 1812, en Cartagena, apenas salido de la ruina del primer ensayo de república independiente en Venezuela, lanza un audaz manifiesto que no tiene otro objeto que alertar contra la engañosa creencia de que alguna porción del territorio americano pudiera lograr y conservar aisladamente su independencia. Mientras Venezuela no sea liberada, la independencia de la Nueva Granada estará amenazada, porque una fuerza organizada desde allí puede penetrar «desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional». Esa acción que él vislumbra en tan vasta escala de parte de los enemigos de la libertad es precisamente la que él habrá de realizar en los largos y duros años de su acción política y guerrera. Desde entonces para él el teatro es uno solo: la América Latina, el objetivo igualmente uno: la independencia, y el instrumento privilegiado o insustituible: la integración de esos pueblos en un cuerpo que garantice su unidad de presencia y acción ante el mundo.

En aquel deslumbrador documento que es la carta que escribe en Jamaica, en 1815, «a un caballero de esta isla», traza el cuadro más completo y audaz de su visión del destino americano. Su tema no es Venezuela sino «un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo». Lo mira como una realidad de la geografía y de la historia, y se pregunta con impaciencia: «¿No está el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa?» Más adelante precisa:

> Este cuadro representa una escala militar de 2.000 leguas de longitud y 900 de latitud en su mayor extensión, en que 16.000.000 de americanos defienden sus derechos o están oprimidos.

Para él es una necesidad histórica ineluctable que ha llegado y que está llamada a tener las mayores consecuencias en el futuro del mundo. Allí expresa el fondo de su pensamiento: el proyecto de la independencia americana es necesario, «porque el equilibrio del mundo así lo exige».

Allí está dicha la concepción fundamental. Ha llegado la hora de un nuevo equilibrio universal. La estructura imperial de dominaciones no puede continuar. Un nuevo orden, con las palabras mismas que usó

Virgilio en su égloga profética, va a surgir. Es necesario que termine el imperio español para que surja un nuevo mundo real a dialogar en términos de equidad y derecho con los otros poderes de la tierra.

Para Bolívar, la denominación de «nuevo mundo» no tenía la significación restringida que le habían dado los viejos historiadores. No lo concebía como la parte más recientemente incorporada a un viejo mundo y a un viejo orden, sino como la ocasión providencial de realizar una nueva sociedad, que no repitiera los errores del viejo mundo y que iniciara una nueva era en las relaciones entre todas las naciones.

Bolívar se convierte así no sólo en el profeta del nuevo mundo sino en el de un nuevo orden mundial. Ha sentido y expresado desde entonces que había llegado la hora no sólo de que surgieran nuevas naciones independientes, sino de que su existencia misma determinara la creación de un nuevo sistema de relaciones. Con palabras que parecen brotadas de la lucha actual de las nuevas naciones de América Latina, Asia y África para alcanzar un nuevo orden de relaciones, en ese dramático diálogo entre el Norte y el Sur, en el gran proceso del surgimiento del Tercer Mundo, llegó a decir:

> Hay otro equilibrio, el que nos importa a nosotros, el equilibrio del universo. Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque en ella se cruzan intereses inmensos esparcidos en todo el mundo.

Con qué tono de actualidad viviente resuena en nuestro oídos esta voz. Su toma es la gran cuestión central que se debate con angustia en los grandes foros internacionales. A los dos siglos de su nacimiento, Simón Bolívar está en la primera fila del combate por la creación de un nuevo orden internacional. Así lo reconoció solemnemente la UNESCO cuando en 1978, a través de sus organismos supremos de dirección, aprobó la creación del Premio Internacional Simón Bolívar,

> destinado a recompensar, cada dos años, a partir del 24 de julio de 1983, fecha del bicentenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, a la persona o personas que se hayan destacado mediante su acción, su obra de creación o una actividad particularmente meritoria en beneficio de la libertad, la independencia y la dignidad de los pueblos y el fortalecimiento de la solidaridad entre las naciones, favoreciendo el desarrollo y facilitando el advenimiento de un nuevo orden económico internacional, social y cultural.

LA GUERRA DE LOS DIOSES Y LA CREACIÓN DEL NUEVO MUNDO *

* Discurso en la instalación del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 23 de octubre de 1985, con motivo del Quinto Centenario de su nacimiento.

«¿Qué hay en un nombre?», se preguntaba Shakespeare para que tres siglos más tarde Wittgenstein pudiera responderle, con igual perplejidad: «¿Cómo es posible representar un mundo no-lingüístico en términos lingüísticos?» Nada es más engañoso, cambiante y ambiguo que los nombres, siempre es oscuro lo que pretendemos expresar con un nombre y su relación con la cosa nombrada no es menos vaga. Nombrar es crear, toda la creación verbal del hombre, que es su mayor hazaña, tiene como base la virtud fecunda de ese descalco que, afortunadamente, no permite que lleguemos a saber todo lo que nombra un nombre, ni hasta dónde representa la cosa nombrada.

Buen ejemplo de ello lo constituye ese inmenso y nunca agotado hecho que hemos llamado de tantas maneras: el Descubrimiento de América, la Empresa de las Indias, el Nuevo Mundo o el encuentro creador de culturas extrañas entre sí. La novedad fue tan grande y tan inesperada que desquició y trastocó los conceptos más aceptados y nada quedó indemne ante su súbita y creciente presencia. Nos acercamos al medio milenio de su aparición y está lejos de cerrarse el debate, la insegura definición y aquello que, ingenuamente, los primeros cronistas llamaron «la verdadera historia».

Los europeos no tenían antecedentes de semejante acontecimiento, la súbita aparición de una inmensa porción de tierra y humanidad de la que nada se sabía. Se podría hacer un largo catálogo de los equívocos inevitables que surgieron en aquella insolitez. No era fácil comprender que había surgido una nueva geografía que invalidaba la antigua, ni una nueva humanidad que negaba la unidad histórica

tradicional, ni una nueva manera de ser hombre en una naturaleza extraña.

El primer nombre que brotó espontáneamente fue el de Nuevo Mundo. Es el que usan Pedro Mártir y Vespucio, grandes divulgadores de la nueva. La primera visión fue la de «las islas del mar occidental recientemente descubiertas». La novedad era la del hallazgo, lo que Vespucio llamaba «L'isole novamente trovatte», pero que muy pronto comenzó a conocerse como Nuevo Mundo. Este nombre, aparentemente tan simple, estaba lleno de equívocos y ambigüedades inagotables. Pedro Mártir se refiere críticamente a «las costas del Nuevo Mundo que en España suceden», a los europeos «idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos» y, al referirse a la primera Misa que se cantó en el nuevo suelo, apunta «en otro Mundo, tan extraño, tan ajeno, de todo culto y religión».

Desde el primer momento del largo proceso todavía no cerrado se advierte claramente la dificultad de la asimilación conceptual y mental del insólito hecho. Todo parece diferente, pero se busca desesperadamente, como una seguridad para la sobrevivencia, lo que pueda parecer familiar, conocido o semejante a lo que hasta entonces habían conocido los descubridores. Comenzaron a nombrar por aproximaciones y semejanzas. Animales, plantas, fenómenos climáticos extraños recibieron apelaciones de similitud externa que eran puras metáforas. Oían cantar el ruiseñor y creían andar en el país de las Amazonas. Sería tarea de psicólogos estudiar la significación de conjuro mágico para apaciguar temores que tenía el hecho de reproducir, en aquella tan distinta realidad física, la toponimia española.

La primera acepción del Nuevo Mundo es la que le dan quienes difunden la nueva por Europa. Es un mundo nuevo y desconocido para los europeos. Más tarde, y cada vez más acentuadamente, va a comenzar a parecer un nuevo mundo en sí, caracterizado por una situación distinta. El hecho comienza cuando se hace evidente que los españoles venidos a la nueva tierra no podrán continuar dentro del mundo al que pertenecían antes de venir y que los indígenas tampoco podrán, nunca más, ser los mismos que eran antes.

Desde la mañana de Guanahani hasta el inicio de la fabulosa aventura de Cortés corre un tiempo de preludio. Es un cuarto de siglo en el que comienza a tomar fisonomía propia el nuevo hecho humano y natural. Un rico preludio en el que aparecen ciertas constantes, que

se repiten y amplían hasta dominar, como el *leit motiv* en la música wagneriana.

En primer término, el nuevo escenario natural. No se va a agotar durante siglos el asombro y el desacomodo de los europeos ante la naturaleza americana: las relaciones, los testimonios de toda índole, expresan ese desconcierto y esa dificultad de adaptación. No tienen nombres para las cosas pero tampoco tienen parangón para los hechos naturales. No han visto viento como el huracán, ni noche pareja al día, ni estrellas del Sur, ni aquellos desmesurados ríos que llamaban mares dulces, ni aquellas gigantescas sierras nevadas e inaccesibles, ni las vastas llanuras a pérdida de vista, ni el manatí que parece una sirena, ni la llama que no parece pisar suelo, ni la profusión de pájaros desconocidos, ni la inversión de las estaciones, ni el pan, ni el habla, ni la creencia de aquellos seres fuera de clasificación.

También desde el primer momento concurren los tres personajes fundamentales del drama histórico. Aquellos españoles desplazados y aventados a lo desconocido, aquellos nativos que no se sabe cómo nombrar y que terminarán llamando metafóricamente indios, y aquellos negros esclavizados, que vienen a hacer lo que el indio no sabía y el español no quería, el duro trabajo de los labriegos y mineros de España.

Queda mucho por decir sobre el arduo problema que constituyó la dificultad casi invencible de someter los indios antillanos a un régimen de trabajo a la europea. Literalmente, pertenecían a otro mundo donde no había moneda, ni salario, ni capital, ni diferencia entre ocio y labor. Eran cazadores, recolectores, cultivadores de conuco, sin faena ni horario, sin sentido de acumulación ni de ahorro, a los que fue de toda imposibilidad transformar en «labriegos de Castilla».

También se inició allí el encuentro de los dioses. La creencia casi espontánea en deidades del trueno, la muerte y la cosecha y una religión militante, combativa, afirmada en una lucha secular contra los infieles. La presencia de España en las nuevas tierras no fue meramente una empresa imperial, precursora de las que otros pueblos occidentales llevaron adelante casi hasta nuestros días. No se trataba solamente de establecer factorías, estructuras de dominio militares y políticas superpuestas, sino de un propósito abierto y confeso de conquistar la tierra y los espíritus, no para establecer una dependencia astuta y próspera sino para cambiar radicalmente lo existente y crear un hecho humano

nuevo. Tan importante, y acaso más, en la mentalidad de aquellos seres, era extender el cristianismo a todos los hombres como conseguir riqueza y señorío. No era ni siquiera imaginable respetar y mantener las creencias locales, había que imponer de inmediato y por los medios más expeditivos la verdadera fe.

Por esa misma actitud surge igualmente el otro conflicto característico de aquella empresa única. La necesidad de dominar y de obtener poder y riquezas chocaba continuamente con los principios y la moral de la religión católica. Había una incompatibilidad inconciliable en la contradictoria pretensión de dominar y de evangelizar compulsivamente al mismo tiempo. Tuvo que surgir una crisis de conciencia, única en la historia del mundo. Someter a los indios y mantenerlos en la pacífica y tranquila práctica de sus cultos, con la supresión de algunos ritos inaceptables, como los sacrificios humanos, hubiera sido posible. Someterlos y cambiarles al mismo tiempo su creencia secular, parecería imposible, pero fue, sin embargo, lo que se pretendió hacer.

No tuvieron éxito en la tentativa de hacer de los indígenas «labriegos de Castilla», pero, en cambio, lo tuvieron de una manera peculiar y viviente en convertirlos a la fe católica. Lo que surgió fue una cambiante y rica forma de sincretismo religioso y cultural. Se empeñaban en hallar trazas de coincidencias con la práctica y los símbolos del catolicismo en algunos ritos y representaciones indígenas. Se veían cruces en los monumentos mayas y aztecas y se llegó más tarde a pensar en una milagrosa predicación del Evangelio hecha por el apóstol Santo Tomás.

La crisis de conciencia se plantea de inmediato desde los primeros sermones de los frailes misioneros. ¿Era posible conquistar con las armas cristianamente? Se estaban ganando nuevas tierras pero se podía estar perdiendo el alma. Este dilema, insoluble e insoluto, no se ha planteado nunca en tales términos a ninguna potencia conquistadora de la historia. No se planteaba evidentemente porque en las expansiones imperiales de los tiempos modernos no hubo ni motivación ni preocupación religiosas. Los colonos de Nueva Inglaterra querían vivir con toda pureza su propia fe cristiana, pero nunca pensaron como razón principal de su empresa la de evangelizar a los indígenas. La separación entre lo que correspondía a César y lo que correspondía a Dios fue completa.

El inagotable debate, nunca concluido, que aparece desde el encuentro va a condicionar toda la acción de la Corona en las Indias, va a provocar los más apasionados y eruditos pronunciamientos, va a alcanzar su culminación en la polémica trágica de Las Casas con Sepúlveda y va a condicionar la comprensión de la historia y la mentalidad hispanoamericana de manera indeleble.

La noción del Pecado Original, de tanta consecuencia en la mentalidad cristiana, fue trasladada, con todas sus consecuencias políticas y psicológicas, al nacimiento de un inmenso ser coletivo. Las voces que alzaron Las Casas, Vitoria y tantos otros, durante siglos, no han dejado de resonar nunca en la conciencia de la identidad hispanoamericana.

La tríada, que va a dirigir el proceso de creación del Nuevo Mundo, queda formada desde aquel primer momento: el conquistador, el fraile y el escribano. El conquistador, que es un hijo de sus obras que todo lo tiene en el futuro y en la voraz esperanza, el fraile, que se esfuerza en afirmar el propósito intransigentemente evangelizador de la empresa, y el escribano, que personifica el Estado y sus leyes. Ninguno de los tres hubiera podido actuar solo. Cada uno representaba parte esencial de una unidad de propósitos que los dominaba continuamente. El hombre que se apoderaba de la nueva tierra, el que de inmediato comenzaba a convertir a los nativos más allá de la barrera de las lenguas, de la comprensión y de la posibilidad real, y aquel otro que representaba la ley del Estado y daba forma legal y valedera a lo que de otro modo no habría pasado de simple expolio.

Una presencia real, la de un hombre que se jugaba su propio destino, y dos seres no menos heroicos, que representaban mucho más que ellos mismos, la Iglesia universal y la Corona de tantos reinos y señoríos, con su jurisprudencia, sus cortes, sus órganos de poder, sus magistrados, sus jueces, y su rey y señor.

Esa primera etapa de la Conquista define y crea las formas que va a revestir el inmenso hecho que apenas tiene allí su prodigiosa víspera. Lo que allí se hace y define va a determinar en mucho toda la acción futura. Aparecen las nuevas necesidades y las nuevas funciones. Nada hay de semejante en el pasado que ofrezca modelo. La lucha secular contra los moros era una empresa de reconquista para recobrar lo que les había sido arrebatado y restituirlo a lo que imaginaban su verdadero ser. Van a resucitar viejos nombres y funciones de la frontera de combate de siete siglos. Reaparecerán los Adelantados, las formas de

dominio de frontera, se crearán instituciones nuevas con viejos nombres, como la Encomienda, y se adaptará a las nuevas necesidades el viejo aparato administrativo peninsular.

Todos los que llegan tienen de inmediato la sensación de que se está en la víspera ardiente de nuevos e increíbles hallazgos. Desde Colón se ha recorrido buena parte del Caribe y se ha topado con la Tierra Firme. Continuamente salen nuevas expediciones que van revelando la dimensión inabarcable de aquel mundo alucinante. Todo parece posible, desde hallar el Paraíso Terrenal, hasta entrar en el reino de las Amazonas, alcanzar El Dorado, la Fuente de la Juventud, las montañas y los ríos de oro y los mares cuajados de perlas.

En la etapa antillana aparecen y toman forma las grandes cuestiones que van a caracterizar todo el largo proceso. El choque cultural que produce el encuentro, el problema de la asimilación de los indígenas, las dificultades de trasladar pura y simplemente el modelo europeo de producción y sociedad, la necesidad imperiosa de atender a circunstancias nuevas que deforman y desnaturalizan los propósitos y los planes, el surgimiento de varios estratos en los que la realidad mal definida y los conceptos formados en la experiencia histórica del Viejo Mundo entran en constante pugna y contradicción.

Acaso la institución que mejor refleja y representa este difícil acomodo entre dos mentalidades ante una situación inusitada es la Encomienda. No necesitaría más que remitirme a Silvio Zavala, que al través del luminoso estudio de esa institución *sui generis* ha penetrado hasta lo más profundo la peculiaridad inherente de la nueva sociedad. Dentro de esa creación heterogénea que es la Encomienda, se forma el instrumento más activo y poderoso de formación social. Es dentro de ella que se decide la pugna entre las aspiraciones señoriales de los conquistadores que aspiraban a recrear una Castilla medieval, y la voluntad regalista de la Corona que va a predominar. En los laboriosos pliegos de la encuesta que realizaron los frailes jerónimos en La Española está el acta de nacimiento del Nuevo Mundo.

En esa ilustre casa, que es como la conciencia de España, estamos congregados hoy para conmemorar el Quinto Centenario del nacimiento de Hernán Cortés, el 23 de octubre de 1485, y, con él, medio milenio de la aparición del Nuevo Mundo, digo mal, no de la aparición sino del comienzo del inmenso proceso de la creación del Nuevo Mundo.

El culto de los héroes siempre ha tenido la negativa consecuencia de hacernos perder de vista todo lo que hay de colectivo y de anónimo en las obars de las grandes personalidades históricas. Con ojos de poeta épico más que de juglares, tendemos a mirar sus hechos como dones gratuitos de un azar prodigioso que poco le debe a lo ordinario, que brota fuera y por encima de las circunstancias, y que viene a realizar la misión, casi sobrenatural, que los demás hombres no eran capaces de intentar.

No hay cómo desconocer la condición heroica de Cortés en todas las acepciones que la palabra tiene, desde la de sobrepasar los límites aparentes de la condición humana, la de encarnar un gran momento, la de confundirse con su obra, la de reunir en su acción los dones heráldicos del león, el águila y el zorro, hasta la virtud suprema de hacer historia, crear leyenda y personificar mito.

Ese grandioso proceso que se ha llamado la Conquista de América, con un nombre que falsifica irremediablemente la cosa, no fue la obra inexplicable de un hombre y, ni siquiera, de un puñado de hombres, fue una de las mayores, si no la mayor, de las empresas colectivas que han llevado al hombre a sobrepasar su condición individual.

Todos tomaron parte, en grado variable, desde las señeras figuras de los Reyes Católicos, Doña Isabel y Don Fernando, hasta los hidalgos pobres de «rocín flaco y galgo corredor», los letrados, los teólogos, el cambiante mundo de la picardía, los campesinos, los frailes, todos los hombres ávidos de acción y de aventura a quienes la increíble noticia fue alcanzando, como el eco de una campana de rebato. Se había hallado una nueva tierra, se había revelado una nueva ocasión para los hombres, había sonado la hora milagrosa en la que todos podían y querían ser los hijos de sus obras.

El Estado no había hecho planes y proyectos, sino que sobre la marcha se fue adaptando al torrente de novedades para las que no había respuesta adecuada en el arsenal de la vieja experiencia histórica.

El niño que crece en la casa del hidalgo pobre, Martín Cortés, se tiene que sentir literalmente rodeado de prodigios. Parece haberse alcanzado el largo anhelo militante de unificar a España, se ha ganado Granada, se triunfa en Nápoles, y más allá del mar océano se han hallado tierras desconocidas. La conversación de los peregrinos, el relato impresionante de los que habían regresado o habían podido hablar con alguien que había regresado, era el vasto dominio de la conseja, de la

leyenda, de las descomunales aventuras, mucho más alucinantes que las que por el mismo tiempo comenzaban a realizar, en las páginas de los escasos libros, los caballeros andantes.

Su padre ha resuelto que sea letrado. Debió conocerle condiciones de inteligencia que justificaban el costoso esfuerzo de enviarlo a una de aquellas cuatro lumbres de Occidente que era la Universidad de Salamanca.

Llega a una casa famosa, servida por sus ilustres maestros. Están allí, o han dejado su huella reciente, los más célebres teólogos, filósofos y juristas. Está vivo todavía el eco de la voz de Nebrija y su afirmación de que «la lengua es la compañera del imperio». Es también un tiempo de renovación del pensamiento entre las corrientes humanistas que vienen de Italia y la renovación de la filosofía cristiana que viene del Norte en los escritos de Erasmo. Todo revela la inminencia de un nuevo tiempo del hombre, que comprenderá desde la idea cristiana hasta las desconcertantes noticias de nuevas tierras.

Los sabios maestros de teología, metidos en sus sutiles disputas de tomistas y escotistas, nunca llegaron a sospechar que entre aquellos jóvenes que animaban con su bullicio los claustros y los patios de la venerable casa había uno que iba a ser mirado por un pueblo entero como un dios viviente.

No perdió su tiempo el joven Cortés; muchos años más tarde Bernal Díaz dirá:

> Era latino y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados u hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros o en prosa. Y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica.

El dilema de su tiempo se le debió plantear dramáticamente: las armas o las letras, la vida del letrado o la fascinante aventura de la guerra en Italia o en las Indias. Cuando sale de Salamanca encontrará el camino que lo ha de llevar a la realización de su gran destino. No era un camino claro, sin desvíos y sin dificultades, el que lo va a llevar desde Salamanca hasta embarcarse a principios de 1504 para llegar al Puerto de Santo Domingo.

No llega con la impaciencia de aventuras que se le supone al conquistador. Llevan 12 años los españoles en Santo Domingo. El estable-

cimiento comienza a asentarse y a tomar una fisonomía estable. Verá partir a Colón por última vez de regreso a España, y mientras salen audaces expediciones en busca de nuevas tierras y de la fabulosa masa continental él va a permanecer en actividades casi rutinarias de colono establecido. Recibirá tierras y repartimientos de indios, desempeñará funciones de escribano y secretario, y cultivará su tierra con buen provecho. Los hombres más famosos de la conquista desfilan ante su mirada serena. Nada parece tentarlo como no sea la segura vida del rico colono y del poderoso hombre de justicia.

En 1511 va con Diego Velázquez a establecerse en la isla de Cuba. No es una aventura sino casi un tranquilo traslado para mejorar su condición. Cultiva la amistad del obeso Gobernador, se mete en los líos inevitables de la pequeña comunidad expatriada, ve salir las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalba en busca de la costa de Yucatán.

A fines de 1518, cuando ya lleva catorce años de próspero y respetado colono, oye la llamada del destino.

Una expedición bien pensada, sólidamente preparada, llevada adelante con un infatigable criterio de empresario sagaz. Pone su riqueza, que ya es de consideración, reúne otros aportes, adquiere navíos, recluta hombres, compra materiales y armas, hasta que tiene once naves, seiscientos sesenta y tres hombres, dieciséis caballos, arcabuces, algunos cañones de cobre y la tranquila resolución de llegar hasta el límite de las posibilidades que se le ofrecían.

La ruptura con el Gobernador Velásquez era inevitable y prevista. No iba un hombre como él a emprender aquella incomparable empresa como un simple subalterno del Gobernador de Cuba.

Desde el primer momento parece marchar en el camino de una misión claramente intuida y aceptada, va como en cumplimiento de las fatales etapas de un supremo designio. Un designio ante el que no flaquea, no sólo porque cuenta con la decisión heroica de su gente, sino porque se siente asistido de un poder sobrenatural que le ha confiado el empeño insuperable de llevar la fe y la salvación a los infieles.

Aquellos hombres que venían de convivir con los indígenas de las Antillas, con tribus de cazadores y agricultores de conuco, iban a hallar ciudades que les parecerán tan grandes como las de España, con una organización urbana que nunca habían visto en las Indias.

No se pueden leer los testimonios que nos han quedado de aquella insólita hazaña sin advertir de inmediato el sentido sinceramente religioso que tiene para todos ellos.

Cada cambio de paisaje va a ser un cambio de cultura. El mundo de la dominación azteca no era homogéneo ni en lengua, ni en tradiciones religiosas, ni en sentido de la vida. Era el fruto de una reciente dominación política y militar sobre distintas civilizaciones ya antiguas. Es lo que van a ir aprendiendo, de asombro en asombro, a medida que avanzan y cambian de entorno. Han tenido la inmesa fortuna de topar con Aguilar y con la Malinche. A través de ellos cobra sentido y forma el confuso panorama humano que los rodea y sumerge.

Van descubriendo rápidamente la situación de aquel extenso país y sus conflictos internos, van a conocer con espanto los ritos homicidas de su religión y con admiración los refinamientos de su arte. La primera embajada que llega a Cortés es el deslumbrante anuncio de la extraña novedad humana, de su arte y de su riqueza. Van a aprender los nombres nuevos o a crearlos para tantas nuevas cosas. Van a percatarse de que se les mira como dioses, dioses del viejo panteón mexicano que han vuelto. Lo que conocemos de la impresión de los aztecas es revelador de una actitud de terror cósmico. Volvía Quetzalcoatl a cumplir la profecía, la quinta destrucción del mundo iba a comenzar. Más allá de las realidades físicas, de las armas, los caballos, el arte de la guerra y la viruela, estaba el choque de dos espíritus. Lo que se abre de inmediato es el conflicto religioso que todo lo va a dominar y a determinar. No la guerra de los hombres, que podía encontrar muchas formas de acomodo, sino la guerra de los dioses, que no admite tregua.

Es de esa cultura y no del proceso ordinario de establecimiento de un imperio colonial que surge la simiente del Nuevo Mundo. De la guerra de los dioses han surgido los nuevos mundos culturales. Así se hizo Occidente, no de la mera romanización que impusieron las legiones de César, sino de la lucha abierta del cristianismo contra las inmemoriales formas del paganismo europeo. Cierto es que no se llega a destruir nunca por completo una religión local y que ella persiste en muchas formas bajo la nueva religión impuesta. La saga de la cristianización de Occidente está llena de ejemplos de esta asimilación, por la fuerza que engendra la simbiosis básica de las viejas creencias con las nuevas. Las fuentes, los árboles y las piedras sagradas del paganismo

rural se absorbieron en las nuevas formas de rito y advocación impuestos por la Iglesia.

Cuando Cortés echa a rodar brutalmente los ídolos aztecas de Cempoala, abría el cruento corte para el injerto del que iba a nacer el rasgo fundamental de un Nuevo Mundo. El rápido proceso de absorción y deformación de las viejas culturas no creó una tabla rasa para implantar la española, sino que estableció las bases de una diferente y nueva realidad cultural. Desde ese momento quedaba abierto el camino para que Juan Diego tropezara un día con la Virgen de la Guadalupe, con aquella María Tonantzin que reunía en su seno la fuerza creadora de las viejas creencias para servir de base a una nueva realidad espiritual.

Apenas asegurada la dominación militar llega la otra expedición, la más ambiciosa y temeraria, la de los doce frailes franciscanos que van a cometer la impensable empresa de hacer cristiano al imperio de Moctezuma. Los atónitos aztecas vieron a Cortés, en medio de todo su aparato de conquistador victorioso, ponerse de rodillas para recibir a los doce pobrecitos de Cristo.

Ninguno de los dos mundos sobrevivirá plenamente a esa confrontación total. Uno y otro van a cambiar no sólo dentro de los límites físicos del nuevo escenario, sino mucho más allá. La incorporación de América a la geografía y a la historia universal marca el comienzo de un nuevo tiempo del hombre, de inagotables consecuencias en la vida y en el pensamiento del Viejo Mundo. De ella se alimenta aquella crisis de conciencia que va a atormentar a los pensadores europeos por siglos, desde Tomás Moro hasta Rousseau, hasta crear el mito revolucionario y transformar el destino de la humanidad.

Se conoce en todos sus detalles exaltantes y terribles la hazaña de Cortés y de sus compañeros, que en cortos años va a someter a la Corona de Castilla territorios decenas de veces más grandes que el de la Península. Lo que importa mirar ahora es el significado y las consecuencias de ese encuentro.

No se trata de un mero hecho de conquista, que tantas veces se ha dado en tantas épocas, sino de ese raro fenómeno que tiene su antecedente en el continente europeo en el tiempo que va desde la muerte de Teodosio hasta la coronación de Carlomagno. El factor decisivo en la creación de Occidente no fue la extensión política y administra-

tiva del dominio de Roma, sino, sobre todo, la asombrosa empresa de la cristianización de los paganos.

El fenómeno se da en el Imperio español de un modo mucho más dinámico y completo. En medio siglo se completará la estructura, el carácter y las formas de integración de esa masa continental desconocida. La experiencia de México define el carácter y las peculiaridades de aquello obra única.

La marcha de Cortés a Tenochtitlán podría ser vista, casi, como la transposición, en símbolo y alegoría legendaria, de un remoto hecho histórico, como ha pasado con las sagas de los más viejos tiempos.

Todo es simbólico y reviste casi un carácter de ceremonia sagrada para representar el hecho mítico de la fundación de un pueblo. Es simbólico, a pesar de ser real, el hecho de que Cortés destruya las naves. Era la manera de expresar que aquella empresa no tenía regreso ni vuelta posible al pasado. Es profundamente simbólica aquella llegada ceremonial de los conquistadores a Tenochtitlán.

Aquel ser divinizado por todos sus vasallos, que era Moctezuma, en toda su pompa sagrada, rodeado del complicado aparato de su cultura, a la entrada de la extraña ciudad del lago, con sus calzadas y sus torres, y aquel otro ser doblemente divinizado que era Cortés para sus hombres y para él mismo, por la convicción suprema de venir en cumplimiento de un designio divino, y para los atónitos aztecas que lo veían como Quetzalcoatl regresado.

No tenían lengua para poder hablar directamente, no tenían nombres para designar las cosas que pertenecen a cada uno de los mundos. Es por aproximación, por semejanza, por deformados ecos como pueden distinguir las cosas nuevas para cada uno. Los caballos son venados gigantes, la plaza de Tenochtitlán es dos veces la de Salamanca. Con ojos asombrados Cortés y sus compañeros han visto tantas novedades increíbles, las casas, los templos, aquellas fieras, aquellas aves, aquellos peces de los palacios del soberano azteca y el maravilloso retablo del mercado de Tenochtitlán, que eran como una síntesis viviente de la presencia de un mundo desconocido. «Por no saber poner los nombres no las expresa», le dice al Emperador en su carta.

No las expresan, pero las sienten los dos protagonistas, en la violencia de la guerra y en la oscura germinación del orden impuesto, tan estrechamente unidos, tan inminentemente mezclados, tan fundidos en uno como los luchadores en su abrazo de vida y muerte.

A partir de allí habría que comenzar a contar no por años, ni por los siglos de los cristianos, ni por las sucesivas catástrofes universales de los aztecas, ni por los reinados de los príncipes, ni por los cambios de decorado, sino por las estaciones del espíritu, por las etapas del vasto drama de una nueva creación humana.

No será ya solamente México, sino las tierras del Mar del Sur, los pueblos de los Andes, de la puna, de las selvas del Amazonas y del Orinoco, de las ilimitadas llanuras, de los nuevos poblados, de las viejas urbes con sus nuevos patrones celestiales, del casi geológico acomodamiento entre fuerzas y tensiones transformadoras del paisaje humano.

Lo que comienza a surgir no va a ser una Nueva España, como pudieron desearlo los conquistadores, ni tampoco va a mantenerse el México Antiguo. No va a ser ni lo uno ni lo otro, sino el vasto surgimiento de una confluencia que refleja el legado de sus forjadores, con sus conflictos y sus no resueltas contradicciones en el múltiple e inagotable proceso del mestizaje cultural americano, que ha hecho tan desgarrador y vivo el problema de su identidad.

De allí va a tomar cuerpo, en toda su asombrosa variedad, esa nueva sociedad de tan viejas herencias y tan poderosas solicitaciones de futuro, que nunca fue cabalmente las Indias, ni tampoco una geográfica América casi abstracta. Los hijos de los conquistadores, los de los indígenas, los herederos de las contrarias lealtades y las opuestas interpretaciones, los que sienten la mezcla fecunda en la sangre y sobre todo en la mente, los causahabientes de los indios, de los españoles, de los negros y de las infinitas combinaciones de cultura que se produjeron y se producen, los que sienten combatir en su espíritu los llamados conflictivos del pasado y del presente, los que nunca dejaron de sentirse en combate consigo mismos, fueron y tenían que ser los actores de una nueva situación del hombre.

De esa peculiaridad creadora vendrán el Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, «muy siglo diez y ocho y muy antiguo y muy moderno; audaz, cosmopolita», y los creadores del realismo mágico en la novela, que han llevado ante el mundo la inconfundible presencia de la otra América. Nada fue simple trasplante o inerte yuxtaposición de formas. Desde la catedral de México y las casas de Cuzco, que revelan las capas culturales por pisos casi geológicos, hasta Brasilia. Desde la afirmación del barroco de Indias que

mezcla las sensibilidades distintas en el templo y la piedra labrada y en la poesía. Desde la pintura y la escultura, que pronto comienzan a revelar otro carácter cada vez menos enteramente asimilable al de los estilos de Europa, desde el culto y la conciencia del ser hasta el lenguaje, este castellano, tan genuino y tan propio, tan antiguo y tan nuevo, que expresa la presencia poderosa de una identidad cultural. Habría que llamar a este juicio a todos los grandes testigos de la creación y de la afirmación de ese gran hecho creador, a los fundadores, a los comuneros, a los capitanes de insurrección, a los antagonistas de la palabra y de la acción, a los libertadores, a los buscadores de un nuevo orden para aquella sociedad peculiar, a los que creyeron estar siguiendo algún modelo extranjero y se hallaron metidos en una empresa de genuina creación propia, a todos los que han sido y siguen siendo factores y creadores del mestizaje cultural.

Cuando se abre el segundo o tercer acto del gran drama de la creación del Nuevo Mundo, los hombres de la Independencia, tan cercanos de los liberales de España, toparon con el viejo enigma del propio reconocimiento. Bolívar lo sintió y lo expresó con palabras certeras que no han perdido su validez:

> No somos europeos, no somos indios... somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil.

A la luz de esa condición, en presencia de lo que ha sido, de lo que ha llegado a ser, de lo que está en camino de llegar a ser esta vasta parte de la geografía y de la humanidad que todavía llamamos nueva, habría que intentar una nueva lectura desprejuiciada y valiente de tan inmenso hecho.

En ninguna parte puede encontrar mejor resonancia semejante esperanza que en esta noble casa, tan ligada históricamente a esa empresa abierta, a esa fascinante posibilidad de creación de futuro. Lo que estamos conmemorando hoy aquí, al amparo de la gran lumbre de este polo de la conciencia hispánica, siete veces secular, no es sólo el nacimiento de un gran hombre, sino su contribución a ese hecho fundamental de la historia de ayer y de hoy, a esa gran realización que habremos de seguir llamando, con toda propiedad y justicia, la creación del Nuevo Mundo.

LIBERALES Y LIBERTADORES

El bicentenario del nacimiento de Riego invita a una más amplia y completa consideración del vasto y mal conocido proceso histórico dentro del cual se produce la independencia de las antiguas provincias españolas en América.

Rafael del Riego nunca vino a América y, sin embargo, tipifica una situación bastante común en su tiempo, la del militar español ante las nuevas ideas de la Ilustración que se habían venido extendiendo por Europa desde mediados del siglo XVIII. Paul Hazard, en un estudio memorable, ha escrito con muy rica información lo que fue aquel fenómeno que significó una verdadera crisis de conciencia para Europa, cuando el hombre de deberes del Antiguo Régimen es paulatinamente sustituido por el hombre de derechos, cuando la razón sustituye a la fe en las concepciones de los pensadores.

Fue ciertamente una larga serie de cambios de mentalidad y aun de sentimiento que se fue extendiendo en las capas superiores, por la educación o por la posición social, de Occidente. Sus centros principales estuvieron situados en Londres y París, con importantes ramificaciones en Holanda y Suiza. De allí partieron las nuevas teorías de la sociedad y del hombre y la crítica mordaz y destructiva de los valores tradicionales. Se iba desde la sátira hasta la falsa ciencia para sembrar la duda en las gentes curiosas de saber. Voltaire destruía, Rousseau proyectaba para un futuro utópico.

No sólo fortalecía, y sembraba nuevas ideas aquel gran movimiento, sino que halagaba y justificaba viejos resentimientos sociales alimentados por la desigualdad y la injusticia generalizadas. La independencia de los Estados Unidos constituyó la muestra y el ejemplo de lo

que había que hacer y de cómo se podían realizar en la práctica aquellos ideales que parecían tan inaccesibles.

El prestigio de los nuevos pensadores fue inmenso y se transformó en una revelación inapelable. Las sociedades secretas sirvieron, a su vez, de vehículo para la difusión de aquellas nociones inauditas y para fomentar conspiraciones e insurrecciones que implantaran aquel nuevo régimen para la felicidad de todos los hombres.

España no podía permanecer fuera de aquel gran movimiento renovador. Estaba muy estrechamente vinculada a Francia por la vecindad, por la historia y por la nueva dinastía de los Borbones. De una manera progresiva las nuevas ideas y los autores clandestinos lograron penetrar y conquistaron muchas adhesiones entusiastas entre los intelectuales y, aun, entre la aristocracia y los cortesanos. En la lucha por la independencia de los Estados Unidos participaron fuerzas españolas que por primera vez iban a la guerra en defensa de un régimen democrático.

El poder y atractivo de la novísima ideología no se limitó a los intelectuales sino que inevitablemente llegó a sectores más numerosos y apareció en el seno de las fuerzas armadas. Esta situación nos la revela un testigo excepcional que es Francisco de Miranda. Miranda llega a España en 1771 para enrolarse muy pronto en el ejército, donde alcanza el grado de capitán. Venía de la aislada y remota Caracas y era España el primer país europeo que va a conocer. Era un ser lleno de avidez intelectual y de inagotable curiosidad. No tardó en ponerse en contacto con gentes y con libros subversivos. Diez años después de haber llegado, y sin conocer todavía ninguna otra nación europea, ha reunido una importante biblioteca que los censores de su tiempo no hubieran podido calificar de otro modo que como de alta peligrosidad para el orden establecido. La lista de aquellos libros demuestra, palmariamente, que un oficial subalterno del ejército español de aquel tiempo podía leer la literatura más revolucionaria y crítica del Enciclopedismo, que era la semilla de la revolución. Allí figuran desde Voltaire y Diderot, hasta Montesquieu, D'Alembert, Buffon y Raynal, sin que faltara, desde luego, Rousseau. También sabemos, por los papeles de su archivo, que ya para esa hora se había afiliado a una logia masónica. Sin embargo, nada de esto parece haberle causado inconvenientes con sus iguales y superiores.

El detonante que va a precipitar todo este latente conflicto en España y en todo su ámbito político, peninsular y americano, lo constituyen los inesperados sucesos de 1808: el motín de Aranjuez, las abdicaciones sucesivas de los reyes, el cautiverio de Bayona, la invasión napoleónica y la imposición, como rey, de José Bonaparte.

Este inesperado acontecimiento desata una serie de desarrollos que van a definir la vida española por todo el siglo XIX y, evidentemente, más allá.

No hay que olvidar que Napoleón, con todo, representaba muchas de las conquistas políticas de la Revolución. Lo que se propone no es mantener, por medio de su hermano, el tradicional, ostensiblemente, absolutismo de la monarquía española, sino instaurar un régimen constitucional, con unas Cortes de elección popular, con proclamación de los derechos del hombre y con un rey constitucional, limitado en su acción por una representación popular.

Muchos españoles, para mal de ellos, vieron con buenos ojos esta novedad. Significaba, según ellos, la única posibilidad de instaurar un régimen democrático en el viejo país y de lograr una radical modificación de sus instituciones y de su estructura social y política. El espontáneo rechazo que el pueblo hizo de esta intromisión, que desembocó en una larga guerra sangrienta, cambió dramáticamente las perspectivas. Los que habían creído que José Bonaparte podía ser el instrumento eficaz para la modernización de aquel Estado decrépito se vieron colocados, por el rechazo general, en una situación casi de traidores. Fueron los infortunados «afrancesados», que tan duramente pagaron su ilusionada equivocación. Lo que quedó del otro lado, en unión con la insurrección popular, era una mezcla detonante de partidarios del antiguo régimen y de la restauración del absolutismo en la persona de Fernando VII y de los partidarios de las nuevas ideas, que no podían mantener entre sí sino una tregua transitoria.

Muchos militantes simpatizaron abiertamente con las fórmulas políticas avanzadas, que tenían como supuesto mínimo el establecimiento de una monarquía constitucional.

Sabemos bien lo que ocurrió después. La suerte variable de la lucha, la intervención inglesa, la constitución de las Juntas y, por último, la reunión de las Cortes de Cádiz.

El contacto estrecho, en el campamento y en la vida ciudadana, con los ingleses sirvió de caldo de cultivo para que se extendiera el

contagio de los nuevos principios. Los ingleses representaban una monarquía constitucional, respetaban los derechos fundamentales del hombre y participaban activamente en sociedades secretas, particularmente la francmasonería.

El caso de Riego tipifica la trayectoria de muchos otros militares que lucharon contra la invasión francesa. Querían rechazar al invasor armado, pero no para restaurar el absolutismo servil.

El joven Riego se incorpora a la guerra, entra en un nuevo ambiente popular e ilustrado al mismo tiempo, conoce los ideales de la Gran Revolución, cae prisionero de los franceses, pasa años en Francia e Inglaterra y cuando regresa a España, después de la guerra, se reincorpora al ejército.

Esa trayectoria se repite de un modo muy parecido en otros militares. Van a ser partidarios de la monarquía constitucional, masones y amigos del pueblo. La trayectoria se repite en el caso más famoso de todos, por sus consecuencias, que fue el de Espartero, para no nombrar a los generales La Serna, Canterac, Morillo, Rodil, Menet, Valdés y tantos otros.

La figura señera de San Martín recorre la misma secuencia de hechos e influencias: servir en el ejército español, abrirse a las ideas de la Ilustración, participar en la resistencia armada contra los franceses y repudiar la vuelta del absolutismo fernandino.

Cuando la guerra de la independencia hispanoamericana estalla, a partir de 1812, España está en lo más profundo de su crisis política y social. No está en capacidad de mandar ejércitos numerosos a combatir a los insurgentes y tampoco muestra la voluntad de destruirlos y aniquilarlos. Hombres como Espartero o como Riego no podían ver con odio lo que intentaban hacer aquellos otros guerreros tan parecidos a ellos. Las ideas que los insurgentes sostienen son las mismas de ellos. Las Cortes de Cádiz han proclamado un régimen constitucional que ofrece a los americanos la posibilidad de la igualdad con los peninsulares. La inevitable y trágica división entre absolutistas y constitucionales, o entre serviles y liberales, se extiende al nuevo continente. Existen allí serviles, o «godos», defensores del absolutismo y el pasado, y liberales insurgentes que reproducen el mismo antagonismo que se da en España.

Los separatistas de Caracas, en 1810, han actuado dentro del mismo patrón de las Juntas españolas. Han desconocido al rey usurpador

y han invocado razones muy valiosas que es necesario comprender en toda su significación. Se ha roto, alegan, el vínculo que los unía y sujetaba al rey de Castilla, que lo era también de todos los reinos de España y de las provincias americanas. Ese vínculo era personal y directo, y se estableció solemnemente por Carlos V. No era transferible y no era con el Estado español, sino con la persona misma del monarca legítimo. Desaparecido éste por una usurpación, el vínculo quedaba roto.

Es lo que sienten los hombres de las Juntas españolas y lo que expresan los Cabildos revolucionarios de América.

La lucha fundamental no es contra liberales insurrectos en América contra la usurpación y el absolutismo, sino contra los serviles de adentro y de allende los mares. Se sentían más irreconciliables con los partidarios del absolutismo que con los libertadores americanos, que eran gente con la que compartían esperanzas y sentimientos.

El regreso del rey a España significó el repudio de la Constitución de 1812 y de todo cuanto habían creído lograr los liberales. Se restauraba el absolutismo en pleno y triunfaban los detestados «serviles».

Para Riego, como para muchos de los militares concentrados en el sur de Andalucía para venir a América a sofocar la rebelión de independencia, que proclamaba los mismos principios de los hombres de Cádiz, la cuestión inmediata de mayor monta era derrotar a los serviles y retomar el rumbo liberal. Aquella poderosa concentración de tropas brindaba la tentadora oportunidad de lograrlo. Había que resolver primero el problema político de España para entrar luego a considerar lo que se podía hacer con los insurgentes americanos. Esto fue lo que hizo Riego en 1820 al insurreccionar aquellas fuerzas para servir de base decisiva a un retorno de España al régimen liberal.

Sentirse más cerca de los insurgentes americanos que de los absolutistas metropolitanos, fue una actitud no poco común entre los militares activos. Tenemos el caso revelado del General Mariano de Renovales, de convicciones liberales, que salido de la España reaccionaria le escribe a Bolívar en 1817, ofreciéndole su espada y la de muchos de sus compañeros para luchar por la independencia. En significativa carta el distinguido general que se había batido contra la invasión napoleónica dice, desde Londres donde se hallaba, frases y conceptos que iluminan de una luz nueva el carácter de aquella lucha. Habla de combatir «contra nuestro común tirano» y explica las razones por las cuales

no hace distinción entre la lucha que se libra en América y la que está latente en España:

> en esta mi decidida resolución nada se ha mudado sino el campo de batalla, mis banderas y mis enemigos son siempre los mismos, mis enemigos son todos los que apoyan el despotismo español y mis banderas las que se tremolan por la causa de la libertad.

El eco que los sucesos españoles provocaron en América revela claramente el sentido que para los libertadores tuvo la insurrección de Riego. La interpretaban como un cambio radical de la situación dentro de la cual habían luchado hasta ese momento y el surgimiento de otra distinta y opuesta, por medio de la cual podía lograrse una solución incruenta y definitiva de su aspiración a la Independencia. Ya no iban a enfrentarse al cerrado absolutismo fernandino, sino que se abría una inesperada oportunidad para el diálogo entre quienes impartían las mismas aspiraciones políticas.

El Correo del Orinoco, la publicación periódica que Bolívar funda en Angostura en 1818 para servir de fuente de información y de arma intelectual en la guerra, refleja de un modo fascinante la manera en que ese acontecimiento fue visto por los libertadores. Ya desde su primer número, en junio de 1818, habían declarado que «se pelea contra el monopolio y el despotismo, por la libertad del comercio universal y por los derechos del mundo». En esa misma nota se dirige a los súbditos del rey:

> Españoles de la península: Vuestro Gobierno es vuestro verdadero enemigo. Nosotros, por el contrario, somos vuestros amigos naturales... Amenazados de los mismos males, víctimas de la misma opresión y de la misma tiranía, ¿por qué no nos unimos de una vez, por qué no nos abrazamos y somos todos libres y nos volvemos a llamar hermanos?

Las primeras noticias del alzamiento aparecen en el número del 18 de marzo de 1820. En sucesivas ediciones irán informando de los sucesos y reproducirán algunos documentos y proclamas de los insurrectos. Debió impresionarles mucho el estrecho parecido de aquellas frases y conceptos con los que ellos habían venido usando desde el

primer momento de la lucha. En las proclamas del General Quiroga podían leerse frases como las siguientes: «Estabais destinados a la muerte, no para realizar la conquista, ya imposible, de América...», se ha declarado la guerra en el Nuevo Mundo como «impía, impolítica y fratricida», para finalmente definirla como «una guerra tan asoladora, como injusta y ridícula».

Las páginas del *Correo* reflejan un espíritu de contento y esperanza. Les parece que va a ser posible la reconciliación, con el reconocimiento de la Independencia, aún más, les parece inevitable.

Era evidente la falta de convicción y entusiasmo entre los jefes españoles en América para combatir decisivamente a los hombres que representaban ideas que les eran afines. Lo que había habido en España hasta esa hora había sido un estado de guerra civil, larvada o abierta, entre constitucionales y «serviles». Lo que pasa en América representa otra faz del mismo enfrentamiento. Era difícil para hombres como Morillo o La Serna mirar como enemigos mortales a los patriotas americanos.

Basta leer la correspondencia de Morillo para advertir claramente la sincera simpatía con que veía a los libertadores. La famosa entrevista que tuvo con Bolívar, después del movimiento de Riego y la restauración del régimen constitucional, revela y pone en evidencia la simpatía que animaba a los hombres de los dos bandos. Habían ya acordado un armisticio y un acuerdo de regularización de la guerra, pero todos aspiraban a más, a lo que podía llegar a ser la reconciliación definitiva de los libertadores americanos con los liberales de España, para una nueva forma de unión entre una España liberal y una América independiente.

En aquella ocasión los sentimientos privaron sobre las apariencias y las actitudes convencionales. Se abrazaron, derramaron lágrimas y condenaron la guerra y la lucha armada. Era la aparición elocuente de una realidad histórica y social subyacente. No era España, a los ojos de los libertadores, una potencia extranjera que había venido a sojuzgar su país y a imponerle una cultura extraña. Los americanos se consideraban tan españoles como los peninsulares y su relación con la Corona no era menor ni diferente a la que tenían con ella los distintos reinos de la península. Lo que ocurría en España para entonces era una guerra civil, y lo que ocurrió en América fue el traslado y la continuidad de ese mismo conflicto, entre la misma gente, en otro escenario

geográfico. La mayor dificultad con la que tropezó Bolívar en los comienzos no fue otra que la de darle un carácter nacional a la guerra contra el régimen. Durante todo el primer tiempo fue predominantemente una guerra civil. Eran mayoritariamente venezolanos los que peleaban en uno y otro bando. Boves venció a los libertadores a la cabeza de un ejército de lanceros de las llanuras del Orinoco y hasta casi el final de la larga lucha se mezclaron americanos y españoles en los dos bandos. No eran ya para ellos españoles y americanos, sino «godos», que comprendían a todos los partidarios del antiguo régimen, y patriotas, que aspiraban a otro distinto basado en la democracia y los derechos del hombre. De lado y lado los sucesos de 1820 anunciaban la posibilidad cierta de una solución pacífica, que se frustró por la situación política de España en esa hora y desapareció definitivamente con la intervención de la Santa Alianza y la restauración por la fuerza del absolutismo fernandino.

Esos sucesos finales acabaron de internacionalizar el conflicto americano. Los enemigos de la Santa Alianza no podían permitir que la España incorporada a ella, y a sus principios retrógrados, pudiera conservar el dominio de América. Inglaterra se decidió activamente a apoyar a los partidarios de la Independencia y los Estados Unidos proclamaron la Doctrina de Monroe, que cerraba cualquier posibilidad de restaurar el imperio español.

El lamentable desenlace del Trienio Liberal y de las grandes esperanzas que hizo nacer, a una y otra ribera del océano, tuvo sus consecuencias en esa ya larga lucha.

Durante toda la campaña del Perú es visible la división entre constitucionales y «serviles», que remata finalmente en la disidencia abierta del General Olañeta, en vísperas de Ayacucho. Había simpatía de parte de La Serna y de sus generales por Bolívar y su causa. La batalla de Ayacucho, misma, es un elocuente ejemplo de este estado de ánimo. Dos cosas insólitas ocurren en ella. Primero el caso, único de los anales guerreros, de que formados los dos ejércitos en orden de batalla, momentos antes de iniciarse el combate, oficiales españoles y americanos salieron de las filas para abrazarse en presencia de las dos fuerzas. El General Menet, acompañado de otros oficiales, se abrazó con el General Córdoba y así lo hicieron otros. Luego, se dio el caso, igualmente insólito, que después de una victoria decisiva, el General Sucre le ofreciera a los restos del ejército español la oferta de una ca-

pitulación, que les asegurara muchas concesiones de respeto y seguridad, como sólo hubiera podido justificarse antes de una batalla, precisamente para evitarla. La correspondencia posterior de La Serna con Bolívar confirma esta actitud.

Muchos de estos jefes, a su regreso a España, se convirtieron en los más decididos soportes del régimen liberal, con María Cristina contra los carlistas, como fue el caso de Espartero y de no pocos otros, a quienes los malquerientes políticos dieron el significado cognomento de «los ayacuchos».

Cuando se considera este largo, y casi uniforme, ciclo de grandes sucesos no puede uno menos que advertir que por debajo y más profundamente de lo que advierte la historiografía superficial, que se regodea en los sucesos y en las palabras sin penetrar en el meollo de su verdadera significación, que el cruento y complejo proceso que parece iniciarse en España, con los acontecimientos de 1808, tuvo antecedentes y consecuencias, y es la manifestación de un cambio de mentalidades y circunstancias que tiene raíces europeas y que se extiende a la comunidad de las naciones hispánicas.

La crisis que estalla, visiblemente, a partir del motín de Aranjuez hasta la resistencia contra la invasión napoleónica estaba planteada en España, desde la época de Carlos III, y formaba parte del inmenso cambio revolucionario e ideológico que transformó la faz del mundo y que tuvo su punto culminante en la Revolución Francesa.

Sólo dentro de ese marco es posible entender lo que en esos años ocurrió en España y en la América española. Se había creado un cisma, un antagonismo mental irreconciliable, entre las concepciones sociales y políticas del Antiguo Régimen y las aspiraciones hacia la libertad que penetraban todas las capas sociales.

Era la llegada al mundo hispánico, y la expresión dentro de sus peculiaridades y de la gran crisis de la conciencia de la que brotó el largo y no cerrado tiempo de las revoluciones.

No puede entender el vasto y significativo proceso quien lo ve simplemente como una consecuencia de la invasión francesa de la Península en 1808 o de la decisión de los criollos de terminar con la dominación española. Desde fines del siglo XVIII, y acaso antes, habían venido formándose dos Españas opuestas en lo ideológico y en lo político. Dos visiones nacionales antagónicas. Lo mismo ocurría en las tierras americanas. Se aspiraba a un nuevo orden, al progreso de las

Luces, a la realización del modelo norteamericano y a la adopción de las instituciones liberales. No fue una lucha de América contra España, de unos pueblos coloniales sometidos por la fuerza a una potencia extraña, como fue el caso de la descolonización reciente en África y en Asia. Eran la misma gente, con la misma lengua y la misma cultura, que constituían una comunidad *sui generis* a ambos lados del océano. Había diferencias, pero acaso no más grandes que las que las lenguas y las historias regionales crearon dentro de España. En ambos escenarios la lucha fue esencialmente la misma, contra los mismos enemigos y con los mismos objetivos. El proceso que dio nacimiento al movimiento liberal en la Península es el mismo que anima y justifica la insurrección americana. Entre liberales y libertadores no había diferencia de causa, ni de ideales. La causa que los movía era fundamentalmente la misma. El lenguaje de los liberales de Cádiz y de Riego es el mismo que empleaban los patriotas del espacio americano, las aspiraciones eran iguales. Ellos lo sentían claramente y lo expresaban en sus documentos. No luchaban contra España, luchaban contra el régimen injusto y contra el absolutismo que lo personificaba.

Lo más importante que expresa y revela la larga lucha por la Independencia de la América Hispana, es la identidad de propósitos con los liberales españoles. No se lucha contra extranjeros, era una lucha entre hermanos separados, en la que liberales y libertadores no lograban desconocer la coincidencia de sus motivaciones y la identidad fundamental que los unía indisolublemente. Así lo vieron no sólo los hombres de pensamiento, sino también los jefes militares que se enfrentaban en los campos de batalla del Nuevo Mundo.

Si algo prueba la larga y destructiva guerra de Independencia hispanoamericana es la existencia de una poderosa comunidad de historia y de cultura, que con la lucha armada no quedó destruida sino confirmada y que es, hoy más que nunca, la base segura para entrar en el porvenir.

EN BUSCA DE UN NUEVO ORDEN

Los hijos de la América española tuvieron, casi desde el primer momento, la noción de su singularidad no sólo ante el mundo, sino particularmente ante España y el resto de Europa.

La noción de ser distintos, de formar parte de un escenario geográfico y social diferente del de España aparece desde el comienzo. Los mismos españoles que se establecieron en el Nuevo Mundo al regresar a la Península eran, inevitablemente, vistos como diferentes. La figura temprana del indiano, en el lenguaje y en la conciencia popular, lo comprueba. Algo o mucho había cambiado insensiblemente en aquellos seres en los largos años de su vida americana. Habían adquirido otras costumbres, otras nociones del espacio geográfico, otros vocablos para otras cosas no conocidas antes, una evidente alteridad con respecto a sus hermanos que permanecieron en el viejo país.

Esta noción es muy viva en los hijos del mestizaje racial y cultural que se produce intensamente desde la primera hora. El caso más excelso y ejemplar es el del Inca Garcilaso de la Vega. Toda su vida y su admirable obra escrita reflejan dramáticamente esta especie de contradicción interna que pugna sin tregua dentro de él. En su mente conviven, en un difícil acomodamiento, las herencias culturales incaicas y la lealtad y devoción a la espiritualidad española. No logra, aun después de largos años en España, después de ser soldado y sacerdote, después de escribir en una de las mejores prosas de su tiempo y de empaparse del neo-platonismo del Renacimiento, no logra borrar aquella fundamental condición que lo distingue de los españoles de su tiempo.

El caso se repite constantemente, aun cuando sólo podemos conocer los casos excelsos de las grandes figuras literarias e históricas que aparecen dentro de la nueva circunstancia.

Esta noción activa y que se manifiesta en innumerables formas no se atenúa con el paso del tiempo, sino, por el contrario, se acentúa y complica. Están rodeados de la contradicción cultural en infinitas maneras, forman parte de una realidad social, mal definida y confusa, en la que, junto o por debajo de lo recibido de España, persisten y se manifiestan las vivencias culturales de los indios y de los africanos. En los usos, en la alimentación, en el lenguaje, en las fiestas populares, en los aires de canto y de danza, en el trato diario, están flotando en el caldo vivo y oscuro de esas herencias diferentes y hasta contrarias.

Nunca llegan a saber definitivamente lo que son y lo que representan. Se creen españoles y ya no pueden serlo como los que permanecieron en el viejo suelo; tienen de los indios y ya son profundamente extraños a lo que fueron los indígenas y sus civilizaciones antes del Descubrimiento, y los mismos africanos, a pesar de la segregación social en que son mantenidos, se convierten a otra realidad diferente de la de su origen lejano.

Esta situación engendra, naturalmente, dificultades, roces, resentimientos y desacomodos. Sienten que forman parte de una sociedad *sui generis* que no es igual a ninguna de las que dieron origen a su existencia, pero no logran entender exactamente lo que eso significa, ni sus implicaciones. Es una situación que se manifiesta más al nivel de la sensibilidad que de la razón.

Este viejo estado de cosas sufre una dramática prueba con el proceso de la Independencia. Se trata entonces de definir un proyecto de instituciones y de organización para aquella sociedad tan peculiar y poco asimilable a los modelos europeos que se proponen adoptar.

Los primeros ideólogos del vasto movimiento están imbuidos de ejemplos y enseñanzas europeas o del norte de América. Como seguidores intelectuales de las novedades conceptuales de la Ilustración y de los ejemplos de la Revolución Francesa y de la de los Estados Unidos, creen posible adoptar esas ajenas instituciones a un medio tan distinto de aquel en que se habían producido.

No solamente proclaman, sino que instauran las instituciones políticas más nuevas y avanzadas de Europa y Norteamérica sin darse cuenta de que había una realidad histórica local que no permitía asi-

milarlas. Se proclamó la libertad, la igualdad, los derechos del hombre, el régimen democrático y federal y el gobierno del pueblo en un ámbito humano que nunca había conocido tales instituciones, sino que, por el contrario, se había formado bajo un sistema totalmente opuesto, sin igualdad, sin libertad, sin representación popular, como parte integrante de una monarquía absoluta, rigurosamente jerarquizada, que en las Indias se complicaba con la numerosa presencia de las otras razas y culturas.

El resultado tenía que ser catastrófico. La primera república que se constituye formalmente en tierra de la América española es la de Venezuela. Los legisladores de 1811, llenos del entusiasmo más candoroso por los precedentes de París y de Filadelfia, adoptan las más idealistas formas políticas e instauran una república igualitaria fundada en la libertad y en los derechos del hombre. No existía ningún antecedente, ni ninguna experiencia propia de lo que esas instituciones significaban. Fue un trasplante sin tierra. El fracaso era inevitable y prontamente ocurrió. Tras una corta vida de apenas un año, la Primera República de Venezuela sucumbió, no ante fuerzas expedicionarias del rey, sino ante el desarraigo de la mayoría del pueblo.

Simón Bolívar, que fue actor y testigo angustiado de aquel desastre, lanzó en 1812, en Cartagena, a los veintinueve años de su edad, su primer gran documento político. Con sagaz mirada señala, en aquel manifiesto a los neo-granadinos, las causas del fracaso:

> Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginando repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfección del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido y, desde luego, corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal que bien pronto se vio realizada.

Siete años más tarde, en 1819, con la dura experiencia de una larga guerra, de una difícil situación social, de una realidad dura de dificultades, a la cabeza de jefes díscolos y ambiciosos, tiene oportunidad

de proponer una Constitución al Congreso reunido en Angostura del Orinoco. En ese documento, que es la suprema expresión del pensamiento político del Libertador, reitera con patética insistencia sus aprehensiones:

> Cuanto más admiro la excelencia de la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro Estado. Y, según mi modo de ver, es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente... a pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral, a pesar de que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad y se alimenta de pura libertad... Pero sea lo que fuere de este gobierno con respecto a la nación americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de dos Estados tan distintos como el inglés americano y el americano español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice el Espíritu de las Leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen?, ¿que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra?, ¿que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos?, ¿referirse al grado de libertad que la constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Washington!

La larga lucha y las enormes dificultades que tuvo que enfrentar le habían enseñado la trágica incompatibilidad entre la realidad y las instituciones adventicias que se habían adoptado apresuradamente y que no correspondían al pasado y a la situación histórica de aquellos pueblos. Era una nueva forma, y no menos peligrosa que la anterior, de aquel visionarismo que desde el Descubrimiento había deformado la noción de América para nativos y extraños. Habían sido visionarios vueltos hacia el pasado mítico del espíritu europeo que creían hallar en el Nuevo Mundo las deslumbrantes imágenes de su más remota herencia cultural. Encontraban indios, selvas, culturas diferentes y creían haber recuperado el Paraíso Terrenal, o haber topado con las fabulosas

amazonas o estar en el camino de El Dorado. Los nuevos visionarios, influidos por las ideas de la Ilustración y el ejemplo alucinante de la Revolución Francesa, proyectaban su sueño hacia el porvenir. De la noche a la mañana, sin base ninguna de tradición y de realidad, iban a implantar la utopía, la República perfecta, el reino nunca visto de la libertad, la igualdad y la felicidad.

La actitud mental, en ambos casos, era semejante, la sustitución de los datos inmediatos de la realidad por una visión proyectada hacia el pasado o hacia el futuro. No pocas veces, en variadas formas, se combinaron las dos visiones.

Muy cerca de Bolívar se destaca, entre los que se percataron de aquella insoluble contradicción de los propósitos con los hechos, el venezolano Simón Rodríguez. Había sido maestro de primeras letras de Bolívar, había propuesto muy avanzados métodos de educación, y había vivido en Europa, principalmente en Francia, por cerca de 25 años. Había vuelto a encontrarse con sus antiguos discípulos en París en 1804. Fue en esos años, en aquel medio y hora, tan lleno de excitantes novedades, cuando su influencia sobre el futuro Libertador se hizo más profunda y valedera.

Le sirvió de guía y de inspirador, en aquel fascinante escenario de la historia, para hacerle conocer con toda amplitud el pensamiento de los grandes autores de las Luces. La ideología de la Ilustración y la realidad de la política europea fueron el tema constante de sus lecturas y diálogos. Bolívar reconoció con afecto su deuda para con este hombre singular. Cuando, después de medio siglo de ausencia de América y de cerca de veinte años de haberse dejado de ver y hasta muy posiblemente de comunicarse, Rodríguez, que en sus andanzas por el Viejo Mundo había adoptado el simbólico nombre de Samuel Robinson, regresa al fin a su América, Bolívar, que estaba entonces dirigiendo la campaña final y definitiva del Perú, le escribió la más generosa y espontánea invitación a reunirse con él. En la emotiva carta, que le escribe desde Pativilca a comienzos de 1824, le dice entre otras muchas frases elogiosas:

> ...usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso.

Cuando Rodríguez regresa, ya han transcurrido doce años desde los primeros movimientos de Independencia, durante ellos se ha lucha-

do en una guerra larga y cruenta, se han ensayado con poco fruto muchas constituciones y formas de gobierno sin que se hubiera podido lograr establecer la república justa y libre con la que soñaban aquellos patriotas.

Al igual que Bolívar, advierte con angustia la brecha creciente que se ha ido formando entre aquellos principios inaplicables y la peculiar realidad social que ha formado la historia. No se desespera por ello, no renuncia a la posibilidad de alcanzar aquellos nobles fines, pero, a diferencia de muchos otros, se propone partir de un reconocimiento pleno de los obstáculos que la situación social presenta.

Es ésta su originalidad incomparable. No está de acuerdo ni con los soñadores de una República irrealizable, ni menos con los cínicos para quienes el problema no es de instituciones sino de mando efectivo en cualquier forma.

Él no acepta ninguna de las dos posiciones contrapuestas e irreconciliables, tampoco se resigna a renunciar a sus aspiraciones profundas a lograr alcanzar un orden de libertad y de verdadera república, pero piensa que el camino para lograrlo es más largo y difícil que el de proclamar principios y modelos extraños.

Comprende, con desvelada preocupación, que se han proclamado repúblicas que adolecen de la grave falla de que en aquellos países no hay republicanos ni experiencia de democracia, sino aspiraciones de una exigua minoría ilustrada. Para que pueda haber república propone, simplemente, formar primero los republicanos, y para formarlos debidamente hay que modificar por entero y con otro sentido la educación.

Es en esta búsqueda donde se manifiesta de manera deslumbrante su originalidad, que lo convierte en uno de los más avanzados y valiosos pensadores de su tiempo. Concibe una escuela muy distinta de las existentes, donde formar, por otros medios inusitados, los hombres que van a hacer posible y efectivo el sistema republicano y la nueva sociedad democrática. Lo que dice en este sentido no sólo se anticipa en muchos años a lo que la moderna pedagogía ha llegado a concebir, sino que, también, lo convierte en un insólito precursor de las concepciones de los revolucionarios y reformistas sociales de nuestros días.

La escuela de Rodríguez no se iba a parecer a ninguna otra conocida. Se proponía dar educación a todos los niños de todas las clases sociales y, principalmente, a los pobres. Quiere recogerlos en institutos

donde queden separados de la perniciosa influencia de la sociedad existente y entregados a sus maestros. Se les va a enseñar, desde luego, las asignaturas tradicionales, con mucho énfasis en el lenguaje; pero, además y sobre todo, otras nuevas e inusitadas. Se les enseñará además la gramática, la aritmética, las ciencias naturales y el lenguaje, a trabajar. Cada escuela será al mismo tiempo un taller de aprendizaje de oficios, a los varones se les enseñarán rudimentos de herrería, carpintería y cerámica, y a las hembras trabajos domésticos. Él no quiere seres baldíos que nutran las filas de la miseria y de la prostitución. «Al que no sabe cualquiera lo engaña», dice, «y al que no tiene cualquiera lo compra». En esa escuela nunca vista hasta entonces se iba a enseñar, digo mal, se iba a experimentar con la diaria experiencia, la que para él era la más importante de todas las materias, la sociabilidad. Propone hacer del sistema educativo un aprendizaje para el trabajo y para la vida y, sobre todo, para la convivencia genuina y fecunda dentro de una sociedad justa y liberada de los prejuicios y costumbres que le impiden avanzar. Señala que «los preceptos sociales (sean) objeto principal de la escuela» y, aun más explícitamente, añade que «el objeto de la instrucción es la sociabilidad y el de la sociabilidad es hacer menos penosa la vida».

Advierte que los modelos de otros países totalmente diferentes no pueden ser aplicados en su América, como lo han demostrado los repetidos fracasos del ideal republicano, y que tampoco se puede regresar a la monarquía, que nunca ha existido en el continente sino como una superposición casi abstracta del régimen imperante en España que no podría ser implantada localmente en aquel ambiente, en el que resultaría inaceptable. La figura del rey no fue nunca la de un príncipe propio, sino el lejano reflejo de una majestad, tanto más acatada cuanto más lejana e inaccesible, y a esto no se podía volver. Ni se podía llegar a la República, ni tampoco regresar en alguna forma a la monarquía.

Para él, como para Bolívar, era evidente que la sociedad formada por las circunstancias históricas en América era distinta de la española y mucho más de cualquier otra de cualquier parte, y esa situación propia y única imponía la necesidad de soluciones propias. «¿Dónde iremos a buscar modelo?», se preguntaba. «La América española es original, originales han de ser sus instituciones y su Gobierno, y originales los medios de fundar uno y otro», para concluir en poderosa síntesis: «O inventamos, o erramos».

Le parecía patente y fundamental la individualidad del Nuevo Mundo, aquella sociedad que la historia y las circunstancias habían creado a lo largo de siglos y en presencia de tres culturas, que no era asimilable a ninguna otra existente. Para esa realidad había que crear instituciones adecuadas y propias que no podían ser simplemente la copia servil de algún modelo extranjero, por atractivo que pareciera.

Para concebir esas nuevas formas de sociabilidad había que estudiar las particularidades de aquella sociedad. Lo expresa reiteradamente en muchas formas: «En lugar de pensar en medos, en persas, en egipcios, pensemos en los indios», «más nos cuenta conocer a un indio que a Ovidio». Piensa con asombrosa penetración en lo que llama «un Gobierno etológico, esto es, fundado en las costumbres», para añadir con sarcasmo:

> Cuidado, no sea que por la manía de imitar servilmente a las Naciones Cultas venga la América a hacer el papel de vieja en su infancia.

Desde luego lo que proyecta tenazmente no es respetar y continuar las viejas costumbres, injusticias y vicios sociales, sino alcanzar un nuevo orden sobre la base de las características, y de la realidad social, haciendo en la escuela el camino para una sociedad original más justa, productiva y libre. Lo expresa en los mismos términos a los que hoy proclama la ciencia pedagógica: «Ha llegado el tiempo de enseñar a los hombres a vivir».

Su escuela recibirá a los niños de todas las clases, y muy especialmente a los pobres, para convertirlos en los ciudadanos útiles de una sociedad próspera y justa. Para hacer esos republicanos que no existen y que son indispensables para alcanzar la República, concibe la extraordinaria idea de aislar en la escuela toda una generación para salvarla de la contaminación de las viejas supersticiones y vicios sociales, para hacer de ellos hombres nuevos y distintos. De lo que se trata, dice, es de «declarar el país en noviciado» y de «colonizar el país con sus propios habitantes».

Podía parecer un proyecto irrealizable, pero, ciertamente, a diferencia de las utopías venidas de fuera, partía de un reconocimiento de la situación peculiar de aquella sociedad y de una evaluación muy ajustada a la realidad de lo que era y de lo que podía llegar a ser por me-

dio de una educación para el trabajo, para la vida y para la sociabilidad.

Nadie había pensado en esta forma antes que él, ni había imaginado esta posibilidad grandiosa por medio de la educación. De la escuela y de la realidad histórica iba a salir el nuevo orden social por medio de un inteligente y continuado proceso de creación de nuevos hábitos y de una nueva mentalidad.

Era demasiado avanzado para aquel tiempo y era mucho pedir que lo pudieran comprender y menos aceptar sus contemporáneos. Bolívar lo comprendió y lo apoyó. Después de Ayacucho se lo llevó consigo hasta el Alto Perú, a la recién fundada Bolivia, para ponerlo a cargo de la dirección de la educación pública. En Chuquisaca inicia con inmensas esperanzas su revolucionario ensayo. Ya Bolívar no estaba allí y aquellas novedades suscitan alarma y escándalo entre los pobladores de aquellos reductos de la más rancia tradición. Estaba condenado a fracasar.

Entre 1823, año de su regreso a América, y 1854, fecha de su muerte a la avanzada edad de 85 años, su existencia va a ser un continuo peregrinar de fracaso en fracaso, de burla e irrisión, agotado por la miseria, visto por la mayoría como un extravagante y hasta como un loco, fundando pobres escuelas transitorias, haciendo todos los menesteres posibles para sostenerse, pero sin desmayar ni renunciar nunca a su grandioso proyecto.

Su doloroso itinerario es largo y divagante. Pasará, sembrando ideas y fallidos ensayos, por Bogotá, Lima, Chuquisaca, Valparaíso, Santiago, algunos poblados perdidos de la alta cordillera, hasta encontrar la muerte en el abandono y en la soledad.

Escribió mucho, a veces carecía de tinta y de papel, y alcanzó a publicar muy poco. En folletos, en periódicos, en algún libro, salieron sus ideas para ser ignoradas u olvidadas. Cargaba consigo un cajón lleno de manuscritos, lo que él llamaba «un baúl de ideas». La mayor parte de esos escritos se perdió después de su muerte. Muy pronto cayó en el olvido y, lo que es peor, en una abyecta leyenda de extravagancia y de locura, que apenas recientemente ha comenzado a disiparse con la edición de lo que logró publicar y ha sido hallado. Dos gruesos tomos de obras completas, seguramente incompletas y fragmentarias, han sido publicados en 1975 por la Universidad Simón Rodríguez de Caracas. Han salido a la luz algunos estudios y comentarios importantes

que traducen el asombro de los modernos lectores ante su deslumbrante originalidad. Yo mismo traté de reconstruir su figura y su hora en mi libro *La isla de Robinson*.

En el arduo y no resuelto problema de encontrar un orden propio y estable para la América Hispana, nadie lo sobrepasa en penetración y anticipación de un camino distinto y nuevo.

Lo que vino después de Bolívar, como él lo temía, fue la larga serie de los caudillos armados, hijos de la montonera y de la ignorancia, que perpetuaban las peores formas de la peculiaridad hispanoamericana.

Su voz estuvo apagada por todo ese tiempo. Ahora se la redescubre con sorpresa, porque no ha perdido valor ni vigencia y debe ser tenida en cuenta por todos los que combaten y se esfuerzan en la ya vieja lucha por la democracia en el Nuevo Mundo.

UN JUEGO DE ESPEJOS DEFORMANTES

Toda historia, en algún grado, es una simplificación engañosa. El mero hecho de reducir complejos sucesos pasados a una visión inteligible supone deformaciones y mutilaciones inevitables, además de la inescapable limitación de que todo historiador es un hombre de un tiempo, de una ideología, de una mentalidad y de una situación determinadas, desde las cuales tiene que mirar al pasado. En cierto modo no mira al pasado sino que tiende a reducir el pasado a su mentalidad, a su manera de comprender los hombres y los hechos y a su concepción finalista de la sociedad y del destino de las colectividades. En el mayor grado de objetividad imaginable, ningún historiador ha logrado nunca escapar de su piel, es decir, de su circunstancia intelectual, de su tribu conceptual, de su filosofía de los hombres y aun más de los fines conscientes o inconvenientes que asigna a la sociedad.

Si esto fuera rigurosamente inmodificable, tendríamos que desconfiar de toda historia, no sólo de la que se aleja de nuestras convicciones y perspectivas, sino aun de aquella que parece estar de acuerdo con ellas y justificarlas.

La historia no pasa de ser, en este sentido, más que un cálculo de posibilidades, un contraste de deformaciones que se desmienten entre sí, un rico y fascinante juego de espejos deformantes. Habría que mirar el reflejo de todos esos espejos para, al través de la suma de todas sus deformidades diferentes, poder llegar a una mejor aproximación de esta fugitiva ilusión que es el conocimiento de la realidad. Por esto, más que del pasado, toda historia parte del presente, de la posición vigente de quien la escribe y de su visión del presente. En este sentido toda historia es autobiográfica y personal.

No es ésta una fatalidad inherente a la relación de los sucesos remotos sino, también y sobre todo, de los más próximos. La manera de pensar, la ideología, las proyecciones de la actualidad y del futuro influyen en los historiadores de un modo evidente. Desde Bossuet y su historia universal a lo divino, inspirada en los profetas del Antiguo Testamento, hasta los discípulos de Marx, ese otro profeta.

Bastaría volver la mirada a un gran suceso reciente, sobre el que abundan testimonios, documentos y fuentes, como lo ha hecho François Furet con la Revolución Francesa, para percatarse de esta fatalidad inherente a toda historia. Hay muchas historias de ese inmenso suceso, diferentes, a menudo contradictorias, que más que los sucesos de hace dos siglos reflejan la mentalidad de sus autores y de su hora. Desde Michelet, pasando por Tocqueville, hasta los marxistas de nuestros días el gran suceso parece cambiar de carácter y significación con cada autor: casi como si no hablaran del pasado sino para justificar y apoyar sus posiciones ante el presente. Todas, en mayor o menor grado, han sido historias de opinión.

Furet dice que «no hay interpretación histórica inocente», porque todas ellas son el reflejo de los conflictos de ideas vigentes. «Los historiadores de la Revolución Francesa proyectan hacia el pasado sus sentimientos y sus juicios», dice Furet, para señalar ese persistente fenómeno de «la contaminación del pasado por el presente».

En su sagaz examen señala el historiador francés las «contradicciones flagrantes entre la sociedad revolucionaria y el mito revolucionario». Todas terminan por ser «historias de la identidad», como la entienden sus autores.

La historia de la América Latina no es excepción de esta regla, sino evidente confirmación de la misma. Muy pocas veces ha logrado acercarse a la objetividad y más que los hechos del pasado parece reflejar las preocupaciones y las opiniones del presente. Las continuas antiposiciones aparecen a todo lo largo de los siglos de formación y desarrollo del mundo hispanoamericano y llegan a hacer casi inconciliables las contrarias versiones. Más que una historia ha sido un debate inacabable entre historiadores, que nunca ha llegado a resolverse ni a concluir. Ha sido una historia fundamentalmente polémica, más que la historia de un pueblo ha sido la de una disputa y una confrontación que siguen vigentes.

Se abre con la gran polémica, que en mitad del siglo XVI sostienen Las Casas y Sepúlveda y que, en lo esencial, sigue abierta todavía. Las dos grandes figuras contrapuestas personifican los dos criterios extremos sobre la conquista. Las Casas, que la condena apasionadamente, parece reducirla casi a las horribles proporciones de un crimen colectivo, condenable desde todos los puntos de vista, y la de Sepúlveda, que no solamente la justifica en nombre de las enseñanzas del Evangelio y de los filósofos de la Antigüedad, sino que la convierte en un ejemplo resplandeciente de la guerra justa. Ambos son extremistas llenos de pasión. La pasión fría en Sepúlveda y la ardiente en Las Casas, que los conduce a los extremos irreductibles de considerar a todos los indios poco menos que como bestias irracionales, o a todos los españoles como criminales sin remisión.

Ese debate, bajo otros términos y en otras formas, sigue abierto en nuestros días y distorsiona fatalmente la posibilidad de una historia objetiva. Quiérase que no, todo historiador termina por ser reo presunto o confeso de hispanismo o de indigenismo extremos.

Es un caso arquetípico de la traslación de los valores morales a la historia; parecería que más importa demostrar quién tenía de su parte la razón y la justicia, entre indígenas y españoles, que la necesaria comprensión de lo que realmente sucedió y de cómo se constituyó el Nuevo Mundo. De allí arranca la no desaparecida tendencia a considerar el pasado a la luz de los valores morales y convicciones políticas del presente, que llega hasta hoy, y de la que podrían citarse tantos ejemplos como hechos de importancia han ocurrido en esta historia.

El interés histórico genuino no está en saber quiénes obraban más de acuerdo con determinada razón o determinada justicia, sino en llegar a conocer y comprender cómo del choque cultural, en un extraño e inmenso escenario, entre españoles, indígenas y africanos, se formó el rico y fecundo mestizaje cultural de esta América.

La historiografía de la América Latina parece estar condicionada y determinada por dos grandes focos de distorsión, que son la Conquista y la Independencia. Ellas parecen presidir toda su comprensión, provocar una división de las aguas de la que salen dos frentes. De una parte los indigenistas extremos, que llegan poco menos que a condenar la formación de este Nuevo Mundo en nombre de una exaltación intransigente del pasado precolombino. En algunos casos parecieran considerar el gran hecho de esa creación cultural como una horrible des-

gracia o como un crimen sin término que les impide comprender y aun menos aceptar esa realidad.

De la otra, los españolizantes obtusos que siguen creyendo en la posibilidad de una presencia incontaminada y perpetua de la cultura española del siglo XVI, excluyente y dominante, sobre una masa sin voz ni presencia, condenada a imitar lo español y a olvidar un pasado muerto, sin ninguna validez actual.

En cuanto a la Independencia el caso no es distinto. Para muchos autores todavía se libra la batalla de Ayacucho, como si fueran cosa distinta los españoles venidos a América y los nacidos en ella y como si no participaran plenamente de una misma raíz cultural y de un mismo drama histórico. Se habla de godos y patriotas como de dos especies extrañas la una a la otra y sin parentesco posible. Casi como si a principios del siglo XIX una potencia extranjera hubiera enviado sus ejércitos, al estilo napoleónico, a sojuzgar y someter a un país extraño con el que nada tenía en común. Apenas hoy comenzamos a conocer la estrecha relación entre la guerra de independencia española y la hispanoamericana, la extensión al través del Atlántico del fenómeno de las Juntas de Gobierno autónomas, el estrecho parentesco entre el movimiento liberal de España y la lucha de los republicanos hispanoamericanos para crear un orden distinto del absolutismo tradicional, fundado en la libertad y la justicia. En su más profundo sentido comenzamos a comprender hoy que la independencia de Hispanoamérica es otro frente de la lucha entre liberales y serviles en un escenario distinto al de España.

Da la impresión en algunos casos de que se pretende creer que la comunidad hispanoamericana surge a partir de 1810, sin antecedentes ni pasado, casi como una creación *ex nihilo,* dejando en el olvido los tres siglos de creación de una nueva sociedad que, en la tierra de América y en condiciones de originalidad, refleja los grandes sucesos del mundo y participa en las luchas ideológicas. No sólo Miranda, sino todos los jefes de la Independencia americana, nacen bajo el régimen colonial, se forman en él y es dentro de él que conciben el designio de llegar a sus últimas consecuencias el proceso de creación de una sociedad peculiar que había comenzado a cobrar fisonomía desde el día siguiente de la llegada de Colón.

La pérdida del sentido de la continuidad no es el menor de los daños que hace esta visión distorsionada. Da la impresión de que quie-

nes piensan así se salen, inconscientemnte, de la historia para meterse sin saberlo en los terrenos del mito y para hacer imposible alcanzar la visión totalizadora de una historia real.

Podemos decir que no son dos los focos distorsionadores sino uno solo. La Independencia se inscribe dentro de la polémica de la Conquista. No pocas veces los Libertadores invocaron los argumentos de Las Casas, que les llegaban renovados en el lenguaje de los enciclopedistas franceses.

La Independencia resulta así un capítulo, no el último pero sí el más importante, de la inacabable polémica de Sepúlveda y Las Casas, que, a su vez, no es sino la expresión de la larga búsqueda de la propia identidad, en medio de un difícil proceso de mestizaje cultural y de trasplante y choque de hombres y concepciones, que no ha terminado todavía.

Podría trazarse la genealogía o las líneas de derivación de las dos posiciones de los dos antagonistas de la vieja polémica para identificar no pocos herederos y causahabientes de Las Casas y Sepúlveda.

La posición lascasiana la recoge con entusiasmo la Ilustración y le infunde nueva vida. De ella la toman los criollos y se van a nutrir los próceres de la Independencia. Los insurgentes recogen la herencia de Las Casas, desde el sentimiento de condenación moral de la Conquista hasta la mitificación del pasado indígena.

La posición de Sepúlveda resucita, en muchas formas, en los adversarios de la Ilustración. En una especie de gesto desesperado va a aferrarse a un pasado difunto para pretender conservarlo a toda costa en un tiempo distinto del mundo. No es una mera burla el haberlos llamado «godos».

Las dos posiciones las encarnan entre los criollos, no entre los jefes expedicionarios españoles, los patriotas y los realistas, con la misma pasión de los dos viejos contrincantes. La van a renovar los liberales y conservadores del siglo XIX y va a llegar hasta nuestros días en todas las formas de la pugna entre izquierdas y derechas.

Era fatal que los historiadores tomaran posición en muchas formas en cada bando, cada uno traía o reflejaba su versión de secta. Bastaría hojear sucintamente el rico catálogo de la historiografía hispanoamericana para poder hacer con facilidad la clasificación de unos y otros. Ha habido historias españolizantes o indigenistas, godos o libe-

rales, progresistas o retrógrados, de izquierda o de derecha, en todas las formas imaginables.

Las historias nacionales han sido distorsionadas por el nacionalismo patriotero, además de las influencias ideológicas, y a su vez han contribuido a desfigurar la posibilidad de una historia continental y aún más de la comunidad hispánica. La querella pueblerina entre bolivarianos y sanmartinianos no sólo carece de sentido, sino que dificulta la verdadera comprensión del gran proceso común de la Independencia. No pocas veces han sido historiadores foráneos los que más se han acercado a la objetividad y a una noción global de la evolución histórica de la América Latina. Entre ellos habría que destacar muchos trabajos de investigación realizados en Universidades de los Estados Unidos y la otra de eminentes historiadores norteamericanos como Haring, Hanke o Griffith, entre otros.

No ha desaparecido la querella, las sombras de Sepúlveda y Las Casas y de sus descendientes espirituales siguen pesando. Ya es tiempo de escribir con el equilibrio y la objetividad posibles una historia que pronto va a cumplir cinco siglos, pero todavía queda demasiado de las distorsiones del pasado, mucho más de lo que debería quedar. Todo esto está asociado, como condición limitante, con la necesidad de definir una difícil identidad y de alcanzar una toma de conciencia que prepare para el futuro.

¿Dónde hallar la historia de la América Latina, en medio de todas esas visiones parciales y parcializadas? Es un esfuerzo que está todavía, en gran parte, por hacerse. La historiografía americana es como un juego de espejos deformantes, de unos a otros la imagen reflejada cambia y parece mostrar a un ser distinto en cada caso.

LA LEGIÓN DE LOS MALDITOS

El encuentro entre Darwin con Rosas me parece fascinante. El científico genial que estaba descubriendo la naturaleza y el misterio del origen de las especies y aquel personaje singular que pertenecía a la peculiar especie del caudillo hispanoamericano. Se toparon en 1833, cuando el argentino estaba en su significativa expedición del desierto y el inglés recorría las costas americanas en la expedición del *Beagle*, de la que guardó un minucioso diario que recoge todas sus observaciones y atisbos sobre plantas, fósiles y animales, casi desconocidos para los europeos. Había estado observando seres extraños que presentaban reveladoras diferencias y mutaciones con respecto a los que eran conocidos en el Viejo Mundo, pero ahora, acaso sin darse cuenta, a pesar de la simpatía con que pinta al personaje, se hallaba ante un caso de mutación y de evolución no menos sorprendente y nuevo que el de guanaco o el de las iguanas marinas.

Rosas personificaba al caudillo hispanoamericano, a aquel tipo de jefatura casi natural y espontánea que las circunstancias sociales e históricas habían producido en la América después de la Independencia. No se parecía, ciertamente, a ninguna forma de autoridad de las que se conocían en el viejo continente. No era el representante de una institucionalidad establecida y legitimada, sino de una necesidad dentro de una sociedad particular y distinta que había abandonado sus formas de autoridad institucional.

Darwin venía de los jardines ingleses y de la pugna política de «torys» y liberales, del gran enfrentamiento cívico que provocó la discusión del Tercer Estatuto de Reformas, de la lucha entre Wellington, sin armas, y Grey, con apoyo popular, bajo la vacilante autoridad de

Guillermo IV, para encontrarse en medio de una naturaleza salvaje y distinta, de ombúes y guanacos, con una sociedad primitiva y diferente encarnada en Rosas y sus gauchos.

Tal vez no se dio cuenta, pero estaba en presencia de un fenómeno social de la mayor importancia, de una ruptura de la filogenia política aparente por otra distinta y producida por la realidad histórica. Rosas era, en aquella hora, el más calificado y poderoso representante del caudillismo argentino y la única opción posible frente a la anarquía disolvente que se había extendido entre las provincias del Plata desde la proclamación de la Independencia. Era el caudillo mayor destinado a dominar a los caudillos menores y a someterlos a una obediencia central y única. A pesar de que se proclamara federalista y que llamara con violencia a los antiguos patriotas cultivados de Buenos Aires «los salvajes, inmundos unitarios».

No era el primero de la especie, pero tenía mucho en común con los prototipos que lo precedieron, con Artigas en la Banda Oriental y con Boves en Venezuela.

Eran los hijos de la ruptura del orden español, de la inefectividad de las nuevas instituciones republicanas implantadas por los ideólogos inspirados por ejemplos europeos y norteamericanos y de la situación social e histórica.

Surgen de la guerra, de una guerra contra el gobierno español y contra las instituciones coloniales que ya habían sido derogadas y desacreditadas por los primeros próceres civiles de la Independencia. El ideal de la República era para ellos incomprensible y carecía de significación práctica. Estaba además asociado con la personalidad de los prohombres cultos de las ciudades, con su lenguaje extranjerizante y desprovisto de sentido y con la representación de los intereses de la ciudad frente a los del vasto y atrasado mundo rural.

Boves y Artigas no salen de las filas militares ordinarias, son los hijos de su propio esfuerzo, de su voluntad de lucha y del odio a los godos, a los ricos, a los intelectuales de la ciudad; sus seguidores los van a encontrar entre los primitivos habitantes, iletrados y rudos, de las llanuras, hombres hechos a las duras condiciones del pastoreo a caballo de ganados salvajes en inmensas llanuras.

Van a llevar al escenario de la guerra y de la política la mentalidad y las formas del medio rural más primitivo. La estructura de mando de los caporales, los capataces o los mayordomos campesinos se va

a trasladar al escenario nacional. Su montonera estará compuesta de los mismos hombres que, durante generaciones, lucharon a caballo y sin recursos contra la naturaleza hostil, las fieras, los ganados cimarrones y los enemigos humanos.

La montonera indisciplinada, de lanceros a caballo, va a desempeñar un papel fundamental en el surgimiento del caudillismo como forma de organización política.

En el caso de Artigas lo siguen los gauchos ciegamente sometidos al prestigio de su autoridad personal, de su valor, de su imagen paterna y de su experiencia rural. Van con él contra el régimen colonial y contra la invasión extraña, pero sin ninguna noción de formas institucionales. Los gauchos da Artigas lucharán por la Independencia.

El caso de Boves es todavía más ejemplar y elocuente. Boves no era un criollo, sino un asturiano. Había vivido desde muy joven en las llanuras de Venezuela y había llegado a consustanciarse plenamente con el estilo de vida y la mentalidad de los llaneros. Cuando fracasa, en 1812, la Primera República idealista e ineficaz y, luego en 1814, Bolívar regresa, sin ilusiones sobre aquella experiencia, a reanudar la lucha, Boves, por razones personales, se pone en campaña, a la cabeza de sus llaneros, contra Bolívar y los patriotas. Lo sigue una inmensa horda de jinetes que le obedecen ciegamente desde su indisciplina natural y que bajo su mando sembrarán el terror y la destrucción en todo el país hasta derrotar a los patriotas y someter todo el país a su autoridad personal, con un mero reconocimiento tácito de la figura del Rey. No tenía grado militar, sus soldados lo llamaban el comandante y, más frecuentemente, «el taita». Llegó a constituir una fuerza incontrastable de lanceros a caballo y a convertirse de hecho en el jefe del país, más efectivamente que la pálida sombra de los jefes militares españoles y de los funcionarios civiles de la Corona.

No sabemos lo que hubiera podido ocurrir si Boves no perece en combate el mismo año de su triunfo y se hubiera presentado como el jefe verdadero y efectivo de aquella nación nueva.

La personalidad y la acción de Boves revelan mucho de la naturaleza del fenómeno caudillista. Nadie hubiera recordado que era un español. Para sus seguidores llaneros era el jefe natural e insustituible que los conducía a la victoria, que les aseguraba los frutos del saqueo y la satisfacción de los odios y las venganzas personales. No parecía tener ninguna importancia el origen de aquel jefe de montoneras, que

había sido formado en la marina española y que, sin alarmarse, oía gritar a sus sanguinarios seguidores: «Mueran los blancos, los ricos y los que saben leer».

Su autoridad no le venía de ninguna institución, se la había ganado él mismo. No llegó a organizar, en el correcto sentido de la palabra, un ejército; sus propios soldados designaban o suprimían a sus comandantes, había la mayor familiaridad en el trato con él, pero todos lo reconocían y le temblaban como jefe único y supremo dueño de vidas y haciendas.

Juan Vicente González dijo, en frase audaz pero muy significativa, que Boves fue «el primer jefe de la democracia venezolana», y hay mucho de verdad en tal afirmación. Desde luego, aquella situación no correspondía a lo que hubieran llamado democracia los próceres civiles, hijos de la Ilustración y padres de la Independencia formal, pero representaba de manera efectiva una fuerza popular genuina. El comandante Boves, vestido como un llanero, lanza en mano, representaba ante aquellos hombres su propia imagen glorificada y la satisfacción de todas sus esperanzas y resentimientos. Estaban dispuestos a seguirlo ciegamente, a matar y destruir y a entregar sin reparo la propia vida.

Esa forma de representatividad espontánea, nacida de la identificación en el trabajo y en la guerra, es la que señala a los caudillos. Por eso se dan con más fuerza y autenticidad en las inmensas llanuras del Orinoco y del Plata, con su diseminada población agreste de pastores a caballo, de toros salvajes.

Van a llegar al mando de la República teórica con las mismas maneras y sistemas que emplearon de por vida en estancias y hatos.

Rosas fue un estanciero eficaz, obedecido y amado por sus hombres, que se sentían representados en su figura de padre severo. Su justicia elemental era la única que ellos conocían, su orden era el mismo en que ellos habían nacido, su relación era personal. No era un magistrado que representaba una institucionalidad escrita, sino su jefe natural. La estancia se había hecho del tamaño del país.

No ha sido fácil llegar a un estudio objetivo del fenómeno del caudillismo, que tanto podría decir sobre la realidad histórica y cultural de la América Latina. En una sociedad que, desatada de sus patrones de conducta impuestos por las instituciones españolas, se hallaba de pronto librada a sí misma y en franco camino a la anarquía y la

desintegración, surgió el caudillo como reacción inevitable del organismo social.

No ha sido posible estudiarlo con toda objetividad porque todavía, y como rasgo propio de una situación cultural, los latinoamericanos no han logrado despojarse de los patrones morales e ideológicos para conocer y explicar la propia historia. No inventó Sarmiento el dilema de civilización y barbarie, sino que le dio expresión a un sentimiento arraigado en las élites cultas de las ciudades. Civilización era todo lo que se parecía o pretendía parecerse al modelo europeo, barbarie era lo que históricamente caracterizaba a la sociedad latinoamericana y que era ajeno a ese modelo.

Era lo mismo que no darse cuenta de que las instituciones efectivas reflejan la situación real de una sociedad. Como dijo Simón Rodríguez, se pretendía crear repúblicas sin republicanos.

Cuando Sarmiento huye de la tiranía de Rosas y se refugia en Chile va obsesionado con la figura que ha brotado de la pampa, como fruto de la anarquía que la débil apariencia de gobierno republicano había provocado en Buenos Aires. No había estado nunca en la pampa pero la evoca con poderosa intuición poética y, en el centro de esa evocación emocional, coloca a Facundo: «Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte».

Sarmiento, que es un representante sincero de los ideales de la Revolución de Mayo, hace del caudillo la más hermosa evocación. En su visión dicotómica o maniquea del escenario político no hay sitio sino para dos clases de actores, los que representan la barbarie y los que luchan por la civilización. Facundo representa a los primeros, y los políticos europeizados de Buenos Aires, a los segundos. La lucha se reduce a aquel duelo entre el bien y el mal. Sin embargo, arrastrado por la autenticidad del personaje y por la fuerza del retrato, termina sin quererlo, no sólo por dirigir el más espléndido monumento a Facundo, sino también por dar la primera explicación objetiva del caudillo y de su montonera. Sin proponérselo, explica el fenómeno humano como un producto del medio social, geográfico e histórico, separándose abiertamente de la concepción de los liberales y los románticos de su tiempo para dar el primer testimonio realista sobre aquella compleja condición.

Facundo aparece como la personificación casi fatal de una situación histórica y social. La anarquía provocada por la desaparición sú-

bita de las instituciones políticas del régimen español, y por la ineficacia de inadaptación del ensayo republicano, produjo, en aquel vacío de poder, aquella autoridad simple, directa y natural que representaron Facundo y sus congéneres. Será necesario esperar hasta la llegada del positivismo al pensamiento latinoamericano para que aquella imagen satánica del caudillo empiece a ser reemplazada por una explicación más racional y pretendidamente científica del fenómeno.

Los caudillos llenaron con su autoridad primaria, pero auténtica, el vacío de poder, y crearon focos espontáneos de autoridad personal. Su proliferación provocaba la anarquía y la guerra civil, hasta que aparece el más fuerte y capaz de todos ellos en la personalidad de Rosas, que los va a dominar y vencer y a crear, paradójicamente, al grito de «Federación» el más fuerte y centralizado gobierno que se había conocido en aquellas tierras y a poner los fundamentos ciertos de la unidad nacional.

El caudillo que retrata Sarmiento no representa la barbarie en el sentido literario, sino una forma de cultura. Era el producto de una situación cultural que se había creado en América por las condiciones del proceso de incorporación al occidente europeo. No eran invasores extraños que llegaban de lo desconocido para destruir una vieja civilización, sino hijos innegables de una circunstancia hecha por la historia y por el medio. En muchos sentidos representaban, más que los «cajetillas» de Buenos Aires, la herencia cultural del pasado, de la lengua arcaica, de los usos elementales, de las relaciones de familia y clientela de la época colonial, de las formas religiosas de la evangelización primitiva, de la identificación con la naturaleza, que conservaban en sus costumbres viva una realidad que comenzaba a modificarse en las ciudades a raíz de la Independencia y de la supresión del aparato administrativo de la Corona española. Rosas, por el mero instinto de su situación, eliminará la anarquía, suprimirá el caudillismo localista en beneficio de un solo y poderoso caudillismo nacional y echará las bases de unidad y centralización, sobre las cuales podrá volverse a iniciar el ensayo republicano.

La evolución que se produce en Venezuela no es distinta. La república «de los buenos soñadores» de que hablaba Bolívar, desembocó pronto en la guerra y en la anarquía. De ellas surge Boves, que encarna el mismo fenómeno que se produce en la pampa argentina bajo iguales circunstancias. Aquel «taita» de la montonera salvaje llega a convertirse

asombrosamente en el dueño de todo el país. La muerte pronta que cortó su carrera, deja en penumbra lo que ha podido suceder si hubiera sobrevivido a su victoria.

Quien le va a suceder en propiedad no es Bolívar, que nada tenía del caudillo rural y del guerrero primitivo, que era un hombre de ideas y libros, con una visión del destino histórico que hubiera resultado incomprensible para los caudillos.

La herencia de Boves la recoge, con indudable autenticidad y derecho, Páez. Metido en la llanura, como un hombre más de faena, Páez sabrá recoger, con los mismos procedimientos y títulos, el mando yacente de la montonera y cambiarla, sin esfuerzo, del campo realista al patriota. Lo cual prueba que militar bajo las banderas del rey o de la Independencia no era lo importante para aquellos llaneros, sino alcanzar el poder y la fuerza destructiva bajo un jefe propio totalmente identificado con ellos. Páez sustituirá al «taita» y será el «mayordomo» de los llaneros. Bajo formas de mando y organización muy similares a las de Boves hará de aquellos hombres la más poderosa y segura arma para alcanzar la Independencia. Se someterá en nombre de ellos y sin consultarlos, porque no era necesario, a la autoridad suprema de Bolívar. No es la menor de las hazañas del Libertador haber logrado que aquellos seres que no reconocían otra jefatura que la que emanaba de su estilo de vida y de guerra se sometieran a su autoridad superior y aceptaran una dirección política e ideológica que no comprendían.

Páez, como Rosas, será, después de haber desempeñado un papel primordial en la guerra, la autoridad unificadora de Venezuela, a la muerte de Bolívar. Separará el país del vasto Estado creado por el Libertador, le asegurará su autonomía y mantendrá por años su autoridad indiscutida y unificadora frente a los jefes militares salidos de la guerra, con pretensiones de caudillismo regional y nacional. En un momento de exaltación de su autoridad, un representante del Congreso que había declarado la autonomía de Venezuela pudo decirle, con poca exageración: «General, usted es la patria».

La evolución política de Páez fue muy distinta a la de Rosas y los otros caudillos salidos de la lucha por la Independencia. Comienza por someterse lealmente a la autoridad de Bolívar, por secundarlo y apoyarlo en sus grandes proyectos, en asimilar prontamente usos y formas de la vida urbana, en compartir sinceramente ideales de legalidad de-

mocrática, hasta llegar a ejercer el poder con respeto a las libertades públicas y a la Constitución republicana.

Hubo, en todos los países de la América española, jefaturas caudillistas establecidas por jefes militares salidos de la guerra de Independencia, como Santa Anna en México, Flores en el Ecuador, Portales en Chile, Santa Cruz en Bolivia, Castilla en el Perú. No todos fueron iguales ni siguieron la misma trayectoria. Los hubo atípicos y doctorales, como Francia en el Paraguay y García Moreno en el Ecuador. No todos, a causa de las diferencias de lugar y entorno social, brotaron de la montonera para convertirse en jefes nacionales. Otros salieron de las filas de los ejércitos libertadores para convertirse, por las circunstancias, en los solos garantes de la paz y la unidad nacional.

Pero coincidían en aspectos esenciales. Su poder reposaba en las armas, su prestigio popular les venía de su leyenda guerrera y su paternalismo, ninguno estableció instituciones dictatoriales, todos gobernaron manteniendo la vigencia teórica de una Constitución laboral, heredada de los ideólogos de la Independencia, cuyas formas externas utilizaban aunque desprovistas de toda posibilidad de poder o de oposición. Con la Constitución hacían lo que simbólicamente hizo Melgarejo, después de jurar una nueva Constitución republicana para Bolivia, metérsela en el bolsillo.

Hasta bien entrado el siglo xx predominan en toda Hispanoamérica formas de gobierno caudillistas, que a veces tienen por jefes a hombres que surgen de nuevas circunstancias, como el doctor Núñez de Colombia, Velasco Ibarra en el Ecuador, Machado en Cuba, Porfirio Díaz en México, Irigoyen en la Argentina o Juan Vicente Gómez en Venezuela.

Se produce un deslizamiento hacia el populismo político que producirá los movimientos más importantes de los últimos años, como el de Velasco Ibarra en el Ecuador o el de Perón en la Argentina. Por eso la lucha por establecer sólidamente una institucionalidad democrática en la América Latina está vigente y sigue siendo la cuestión fundamental de su destino.

Esta curiosa y significativa serie de figuras ha desempeñado, para bien y para mal, un inmenso papel en el destino de ese continente. No es posible entender la historia sin estudiarlos objetivamente por lo mucho que revela su presencia para conocer la realidad política y social de ese mundo no tan nuevo.

El prejuicio ideológico y el maniqueísmo moral, con que se les ha considerado hasta ahora, ha puesto grandes obstáculos al conocimiento real de la formación de esos pueblos. Constituyen aquellos hombres, que de manera pertinaz y visible han ejercido la dirección política, una especie de legión de malditos a la que nadie puede acercarse con ánimo desprevenido para entender la verdadera significación de sus personalidades y de sus hechos. La historiografía de la América Latina, para su mal, ha estado demasiado deformada por los prejuicios políticos y mentales de los historiadores. Se ha hecho una historia de tesis o de apología y de diatriba, que nos priva de una verdadera visión histórica sobre el pasado.

En buena parte, cada día más visible, la América Latina fue configurada durante más de un siglo por las acciones y las omisiones, por las pasiones y los odios, por los aciertos y los errores de aquellos hijos de la realidad, que tanto tienen que revelar sobre ella, de los que hemos hecho una legión de malditos.

Lo que apenas vislumbró el ojo sagaz de Darwin y que los historiadores han visto con muchas limitaciones deformantes, con abierta hostilidad, se ha convertido en los últimos años en uno de los grandes temas originales de la novela hispanoamericana.

Con fascinación, casi obsesiva, los novelistas han encontrado en el caudillo criollo el arquetipo de la condición cultural de esos países, en su figura se reflejan y se manifiestan las contradicciones del medio humano, la pugna entre las instituciones y la situación social efectiva, las impresionantes combinaciones y contrastes que produce el mestizaje cultural y una innegable representación telúrica y humana de aquel complejo proceso histórico, dentro del que se oponen y combinan distintos tiempos y concepciones, el eco del pasado, la pugna no resuelta con las novedades ideológicas del presente y una especie de innegable representatividad de muchas cosas para las que las ciencias sociales no dan nombre.

A veces han retratado, con fuerza y *pathos,* la figura casi mítica de un determinado caudillo histórico, como en el caso de Roa Bastos con el Doctor Francia o de Asturias con aquel singular personaje que fue Estrada Cabrera. Otras voces han forjado personajes compuestos de los hechos y rasgos de varias figuras del pasado. Es el caso de Alejo Carpentier en *El recurso del método,* en el que utiliza aspectos y hechos de varios caudillos del pasado remoto o cercano: del autócrata liberal

Guzmán Blanco, del astuto y cruel Gerardo Machado, del truculento Trujillo, y de Juan Vicente Gómez, el último genuino caudillo rural. Es parecido lo que hace García Márquez para darle contextura a su legendario patriarca.

En la búsqueda del realismo mágico, que ha caracterizado a la literatura hispanoamericana del último medio siglo, era inevitable toparse con el caudillo, que forma parte fundamental de esa peculiar situación y de esa visión de la realidad humana.

Es posible que por el camino de los novelistas regresen los historiadores a darle a los caudillos la seria y desprejuiciada consideración que requieren para entender la peculiar condición del mundo hispanoamericano.

POLÍTICA Y PENSAMIENTO EN LA AMÉRICA LATINA

En las carabelas de Colón llegaron, con muchas otras cosas, las ideas de Occidente. En las culturas indígenas había teogonías, mitos, leyendas y creencias, pero no había nada que pudiéramos llamar propiamente filosofía y menos aún filosofía política. Más que cultura en libros y sabiduría era cultura incorporada a la vida la que traían los navegantes. Una manera de ser y entender con largas y viejas raíces que venía de la antigüedad greco-latina y hebrea y que reflejaba no solamente el credo y los dogmas del cristianismo peninsular sino los ecos prestigiosos de la escolástica de la Edad Media con sus dos vertientes hostiles, el escotismo y el tomismo.

A nadie se le puede ocurrir, para estudiar la mentalidad predominante en el largo período de la formación del Nuevo Mundo, buscar los textos originales en los que Duns Escoto o Santo Tomás de Aquino expusieron sus sutiles y poderosas concepciones teológicas y filosóficas, sino las pugnas entre los colonizadores, la actitud de los criollos, los procesos de la Inquisición y las muchas formas en que lo que originalmente vino de Europa cambió y adquirió otros rasgos al contacto del nuevo medio humano.

La historia de las ideas y la sucesión de los sistemas filosóficos podría reducirse a un catálogo esquemático y casi abstracto de teorías y concepciones producidas por la larga y contradictoria serie de los grandes filósofos occidentales, pero, en cambio, el poderoso y profundo proceso por medio del que esas ideas se incorporaron a la vida social y la influyeron, a veces en grado decisivo, no es otra cosa que la historia misma de Occidente. Esas ideas nunca penetraron en la sociedad y se convirtieron en acción en su forma original, sino que la co-

lectividad las recibió y las hizo suyas en un proceso complejo de asimilación y deformación, en el que lo nuevo se mezclaba con lo que venía del pasado, en el que la mentalidad popular ponía su nota y su carácter y del que finalmente surgía un nuevo tiempo histórico.

¿Qué sabían de Tomás de Aquino o de Duns Escoto, no sólo muchos sacerdotes sino la inmensa masa de creyentes que terminaba con sus acciones y en sus actitudes reflejando una mentalidad racionalista o voluntarista? Poco ganaríamos para conocer el alcance histórico de esos procesos si nos atuviéramos a los textos originales y fundamentales de los grandes teólogos europeos y americanos que defendían las dos concepciones. En cambio, lo que llegaba a la sociedad viviente y actuante y que se manifestaba en las palabras y en las actitudes de las distintas clases nos permite reconocer ciertas características de una situación y de una mentalidad específica. Esas ideas especulativas, al convertirse en soporte y motivo de conductas y accidentes, podían y debían sufrir transformaciones importantes que, a veces, podían llegar casi a desnaturalizarlas, pero que por eso mismo revelaban de un modo muy eficaz las características propias del conglomerado social y su manera de entender y participar en el curso de la historia.

De las carabelas bajaron hombres con ideas que eran un resumen peculiar de sus propias vidas y de la evolución cultural de su pueblo. Muchos de ellos nunca habrían leído y no habrían ido más allá de un sermón dominical o de una penitencia de confesión, pero habían realizado la hazaña de vivir con un bagaje hecho de fragmentos y resonancias desiguales de un pensar que venía de las más altas cumbres, sólo que, a veces, resultaba casi irreconocible en las deformaciones y mermas que le había infligido la vividura personal y colectiva. Terminaba por realizarse una identificación entre ellos y aquellos vagos y heterogéneos trasuntos de sistemas de ideas. ¿Quién había escogido a quién y por cuáles motivos? No podríamos responder, pero constituye una cuestión fundamental que debería formar parte esencial de una investigación de este tipo.

Las ideas occidentales llegaron a América a correr un nuevo destino. A sufrir modificaciones y a recibir mezclas, a adquirir nuevas significaciones, a dar distintos sentidos en la lenta y contrastada hechura de los pueblos americanos.

El maestro de filósofos Juan David García Bacca apunta al hablar de la influencia del escotismo en la formación de Venezuela estas palabras que abren anchas perspectivas de interpretación:

> Si no presidirá nuestros destinos una especie de separación entre el hombre de razón y el hombre de palabra, entre el hombre dedicado a una especie de esquema científico de cualquier orden y el hombre que hace valer su palabra, su voluntad, su gana, su poder sobre todas las demás cosas. Frente a un Dios impersonal un Dios personal. Esa constelación franciscana que se levanta en diversas partes de esta nación ¿no tendrá detrás un sistema ideológico, casi no lo llamaré ideológico, una perspectiva personal, un aprecio por la persona y por el poder, por la palabra, por la gana inclusive, en términos de degeneración, por la voluntariedad, por la arbitrariedad, que no estaría tal vez presente, no hubiera cuajado, si hubiese esta nación nacido bajo la constelación, y hablo en lenguaje un poquito de astrología vieja, de un sistema tomista perfectamente racional, de un Dios de razón?

El mero hecho del Descubrimiento provoca un cambio profundo de la perspectiva moral y antropológica de los europeos. Colón se lleva una visión falsificada del indígena americano que vierte en su carta a los Reyes Católicos de 1493. De esa carta y de otras descripciones paradisíacas de los indígenas de las Antillas surge incontenible y sin fronteras el poderoso mito del Buen Salvaje. Ese mito, que recogen los humanistas, va a nutrir el pensamiento reformista, crítico y revolucionario de Occidente hasta formar las tesis fundamentales del proyecto de la revolución. La expresión más cabal de ese asombro ingenuo la da desde la cumbre de su prestigio Montaigne, cuando clama para los europeos fascinados y confusos:

> Lamento que Licurgo y Platón no lo hayan tenido (este conocimiento) porque me parece que lo que nosotros hemos visto por experiencia en estas naciones sobrepasa no solamente todas las descripciones con que la poesía ha embellecido la Edad de Oro y todas las invenciones para imaginar una situación de felicidad para los hombres sino aún más la concepción y la aspiración misma de los filósofos.

El Descubrimiento se transformó para Europa en el descubrimiento de la Utopía. El caso de Colón está en Tomás Moro y sus seguidores. Toda una nueva visión del hombre y su destino, que ponía en tela de juicio la sociedad occidental coetánea, fue el inesperado y riesgoso don de la primera imagen del Nuevo Mundo. Una imagen impre-

vista que iba a transformar la historia de la humanidad y a revolucionar, en el más literal sentido, las ideologías.

Semejante idea no llegó a brotar nunca de los colonizadores de América; permanecieron sin concebirla hasta que de Europa les llegó en las obras de los utopistas y los racionalistas, como novedad filosófica y científica, para invitarlos a formar parte de la futura revolución que reconocería por primera vez el derecho de todos los hombres a vivir como nunca vivieron los indios americanos, en el goce pleno de la libertad, de la igualdad y de la felicidad. No hay en la historia de las ideas hecho más fascinante que éste de la transformación de una imagen deformada en tesis filosófica incontrastable. Los hombres que a partir de 1810 proclamaron las nuevas instituciones en el Nuevo Mundo no eran meramente los seguidores de una filosofía política, sino los patéticos actores de un inmenso drama cultural dentro del que se inscribe la futura historia independiente de la América Latina hasta nuestros días. Es por la vía que abren estos hechos y no por la de la crónica de los acontecimientos o de la sucesión de las ideas que podemos llegar a acercarnos a la comprensión de nuestra condición peculiar dentro del ámbito de la cultura occidental.

Una historia de las ideas filosóficas o políticas tendría muy poco de americana. Desde los teólogos de la Edad Media hasta Marx, las grandes concepciones ideológicas se produjeron en Occidente. Los hombres de pensamiento del mundo americano, en su mayoría más significativa, adoptaron estas ideas y las hicieron suyas, desde el escotismo de los teólogos hasta el positivismo de Comte, desde las concepciones de Rousseau hasta el estracturalismo. En la historia pura de las ideas es poco el aporte del mundo americano y no podría ser de otra manera por muchas y poderosas razones. Las grandes innovaciones ideológicas, la de Descartes, la de Kant, la de Hegel, la de Comte, la de Marx, la de Husserl y sus descendientes, han surgido en las cúspides de saturación y de búsqueda de los centros del pensar, cuando se iba planteando el agotamiento de las explicaciones aceptadas. No ha sido el caso nuestro.

Pero tampoco, aunque a veces no han faltado quienes lo hayan deseado, ha sido nuestra función de pensamiento una mera repetición de los grandes maestros europeos, una glosa infecunda de los textos centrales del pensamiento creador; queriéndolo o no, por la imposición misma del escenario geográfico y humano y por la gravitación de

la historia, el pensamiento de la América Latina no ha podido mantener una fidelidad completa a sus patrones europeos. Muchas veces se ha apartado de ellos, ha incurrido en inconsecuencias y alteraciones impuestas por las circunstancias que han terminado por dar un sentido local y creador a lo que de otro modo no hubiera pasado de ser una vana glosa. Podríamos hablar con más propiedad de una historia de las ideas en América, de la suerte y transformaciones que las ideas filosóficas han recibido en el ámbito americano, del proceso creador del mestizaje y adaptación del que han brotado las ideas y las acciones creadoras en nuestro continente.

Podríamos, y lo han hecho con útil dedicación los eruditos, seguir la pista de las ideas de la Ilustración en un hombre como Bolívar.

Fue un buen lector de Montesquieu y lo cita con frecuencia en sus documentos públicos y en sus cartas. Gustaba de Voltaire y lo leía con placer; había conocido, sobre todo en su época de residencia en París junto a Simón Rodríguez, a los principales pensadores precursores de la Gran Revolución, sin que faltara el inevitable Raynal, y hasta el majadero de Pauw. Pero sería absurdo buscar en el Libertador un seguidor fiel de esas ideas. Desde muy temprano se percata de que la realidad social y cultural de la América española exige mucho más que una simple imitación y adaptación. «O inventamos o erramos», dijo su maestro Rodríguez y él señaló en el gran planteamiento político e histórico del Mensaje de Angostura la peculiaridad de la situación histórica y humana de la América Hispana. No éramos Francia ni los Estados Unidos, sino que, como él mismo lo expresó, constituíamos «una especie de pequeño género humano». Es lo que él llama la base de la República de Venezuela. Invoca a Montesquieu precisamente para pedir que se tenga en cuenta lo peculiar y propio del país a la hora de formular sus nuevas instituciones:

> Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales. ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!

Hay una creación intelectual bolivariana y es precisamente todo aquello que intuyó y expresó sobre la situación peculiar y la identidad

de la América Latina, lo que nunca estuvo ni podía estar en los libros europeos, ni siquiera aquellos que trataban de hablar de la América criolla y explicarla. Lo que pasó en Angostura del Orinoco en 1819 es un puro acto de creación intelectual americana. Hay un Congreso nacional que sólo en lo más formal y externo se parece a los congresos de los tratadistas franceses, hay unos diputados cuyas actas de elección no provienen de ningún cuerpo electoral ordinario sino de otra representación y otra legitimidad en la que se combinaban los más auténticos títulos de representación imaginables: el origen secular, la escogencia voluntaria de un destino de lucha, las herencias culturales más arraigadas y auténticas, la de los comuneros y procuradores de vecinos querellados, la vinculación raigal con la tierra, credenciales del fusil, la lanza y la carga de caballería, la voluntad fundadora, igualitaria y afirmativa de los derechos fundamentales. Ante ellos viene Bolívar a darles cuenta del llamado del destino. ¿Por qué son quienes son, qué llamados le vienen de la tierra y de los muertos, en qué lugar del mundo están y para qué? Les ratifica y revela que el contenido y la meta de aquella empresa viene del más antiguo pasado y responde a las mayores urgencias del presente. Se dirige a una congregación visible pero también a otra invisible. No son ciertamente historiadores de las ideas los que se necesitan para comprender y escudriñar la significación y el contenido de aquel colectivo examen de conciencia.

A nadie se le ocurriría clasificar a Bolívar como un ideólogo. Lo más importante en él no es lo que pudo recibir de sus lecturas de los autores de la Ilustración, sino su capacidad de comprender la peculiaridad de su mundo. Eran las suyas una ideología y una historia vivientes y su pensamiento formaba parte de un inmenso proyecto de acción.

Esta es una característica que no es sólo de Bolívar sino de todos los grandes hombres de pensamiento de la América Latina. No se movían en el mundo de las ideas sino en el de las realidades. A nadie ha escapado este rasgo de los pensadores latinoamericanos. Su pensamiento estuvo siempre dirigido a alguna forma de acción, tenía como objeto la sociedad y nunca dejó de tomar en cuenta la política. Ha sido un pensamiento de guías y educadores de sus pueblos, de periodistas y combatientes, de reformistas y revolucionarios. Nunca se les ha llamado filósofos y en verdad no lo eran, sino que correspondían a otros nombres que el instinto colectivo supo hallar con tino: maestros, liber-

tadores, apóstoles, luchadores, apelaciones todas de un pensamiento volcado hacia la acción.

No podemos conformarnos hoy, y mucho menos en el espacio cultural de la América Latina, con una historia de las ideas confinada a las obras de los pensadores y a la genealogía de sus orígenes europeos, que no vaya más allá del análisis de los textos, sin dar un paso más allá hacia la apreciación del cuadro social contemporáneo de aquellas ideas, de las reacciones que provocaron y de las deformaciones que sufrieron y qué quedó de ellas cuando se transformaron finalmente en acción y en mito popular. Lo que se necesitaría no es una historia literaria o ideológica, dedicada al estudio de los textos, sino el cuadro viviente de cómo en ciertas horas ciertas ideas se convierten en formas de conciencia colectiva y dan, genuina o falsamente, alguna forma de sentido a los acaeceres históricos.

La historia de las ideas políticas en la América Latina no puede limitarse a un análisis estilístico y textual de lo que han escrito nuestros pensadores del pasado, ni a una biografía de ellos, aun cuando muchas de esas biografías son muy reveladoras del tipo de mestizaje entre la idea y el sentimiento, entre el proclamar y el hacer, entre los pareceres y las acciones. Tiene que ser una historia de cómo se han incorporado a la vida y al destino colectivo ciertas ideas en ciertos momentos, sin tomar en cuenta la fidelidad mayor o menor a sus patrones europeos, que han sido parte determinante de transformaciones, guerras y grandes crisis en el mundo latinoamericano.

Afortunadamente, hoy la historiografía tiende a buscar por nuevos caminos la realidad compleja de estos procesos de conciencia y de acción. Ya no se piensa en una historia de las ideas fuera de la vida colectiva, sino que se busca conocer en las distintas épocas lo que ha determinado el movimiento de las opiniones, los criterios generalizados, los climas de opinión, los temas aparentes, las concepciones y los prejuicios compartidos, que terminaría siendo una verdadera historia cultural, en el sentido antropológico, incluyendo no sólo el enunciado de las ideas en los pensadores sino la reacción ante ellas en la masa y los cambios de lo que se ha llamado la mentalidad colectiva. Son ellas las que hacen la historia finalmente y no las meras ideas que en algún momento haya podido lanzar un pensador, sin que por ello vayamos a discutirle o reducir la importancia que éstos han tenido y tienen en

la formación de la conciencia colectiva y en las consecuencias que llegan a tener en el quehacer popular.

Gracias a la labor excelsa de los historiadores nuevos que se han agrupado principalmente en el grupo llamado en Francia de «Los Anales», desde comienzos de este siglo, se ha comenzado a escribir historia con otros criterios distintos a los que habían venido predominando. No se resignan a esa historia *evenementiel*, de la sucesión de los acontecimientos, sino que se quiere penetrar en otros aspectos que permitan abarcar y comprender la complejidad de los procesos sociales que acompañan y explican los grandes sucesos históricos. En esa labor, que ha producido algunas de las obras más fascinantes y ricas de la historiografía contemporánea, hay que citar por lo menos los nombres de Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, Georges Duby, Jacques Le Goff, Roger Chartier y Erwin Panofski. La visión que hoy logramos alcanzar del mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II, de la evolución de la increencia religiosa en el siglo XVI, de la realidad de las comunidades campesinas en el final de la Edad Media o los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa, se le debe en gran parte a ellos.

Hoy ya no podemos hablar solamente de una historia de las ideas y ni siquiera de una historia intelectual; el panorama se ha ampliado y hoy se definen temas más completos y complejos, que es lo que se llama la historia socio-cultural, la psicología histórica y, por último, la historia de las mentalidades. Esa *histoire des mentalités* que según sus cultivadores es lo que cada quien «aun cuando se trate de un grande hombre, tiene un común con los hombres de su tiempo», que es también «el contenido impersonal de los pensamientos» donde entra igualmente «lo que no se concibe y se siente», el difícil campo de la inteligencia y de la afectividad. Como lo ha dicho un moderno historiador de los Estados Unidos:

> Toda acción implica un significado, el significado implica intersubjetividad cultural e intersubjetividad implica sociedad. Toda actividad social tiene una dimensión intelectual que le da significación, así como toda actividad intelectual tiene una dimensión social que le da validez.

La historia de las ideas políticas en la América Latina, desde esta perspectiva, ofrece posibilidades inagotables. Pienso, por ejemplo, en lo

que podría ser una historia del pensamiento positivista en la América Latina, que no sólo abarcara a los pensadores que originalmente lo divulgaron a su manera, a los enardecidos discípulos de Comte que vinieron a diseminar la buena nueva en tierras americanas, sino también la correspondencia de estas ideas con las situaciones sociales, cómo las unas influyeron a las otras y terminaron por mezclarse, qué parte de ello y bajo cuáles formas terminó por transformarse en mentalidad colectiva y en acción histórica.

Habría que estudiar la obra de un precursor tan egregio como Simón Rodríguez. Regresado a América de una larga permanencia en Europa, cuatro años después de la batalla de Ayacucho publica en Arequipa uno de los libros más deslumbrantemente originales sobre la situación y las perspectivas futuras de aquella América enguerrillada y contradictoria que buscaba torpemente su camino. En el magro puñado de hojas se expresa una visión de la realidad y de las posibilidades que deja muy atrás lo que se pensaba en su tiempo. Había estado con los grupos saint-simonianos en París y venía a incorporarse a la inmensa obra de su amigo Bolívar porque la Independencia estaba establecida pero no fundada. Piensa que para tener repúblicas hay que comenzar por hacer los republicanos en la escuela. Propone una educación para la vida, para el trabajo y para la democracia. No imitar ni copiar lo de Europa o los Estados Unidos sino crear las formas de acción transformadora que nuestra realidad exige. Ver la democracia no como un mito sino como un camino. Su propósito se dirige a «declarar la nación en noviciado» para luego, por medio de una educación nueva, «colonizar el país con sus propios habitantes». Nadie ha dicho de manera más conmovedora y reiterada el mensaje que todavía no hemos sabido oír:

> La América Española es original, originales han de ser sus instituciones y su Gobierno y originales los medios de fundar uno y otros.

No hay investigación más reveladora de la América Latina que la larga y variada historia del positivismo asimilado y deformado por ella. Fue largo y variado su predominio desde la mitad del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Pero no es una historia uniforme ni en todos los países revistió el mismo aspecto y carácter. Hay un positivismo brasilero que nos enseña más sobre el Brasil que sobre el positivis-

mo, que es diferente al que se desarrolla en los países del Río de la Plata. Muchas veces más que un texto es un pretexto y más que una ideología formal es un mito, un mito que se incorpora al clima cultural propio y termina por formar un complejo peculiar de ideas, sentimientos y pasiones.

El positivismo que comienza en México por ser liberal y que en el Brasil había sido anti-monárquico, termina en el propio México y en Venezuela por ser la ideología de la dictadura. Hay un positivismo optimista y otro pesimista, el que sueña en los grandes progresos que va a traer la ciencia y la religión de la humanidad, y el que encuentra limitaciones infranqueables en el clima, la raza y la geografía. Lo de positivista que hay en Sarmiento no es semejante a lo que hay en Bilbao, ni el de Justo Sierra corresponde al de Varona. Lo más importante no es lo que de positivismo comtiano o spenceriano pueda aislarse en la obra de un pensador latinoamericano, sino lo que de local, tradicional y propio hay en la manera como uno de estos hombres asimiló o entendió aquel sistema filosófico.

El gran proceso de mestizaje cultural abierto en América Latina desde el día del Descubrimiento tiene una de sus manifestaciones más señaladas y ricas en la forma en que las ideas venidas de Europa han sido entendidas e incorporadas. Sobre fondos locales y tradicionales de sociedad y de cultura se han incorporado las ideas para injertarse y combinarse en mezclas a veces irreconocibles, que valen ciertamente como signo y muestra de lo americano más que como manifestación de un cuerpo de doctrina puro.

Hay una peculiaridad latinoamericana que tiñe y modifica las ideas recibidas y que se ha manifestado y manifiesta desde nuestros orígenes. Así como se desarrolló, en el rico proceso de mestizaje cultural, un cristianismo latinoamericano también se formó, por segmentaciones y accesiones, un liberalismo, un positivismo y un marxismo latinoamericanos. Son esos fenómenos, como hechos socio-culturales, los que pueden revelarnos mucho sobre nuestra condición y nuestro destino.

La historia de las ideas políticas en nuestra América no es otra cosa ni puede ser otra que la larga y a veces heroica historia de la búsqueda de nuestra identidad y de nuestra originalidad. No lo olvidemos. Para no dejarnos olvidarlo tenemos a Simón Rodríguez, que nos repite con su voz clarividente: «O inventamos o erramos».

SOMOS HISPANOAMERICANOS

La lengua inglesa dispone de un adjetivo que, a pesar de estar tomado del latín, no tiene exacta equivalencia en español. De una obra que suscita reflexiones, ecos y repercusiones en el lector y lo estimula a lanzarse a búsquedas y consideraciones opuestas o complementarias se dice que es *provocative*. De este tipo resulta inevitablemente, para el lector hispanoamericano, el rico y concentrado artículo que Octavio Paz publicó hace algún tiempo en el Suplemento Literario del *Times* de Londres, bajo el significativo título de «Una literatura sin crítica», y en el que pasa en rápida y penetrante revista al mundo de la América Latina, su situación y su literatura.

Octavio Paz no sólo es uno de los mayores poetas vivientes de lengua castellana sino que también, y acaso de un modo complementario e inevitable, ha sido llevado por su sentimiento dramático y universal de la cultura, y por su variada erudición histórica y literaria, a convertirse en un penetrante analista de los más oscuros fenómenos del arte y la conciencia colectiva de nuestra época.

Paz reconoce que la literatura latinoamericana forma parte de la literatura occidental, aunque de una manera peculiar y hasta marginal e incompleta. En los dos extremos del espacio literario occidental han surgido las literaturas eslavas y americanas. Estas últimas, divididas en inglesa, portuguesa y española. La rusa y la americana se hicieron universales. La americana de lengua española, después de ser apenas una débil rama de la literatura española hasta el siglo XIX (débil rama de una literatura que ya era débil dentro del contexto de la expresión literaria occidental), nace finalmente, al final de ese siglo, con el modernismo engendrado por el simbolismo francés y en la segunda mitad

del actual alcanza un reconocimiento universal gracias a la obra de sus poetas y novelistas.

Nadie niega su existencia hoy, pero con ciertas características peculiares. Es rica y original en poesía y en prosa narrativa pero desproporcionadamente pobre en teatro y en obras críticas de carácter literario, filosófico o moral.

Esta falta de un pensamiento crítico importante lleva a Paz a preguntarse con angustia si la actual literatura hispanoamericana, a pesar de su originalidad «real o aparente», es «realmente moderna». El fondo de su pensamiento se aclara cuando afirma, como un postulado, que sin pensamiento crítico no hay literatura moderna.

Al llegar a este punto el concepto de Paz sobrepasa abiertamente el campo de la literatura. Ya no se refiere específicamente a la crítica literaria, que reconoce que ha existido y que existe de un modo digno de mención en nuestras letras, por lo menos desde Bello hasta Rodó y desde Henríquez Ureña hasta Alfonso Reyes. No se puede negar la existencia de una rica y variada crítica literaria en la América Latina. El crítico francés Albert Thibaudet pensaba que la crítica literaria, tal como la conocemos hoy, es en realidad un producto del siglo XIX. Antes pudo haber críticos pero no había crítica. Todos los movimientos y tendencias críticas de Europa han repercutido entre nosotros, desde la histórica y temática, hasta la marxista, la estructural y la semiológica. Barthes y su radical pelotón han invadido las escuelas de letras de las universidades latinoamericanas. Lo que Paz señala, más allá de la crítica literaria, es la ausencia de un pensamiento crítico comprensivo nuevo y penetrante que pueda constituir la base o la justificación de un «movimiento intelectual original». Nada equivalente a lo que representaron los Schlegel en Alemania al comienzo del romanticismo o el grupo de Coleridge en Inglaterra o Mallarmé y sus seguidores en el gran momento de cambiar el lenguaje de la poesía.

El concepto de Paz se amplía y se aclara al extender su panorama hacia los antecedentes de la cultura española. Piensa que no ha habido pensamiento crítico en nuestra lengua. No hemos tenido un movimiento intelectual propio y original. No tuvimos siglos XVIII. Por eso mismo constituimos «una porción excéntrica de Occidente». No tuvimos Ilustración, tampoco tuvimos revolución burguesa, ni industrial, ni Romanticismo. «Bailamos fuera de compás».

Buscamos las causas de la diferencia de la América Latina con el modelo europeo, Octavio Paz señala la época de la Independencia como la de nuestro acceso a la Edad Moderna y observa un hecho cierto que caracteriza a aquel proceso como una ruptura brusca. «Nuestro comienzo fue negación, ruptura, desintegración». «Nuestra revolución fue un acto de autoengaño, tanto como de autodestrucción». Paz se refiere a la falta de raíz y al fracaso de las instituciones republicanas que de una manera adventicia los hombres de 1810 impusieron por fe ideológica sobre una realidad histórica que las negaba. Evidentemente, ni entonces ni ahora podíamos comportarnos como los anglosajones del Norte de América ante las instituciones anglosajonas, que poco tenían que ver con nuestra realidad y nuestra tradición. A la hora de la Independencia no había ninguna institución propia que pudiera ser mantenida en la América Latina. Todo el mecanismo político y administrativo del Imperio Español se manejaba desde fuera y no reposaba sobre ningún mecanismo interior de representación, de renovación o de consulta. Era el caso exactamente contrario al de los Estados Unidos. Lo que hicieron los próceres de la Independencia fue proceder a la española. De una manera quijotesca y casi mágica dejaron de lado la realidad para crear de la nada las más perfectas instituciones políticas que había imaginado la ideología racionalista. No hubo ninguna coherencia entre instituciones y realidad cultural y social. El resultado fue el fracaso de las Repúblicas de la primera hora y el surgimiento de la única institución autóctona que la América Latina ha producido en su agitada historia: «el caudillismo rural». Era una actitud semejante y correspondiente a la de los españoles afrancesados del tiempo de la Ilustración y su caso podría definirse con las mismas palabras que Américo Castro dedica a aquellas minorías casi iluminadas, casi místicas, casi mágicas:

> Lo utópico y a la vez trágico del afán de aquellos hombres consistía en querer prescindir de lo que España realmente era para en aquel vacío fraguar otro país con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es.

Ese «intento de desvivir la propia historia» es el fondo del trágico equívoco de la historia política de la América Latina.

Esta visión del mundo hispánico no es nueva. La han sostenido y repetido muchos observadores y estudiosos, particularmente alemanes, franceses e ingleses. Se ha hablado repetidas veces de España como la tierra sin Renacimiento y también sin siglo XVIII. Cada vez que se hace una de estas afirmaciones se lleva, implícitamente, un modelo en mente.

Cuando se dice que España no tuvo Renacimiento, la afirmación es el resultado de una comparación tácita con un modelo de otra región. Podría decirse, y es evidente, que España no tuvo Renacimiento a la italiana o a la inglesa. La Edad Media duró en ella más y se transformó más lentamente. No hubo crisis de conciencia, religiosa, moral o racional, como en los países del Norte. La penetración de Erasmo fue grande, como lo ha demostrado Marcel Bataillon, pero fue contrarrestada y detenida. La semilla de donde salieron Vives y los Valdés no logró cuajar. En cambio, en la gran empresa renacentista de renovar la visión del mundo y crear una nueva dimensión del paisaje humano, el papel de los españoles fue fundamental. La creación, o la invención del Nuevo Mundo, que va a transformar toda la mentalidad europea y a iniciar la Edad Moderna, es una empresa hispánica.

Tampoco tuvo España siglo XVIII a la francesa, o a la inglesa. No es que se ignorara la Ilustración. Abundantemente penetraron sus modelos con el advenimiento de los Borbones, pero siempre se sintió como cosa ajena y hasta extraña. La misma palabra «afrancesamiento» con que se le designó revela este sentimiento de alteridad.

Lo que habría que preguntarse es por qué en España no logra arraigar el movimiento de ideas que con tanto tesón representaron Feijoo, Moratín, Luzán o Jovellanos. Hubo siempre una resistencia natural hacia el racionalismo, un nunca vencido motín de Esquilache que se resistía a la conversión.

Hay un hecho curioso que merecería más estudio y reflexión porque es profundamente revelador. El concepto que sirve de base y de inspiración al pensamiento revolucionario en Occidente es el que deriva de la visión del buen salvaje y que halla su expresión formal en la *Utopía* de Tomás Moro. El mito utópico, que va a desatar todo el inmenso y no acabado proceso de la revolución en Occidente, nace de una imagen del Descubrimiento de América. Es la carta de Colón de 1493, que se difunde rápidamente, y luego las publicaciones de los italianos venidos a España: Vespucio y Pedro Mártir de Anglería, los que

crean la visión de un estado natural de felicidad en los salvajes americanos. El mito del buen salvaje está en la base de las visiones críticas y utópicas de la sociedad europea, que van desde Moro, Erasmo, Montaigne y Bacon hasta Rousseau y los enciclopedistas franceses, los autores de la declaración de los derechos del hombre y la revolución igualitaria de los socialistas, a partir de Saint-Simon y de Marx. Este pensamiento no penetra en España sino tardíamente y por influencia francesa e inglesa. Este reveladora peculiaridad debe estar influida por el hecho singular de que eran precisamente los españoles los que tenían más directamente conocimiento del indio americano y que sobre él poseían una experiencia real que no podía ser sustituida por imágenes literarias. Después de la carta de Colón el testimonio de los conquistadores españoles fue profundamente negativo sobre el indio americano. Llegaron hasta dudar de que fueran seres racionales y se requirió la Bula de Paulo III para afirmar que se trataba de hombres. El cronista Oviedo refleja esta imagen que nada tiene de común con la del «buen salvaje» de los franceses. Para combatir esta idea arraigada y repetida de la «bestialidad» de los indios y de su incapacidad para asimilarse a la cultura española, con todas las consecuencias de maltratos e injusticias que tenía que ocasionar, se alzó precisamente la voz de Las Casas y de Vitoria.

La visión del «buen salvaje» fue extranjera, en el más literal sentido para España, y sólo llegó en el bagaje de las nociones de la Ilustración. Toda una experiencia existencial la negaba. Esto llega hasta el significativo extremo de que el Obispo Zumárraga de México y el fraile Vasco de Quiroga, lectores convencidos de la *Utopía* de Moro, cuando se proponen llevar a la práctica las ideas del libro, lo ensayan como la realización de un modelo intelectual elaborado por un europeo y no como la preservación y mantenimiento de una sociedad real hallada en tierra americana. El caso de las «reducciones» de los jesuitas en el Paraguay fue similar. No se trató nunca de aislar y de conservar una sociedad existente entre los nativos, sino de crear, por medio de la coerción y la disciplina impuestas desde arriba, una sociedad ideal tomada de una ideología europea.

Cuando en su heroica y tenaz lucha por la justicia Fray Bartolomé de Las Casas propone a la Corona suprimir la institución de la Encomienda, que no era sino una forma del reconocimiento de que el indio no podía manejarse por sí solo, entre quienes se oponen aparecen

no sólo conquistadores y hombres de presa sino seres tan venerables y justicieros como el fraile Motolinía, el «fray pobreza» de los indios, y el propio Vasco de Quiroga. Los hospitales-pueblos, inspirados en la *Utopía* de Moro, no consistían en devolver su libertad al indio para que restableciera sus formas sociales precolombinas, sino en la creación de un orden estricto y artificial que debía corresponder a un modelo ideal de justicia. Podríase, con alguna simplificación pero sin gran desacato a la verdad, decir que la concepción utópica, de la que nace el pensamiento revolucionario moderno y que es una consecuencia de la visión del «buen salvaje», no surge en España sino que llega tardíamente como afrancesamiento, porque los españoles tenían del indio una experiencia secular que no les daba base para una concepción utópica y literaria.

La peculiaridad de la situación española dentro de Occidente se revela en esta reiterada divergencia de España con los modelos de la Europa del Norte. Es lo que Américo Castro llama «la manera española de existir» y que, según él,

> Fue el resultado del entrelace de los cristianos, los moros y los judíos en la Península Ibérica desde el siglo VIII hasta fines del XV.

Añade más aún el gran investigador y revelador de las peculiaridades de la cultura hispánica cuando afirma que

> el orgullo, los prejuicios y un confuso sentido de los valores impiden reconocer que los españoles no fueron un pueblo completamente occidental.

No es sólo el racionalismo y el criticismo del pensamiento del Norte el que llega a España tardío y foráneo, como llegan sus correlatos y consecuencias, el capitalismo financiero y la revolución industrial.

Tampoco el romanticismo español corresponde al de Alemania, Inglaterra o Francia. Careció, por circunstancias propias, del aspecto de revuelta contra el rígido modelo neoclásico que había predominado desde el siglo XVII. Cuando los románticos alemanes se lanzan a luchar contra los modelos y la preceptiva neoclásica encuentran, precisamente, en la comedia española del Siglo de Oro una fuente inagotable de

inspiración. Calderón, Lope y Tirso se convierten en grandes precursores del romanticismo europeo. El héroe romántico por excelencia, Don Juan, está tomado de la literatura española. La vieja comedia española, apasionada, violenta, popular y sin respeto por las unidades neoclásicas, nunca había desaparecido en España. Moratín y los afrancesados del siglo XVIII llegaron a juzgar necesario que se las prohibiera por disposición del Gobierno. No tenían los españoles neoclasicismo contra el cual lanzarse en la violenta rebelión de sus contemporáneos alemanes o ingleses. Tampoco tenían un pasado muerto que revivir. El romanticismo español careció de estos fundamentales aspectos y fue tan sólo una tardía y superficial imitación de modelos extranjeros traídos por los emigrados políticos de principios del siglo XIX.

Esta situación no podía ser diferente en la América Latina, tan estrechamente vinculada con la metrópoli. Andrés Bello recordaba que en su adolescencia, en la Caracas de 1800, compraba en ediciones baratas las comedias del Siglo de Oro español.

La realidad es que la América Latina es culturalmente, como lo dice Paz, un «polo de Occidente», evidentemente «excéntrico» en el sentido en que no corresponde exactamente con el movimiento y las características de un centro o modelo determinado.

La peculiaridad española dentro de Occidente se mantiene y complica en la América Latina por otros y poderosos ingredientes históricos y geográficos. Estamos más lejos, habitamos otro espacio y muy posiblemente otro tiempo histórico y somos, y lo hemos sido por mucho tiempo, uno de los escenarios más activos en el planeta del encuentro de culturas y de mestizaje cultural. En este sentido podemos ostentar una marcada peculiaridad con respecto al Occidente europeo. Para encontrar el equivalente de un hombre como el Inca Garcilaso o como Rubén Darío, grandes mestizos culturales, tendríamos que remontarnos en Europa a los comienzos de la Edad Media, como también para hallar el equivalente de la arquitectura barroca americana.

En este sentido de peculiaridad el mundo hispánico coincide, en muchos aspectos, con el mundo eslavo, igualmente excéntrico por referencia a los modelos ingleses o franceses.

No es Rusia tampoco un país genuinamente occidental, sino un escenario de mezcla y encuentro. Tampoco tuvo renacimiento a la italiana o a la inglesa, ni siglo XVIII a la francesa. Las cosas ocurrieron allí a la rusa, y es ésa su riqueza. Podría también decirse de ellos que no

tuvieron un gran pensamiento crítico original ni crearon un movimiento intelectual propio. El gran proceso creador de la literatura rusa, el que pasa por Pushkin, Gogol, Tolstoi, Dostoyevski y Chejov, no corresponde a nada europeo, ni al romanticismo alemán, ni al realismo francés. Habría que recordar la impresión de extrañeza y hasta de barbarie que hizo la literatura rusa cuando comenzó a ser traducida, en la segunda mitad del siglo XIX, en Occidente. El traductor francés de *Vogue* se creyó obligado a suprimir y dulcificar muchas partes de aquellos extraños libros que podían repugnar u ofender el gusto francés.

Tampoco hubo, junto a esa poderosa y original literatura, un movimiento crítico importante u original. Bastaría recordar que, tan tarde como en 1825, Pushkin deploraba que Rusia no tuviera un solo libro de crítica. La visión mística y apocalíptica del mundo siguió siendo poderosa y el arraigo hacia el eslavismo oponía resistencias y deformaciones a la occidentalización. Hasta las doctrinas científicas traídas de Occidente revistieron otro significado y carácter. Berdiaeff habla de lo que llama el aspecto religioso de las teorías científicas en Rusia.

Esa peculiaridad rusa, que es el reflejo del rico y contrastado encuentro de lo occidental con lo eslavo, con lo bizantino y con lo asiático, no se expresó en ningún nuevo sistema de pensamiento sino en la originalidad extraordinaria de la literatura rusa que sorprendió a Europa. Fue por medio de su creación literaria que el mundo ruso halló su expresión propia, la de su peculiaridad inconfundible.

El caso de la América Latina no difiere mucho. También somos una zona de encuentro de culturas y de tiempos históricos. La tan caracterizada y peculiar manera de la cultura occidental que se desarrolló en España durante la Edad Media fue la que llegó al nuevo continente para entrar en estrecho, nuevo y poderoso contacto con las civilizaciones indígenas, con el testimonio viviente de las culturas negras llevadas por los esclavos africanos y para crear un hecho cultural y social nuevo dentro de aquella extremidad de Occidente. Esa originalidad de situación es la que se ha revelado, igualmente, en la presencia de la literatura hispanoamericana, como un fenómeno nuevo y diferente en el ámbito de las grandes lenguas occidentales.

Cierto es que la América Latina no ha creado una filosofía o un pensamiento original. La creación de pensamiento original ha sido por lo demás escasa en el mundo. Con la herencia de Aristóteles y de los griegos vivió Occidente por mil quinientos años. Santo Tomás es uno

de sus hijos más tardíos. Hay que esperar a Descartes y a Spinoza para tener una nueva concepción que, a su vez, va a durar en sus derivaciones directas hasta el siglo XVIII. Es en el siglo XIX cuando se producen las grandes rupturas y éstas brotan muy localizadamente en reducidos invernaderos especializados de los grandes centros de cultura de algunas universidades alemanas, francesas e inglesas. Eran el producto de una convergencia, decantación y concentración de pensamiento en laboratorios de especulación muy sensibles. Sin embargo, en todo el tiempo que va desde Hegel hasta nosotros apenas ha producido Occidente tres o cuatro nuevas vías filosóficas. La rebelión vital de Kierkegaard, la herejía de Marx, la ruptura de Nietzsche, y la fenomenología de Husserl. Valdría la pena preguntarse si la actitud mental, las condiciones y las facilidades para producir esas nuevas concepciones llegaron a estar circunscritas a esos recintos de pensamiento supersaturados que se dieron en unas determinadas disciplinas, en unos determinados lugares y en alguna determinada lengua, cuya estructura y sentido semántico la hacía particularmente apta para expresar la oscuridad metafísica y ontológica.

Todo ese pensamiento, en una u otra forma, llega a la América Latina. Mejor dicho, llega en una forma peculiar determinada por las características del hecho hispanoamericano. Llega adaptado y trasladado a otro tiempo histórico, a otra circunstancia humana y también a otro lenguaje. Adquiere lo que, utilizando la frase de Berdiaeff, podríamos llamar «el aspecto hispanoamericano de las doctrinas científicas». En esto también el poderoso fenómeno del mestizaje influye. El racionalismo que penetra en la América Latina no es el mismo que se propaga en Francia e Inglaterra en el siglo XVIII. Cambia de tono, de significación y hasta de contenido. Habría que estudiar más a fondo este significativo hecho de la modificación del pensamiento al cambiar de medio cultural. El racionalismo que toman los hispanoamericanos se mezcla y se tiñe con los regazos de la escolástica, que ha quedado de una tradición de tres siglos, y se mezcla con el sentimiento romántico, que llega casi junto con él. Valdría la pena estudiar la suerte del concepto de razón en el mundo de «la gana». Ese racionalismo a la hispanoamericana se convierte en una actitud crítica y agresiva contra el viejo orden. Va a constituir el fenómeno de donde brotarán las ideas de la época de la Independencia. Esa mezcla es visible en un hombre

tan local como Fernández de Lizardi y aparece igualmente en la expresión de hombres de visión más universal como Bolívar y Bello.

A mero título de ejemplo de esta condición peculiar de mestizaje podríamos citar el caso revelador de fray Servando Teresa de Mier. El inquieto fraile mexicano va a recibir con entusiasmo las ideas de la Ilustración, pero las va a mezclar con la más extraordinaria combinación de factores históricos y míticos. Va a sostener que el cristianismo llegó a América traído por el apóstol Santo Tomás y que el recuerdo prodigioso de esa milagrosa visita se transformó en el mito de Quetzalcoatl, la serpiente emplumada. Semejante mezcla de tiempos y de creencias no se daba en la mente de un monje medieval sino en la de un inquieto buscador de verdades que se creía un hijo de la Ilustración.

El caso no fue diferente, más tarde, con la tardía llegada del positivismo. El positivismo a la hispanoamericana, que tanta influencia iba a tener en la segunda mitad del siglo XIX en todo el continente, tiene poco que ver con la concepción de Comte, de Taine o de Spencer. En Hispanoamérica se convierte en un arma de lucha contra los liberales.

El caso posterior del marxismo es parecido. El marxismo, con su inherente necesidad de convertirse en política activa, se mestiza, se hace religioso y llega a adquirir formas irreconocibles. El edificio que levantó Marx en la Europa protoindustrial del siglo XIX, que Lenin y Stalin rusificaron, sufre alteraciones, añadidos y adaptaciones tan grandes como las que la arquitectura europea experimentó al trasladarse a las altas mesetas y a las muchedumbres mestizas de los Andes y de México.

Si no ha habido la creación en escala universal de una corriente original de pensamiento, que no hubiera podido ocurrir sino de un modo antihistórico y casi milagroso, ha existido, en cambio, la continua y activa presencia de una mentalidad crítica y reformista. La rebelión y el rechazo son actitudes constantes hispanoamericanas.

No sólo ha habido una larga tradición muy apreciable de crítica literaria desde el siglo XIX hasta nuestros días, el propio Octavio Paz es un destacado representante de ella, sino que, además, casi todo el pensamiento latinoamericano ha sido cuestionante, crítico y reformista en todas sus manifestaciones. El filósofo español José Gaos señalaba como su característica mayor que era un «pensamiento de educadores de sus

pueblos». La novela hispanoamericana, desde José Mármol hasta García Márquez, sin olvidar los grandes ciclos indigenistas y de la Revolución Mexicana, es una novela de protesta y de lucha contra el orden recibido. La actitud del pensamiento es similar. Desde Bello y Sarmiento se prosigue la larga y brillante lista que incluye a Hostos, a Martí, a Justo Sierra, a Ingenieros, a Montalvo, a Rodó, a Mariátegui. Es una continua y generalizada actitud de insurgencia. Se quiere, en alguna forma efectiva e inmediata, cambiar o reformar el presente. Para ello se invocan principios o doctrinas, recientes o viejas, venidas de fuera, pero se las mezcla con la mitología local y la realidad existencial.

Casi podría decirse, y es revelador, que más que un pensamiento crítico al estilo de Europa es una predicación misionera. La actitud de llevar una verdad de salvación que hay que propagar. Verdad que también sufre tantas alteraciones y adaptaciones como las sufrió la evangelización cristiana que practicaron los primeros misioneros españoles en la tierra americana. Hay también un mestizaje de la ideología, que no se diferencia del que se manifestó coetáneamente en la literatura y, además, casi por los mismos hombres. La distinción entre el hombre de pensamiento y el hombre de acción se hizo tenue. La mayor parte de los pensadores de la América Latina fueron, en una u otra forma, insurgentes. Más que en el libro su prédica se hizo en el periódico y en el panfleto, como guías o como sostenedores de la insurrección y el cambio contra el orden establecido. La dualidad es visible en los casos más insignes. En Bolívar es indistinguible el pensamiento de la acción. El mensaje de Angostura es el programa de su lucha militar y política. El caso es dramáticamente conmovedor en Martí, aquel ser de ideas, convicciones morales e intelectuales y poesía, que pasa, casi sin transición, de la prédica a la lucha armada. No puede entenderse a Sarmiento sino a la luz de esa condición tan característica. No es un Fichte que escribe discursos a la nación argentina. No es tampoco un divulgador fiel de ideas europeas. Es un hombre que conoce a fondo la condición argentina de su tiempo y que se siente inconteniblemente movido a cambiarla. Es en el mejor sentido y *avant la lettre* un militante y un escritor *engagé*. Si quisiéramos proseguirla y traerla hasta nuestros días la lista sería tan larga como la de los escritores hispanoamericanos. En grado variable, pero siempre presente, esa condición de pensamiento para la acción está en todos: poetas, novelistas y ensayistas. Cuando García Moreno cae, Montalvo exclama con sincero y ro-

mántico alarde: «Lo mató mi pluma». En Bello es evidente la presencia de un programa de transformación social y cultural que aparece en sus grandes odas americanas. El caso de Neruda es demasiado reciente para tener que recordarlo.

No se creó una ideología nueva o una escuela de pensamiento en la América Latina, pero ha habido una calidad, un matiz y una manera hispanoamericana de tomar y adaptar las grandes corrientes del pensamiento de Occidente, no como cosa extraña y hasta exótica, sino como parte de la herencia histórica y para incorporarla dándole un color y hasta un contenido criollos. El liberalismo hispanoamericano está lejos de ser una mera reproducción del liberalismo europeo. Estanislao Rondón, uno de los agitadores liberales de la Venezuela del siglo XIX, podía lanzar este grito que hubiera sido inconcebible en la boca de un europeo liberal del 30 o del 48: «La Federación es santa, celestial, divina».

Es tal vez necesario no sólo que hagamos con criterio histórico y social el estudio del destino y caracterización de las ideologías o del mestizaje ideológico en la América Latina, sino también que estudiemos la peculiaridad que reviste el movimiento del pensamiento entre nosotros. No podríamos tener, y sería totalmente antihistórico que la esperáramos, la posibilidad de una creación kantiana, hegeliana o marxista entre nosotros, pero en cambio ha habido y merece ser mejor conocida y comprendida la peculiaridad latinoamericana del pensamiento de Occidente, que se ha manifestado, como lo hizo entre los rusos, más original y poderosamente en la literatura de creación, en la novela o en la poesía, que en la elucubración filosófica o crítica.

Es en este sentido revelador el estudio del movimiento modernista que agita y transforma las letras de la América Latina entre 1880 y 1914. Hasta dónde en la poesía de Rubén Darío hay presencia y mezcla de elementos del simbolismo francés, del romanticismo español, de la poesía popular tradicional de Nicaragua, de ecos rítmicos de Edgar Poe y del romancero español. Sería un verdadero rompecabezas para un profesor de literatura europeo colocar dentro de sus clasificaciones usuales a ese extraño pájaro tropical que era Darío.

No puede entenderse y no tiene otra significación más verdadera la literatura hispanoamericana que la de ser la más valedera y profunda manifestación de la crisis de conciencia que caracteriza al hispanoamericano. Situado en una de las fronteras espirituales, culturales y

geográficas de Occidente, en presencia de un nuevo escenario, de una nueva relación del hombre con el espacio y casi con el tiempo, distintas de las que la literatura y el pensamiento europeos han expresado a lo largo de los siglos, en la confluencia pugnaz y creadora de tres culturas y de varios tiempos históricos, el hispanoamericano, en grado variable y con matices que distinguen al hombre de las mesetas altas del de las Antillas o del del estuario del Plata, al heredero de la colonización española del de la portuguesa, ha sido y es, básicamente, un hombre en no resuelta crisis de identidad.

La historia del pensamiento hispanoamericano es la historia de esa búsqueda. Pedro Henríquez Ureña hablaba de la «busca de nuestra expresión». Es cierto pero incompleto. No buscaríamos una expresión si no tuviéramos que partir de la convicción o de la intuición de que no somos ni podemos ser exactamente europeos. Lo que nos caracteriza es la mezcla de culturas y de pasados y nuestro esfuerzo inconsciente se ha propuesto no sólo buscar un equilibrio difícil entre ellos sino averiguar finalmente lo que somos. Al Quijote y a la Celestina no podremos nunca sentirlos nuestros en la forma en que los siente un castellano, porque simultáneamente el drama del Inca Garcilaso y el folklore negro también son nuestros, en una forma en que no los puede sentir un castellano, pero que tampoco es la del africano o la del indio precolombino. Nuestra manera de leer a Bernal Díaz no puede ser nunca la de un español.

La cuestión verdadera no consiste en preguntarse si la literatura de la América Latina es o no moderna, lo cual implica una comparación con un modelo más o menos arbitrario y ajeno, constituido generalmente por la última literatura que hacen en Londres, en París o en Nueva York, sino la de preguntarnos si es o no hispanoamericana, si expresa o no la peculiar y única circunstancia del hombre hispanoamericano y su situación histórica y cultural.

Si la narrativa hispanoamericana ha alcanzado en los años recientes tanto aplauso en el mundo occidental se debe, precisamente, no a que sea moderna en el sentido del *nouveau roman* francés o de cualquiera otra experiencia de los grandes centros, sino a que presenta la poderosa originalidad de una situación que no se puede equiparar a ninguna otra.

Somos y no podemos ser otra cosa que hispanoamericanos. Aun en los momentos en que nuestros grandes artistas han pretendido o

creído ser otra cosa, como en el momento del «modernismo» o en el de la novela social, lo que hizo su valor propio y les dio individualidad y carácter fue lo que tenían de hispanoamericanos. La distancia que va de Rubén Darío a Verlaine o de Pablo Neruda a Aragon no es sino la distancia de esta diferencia de condición y de situación.

Somos hispanoamericanos y es esto y no otra cosa lo que nos da dignidad, valor y presencia ante el mundo.

LA COMUNIDAD HISPÁNICA

Todos tenemos en el entendimiento, en esa zona gris en que se acumulan los nociones repetidas y nunca verificadas, la noción de la existencia de una comunidad hispánica, que los países que constituyeron la maquinaria *sui generis* del imperio español tienen en común muchas cosas fundamentales y que frente al resto de la humanidad ostentan una cierta e innegable afinidad que los identifica. Pero en la mayoría de los casos ésta es una noción subyacente, que asoma a trechos en los más diversos aspectos, pero que, muchas veces, permanece tácita y casi inadvertida en la consideración ordinaria de las cuestiones nacionales de los países que la constituyen. Cada uno está como metido estrechamente en lo suyo, afirmado en las diferencias locales, sin tomar suficientemente en cuenta lo que ese hecho significa y puede significar para cada uno de los países y como hecho colectivo ante el mundo.

Ha habido, sin duda y casi con vicioso exceso y unilateralidad, un tema del hispanismo muy teñido de intenciones políticas circunstanciales, que nunca ha pasado mucho más allá de un recurso retórico casi sin vida y con muy poca posibilidad de reflejarse en acción creadora. Un hispanismo superficial de ceremonia y holgorio que casi nunca se ha planteado con seriedad y eficacia las cuestiones fundamentales que ese gran hecho histórico implica. Las palabras mismas: hispanidad, hispanismo, han tenido que sufrir mucha depreciación y descrédito de los cuales hay que rescatarlas, con un nuevo sentido y propósito concretos. A este sepulcro del Cid también habrá que echarle siete llaves si queremos recuperar la historia verdadera y su sentido viviente y actual.

Por otra parte no hay ocasión en el mundo actual, caracterizado por polarizaciones, confrontaciones y bloques, que no nos presente, en una u otra forma, a españoles y americanos la invitación a darle contenido práctico y estructura funcional a esa coherencia interna, a esa herencia activa, a esa posibilidad abierta de integración que nos hace de hecho una comunidad de naciones.

Sin embargo, a cada paso que damos tropezamos con la falta de sistematización en la búsqueda y estudio de esos hechos. Cada quien permanece encerrado en su historia propia, en su parcela geográfica, grande o pequeña, en su temporalidad aleatoria, sin que se haga el esfuerzo necesario para sacar a luz y presencia efectiva a esa gran realidad subyacente.

Cultivamos una historia parcelada, una para cada uno de los pueblos hispánicos, como si hubieran nacido espontáneamente de la nada, nada debieran al pasado y nada los comprometiera con el futuro. Hay incluso una historia desde España y otra historia desde América. Una historia que no parece pertenecer a un mismo proceso. La historia americana pareciera haber nacido en 1492 y hasta, a veces, en 1810. La historia de los reinos españoles se mira como ajena a América, antes del Descubrimiento y más aún después de la Independencia, como si a ambos lados del Atlántico no se hubiera establecido un extraordinario proceso de simbiosis, acciones y reacciones que afectaron profundamente la evolución y el destino de todos esos pueblos, vinculados ya para siempre de una manera irreversible. La Antigüedad y la Edad Media españolas nos pertenecen a los hispanoamericanos, porque los colonizadores peninsulares las trajeron con ellos y nos las dejaron como herencia activa. Los hispanoamericanos somos herederos del Fuero Juzgo y Las Siete Partidas tanto como los españoles, como también hemos sufrido la suerte de la hechura de España en los siglos que precedieron al Descubrimiento y hemos experimentado y seguimos experimentando sus consecuencias. La independencia de Portugal creó una inmensa consecuencia histórica y geográfica en el Nuevo Continente. En la historia política de Hispanoamérica están vivas y visibles las consecuencias de la batalla de Villalar, donde sin embargo no peleó ningún hijo de América.

Se podría seguir paso a paso, en todas las épocas, la presencia de España en América y la de América en España. Todo cambió con ese encuentro que fue determinante para el futuro de todos esos pueblos.

No podemos pensar que hubo una España que vino a América y que se quedó en ella y otra que permaneció en el viejo continente sin sufrir alteración ni consecuencia del gran suceso. Lo que hubo fue un intercambio continuo y poderoso que abarcó todas las formas de la vida desde la lengua hasta la mentalidad y las ideas, y desde las costumbres hasta la alimentación. La guerra de independencia en América es uno de los principales capítulos de la larga guerra civil de España. Lo que allí se enfrenta, en su forma peculiar, es la vieja querella de las dos Españas. En el pensamiento de un hombre como Bolívar estaba el mundo hispánico y su destino global como tema y su más ambicioso proyecto iba mucho más allá de la Independencia de las antiguas provincias del imperio para alcanzar un nuevo tiempo que abarca todo el ámbito de lo hispánico para la formación de un nuevo equilibrio del universo. Antes de iniciarse la batalla de Ayacucho, en un alto risco del altiplano andino, los dos ejércitos fraternizaron por un momento, como en una última tentativa de evitar el choque sangriento y en un reconocimiento grandioso y solemne de la identidad profunda.

Poco hemos reflexionado en las inmensas consecuencias que el hecho americano tiene en la lengua, que es la creación cultural matriz del mundo hispánico. No sólo la formación de ese nuevo mundo hace del castellano la lengua de una inmensa y creciente porción de la humanidad, sino que, en cierta manera, conforma y determina el porvenir lingüístico de la comunidad. La lengua cambia con el hecho americano. No sólo se enriquece de millares de voces y sentidos nuevos sino que se hace apta para ser habla materna de una inmensa comunidad dispersa en las más diversas situaciones. Ya no volverá a ser la lengua de un reino o de una corte, sino el medio viviente y expansivo en el que centenares de millones de seres humanos van a expresar su mundo vario, rico y contrastado. La lengua pasa poderosamente las duras fronteras de los acentos, los modismos y la fragmentación lugareña y sus peligros para convertirse en un instrumento de creación y comunicación de un ilimitado poder de absorción, aglutinación y permanencia, que puede comprender y expresar toda la variedad de tiempos y situaciones de la existencia histórica de una vasta comunidad de pueblos sometida al más rico y complejo proceso de mestizaje cultural. La lengua de Cervantes va a ser al mismo tiempo la lengua del Inca Garcilaso y aquella con la que Lázaro de Tormos habla es y no es distinta de la que emplea Concolorcorvo, perrero de la catedral de Cuz-

co. Es una lengua que vive con igual fuerza y sin perder sentido de identidad en las más disímiles circunstancias históricas. En Cuzco y en Valladolid, con una capacidad de absorción y adaptación que la salva y la mantiene. Todo se incorpora y se refleja en ella. Toda la historia y toda la geografía. Todavía no sabemos muy bien lo que significa el predominio de la tercera persona del plural sobre la segunda en el español de América, ni la interpretación cabal del destino de tantas voces que pasaron de un ámbito a otro arrastrando con ellas significados y mensajes. Pienso en la suerte de una voz como «realengo», que de significar muy específicamente en la lengua de la España medieval los pueblos que dependían del rey a diferencia de los que eran de señorío o de las órdenes militares, vino a terminar significando en algunos países americanos lo que no tiene dueño, no es de nadie y está a la merced de todos. No está acaso inscrita en esa palabra toda una larga evolución del concepto del Estado y la administración pública y cómo, vista desde territorio americano, la autoridad regia se hacía remota, ineficaz y casi ausente. O aquella otra palabra de tan singular fortuna que los españoles mal oyeron a los indios cumanagotos de la costa oriental de Venezuela y que vino a designar la «butaca», el sillón de brazos de los teatros de la Villa y Corte.

La gran experiencia del encuentro de las culturas que tuvo como escenario el mundo americano, al través de la lengua, los usos y las experiencias, vino a convertirse en una nueva dimensión de toda la comunidad hispánica. No hubo en toda la historia una experiencia de tamaña envergadura y consecuencias. Lo español, lo indio y lo negro estuvieron en contacto estrecho por siglos y formaron no sólo consecuencias sociales y culturales sino una nueva concepción del mundo y del hombre. La polémica de Las Casas y de Sepúlveda introduce en el mundo occidental una nueva concepción de la naturaleza del hombre. ¿Quiénes eran hombres? ¿Hasta dónde tenían los unos el derecho de sojuzgar a los otros? Ideas tan avanzadas como la de la libertad de conciencia, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la existencia de una comunidad internacional abierta, la dignidad fundamental de todas las sociedades humanas alcanzaron allí su primera y más alta expresión, que es la misma que magnificaron el padre Vitoria y que ya no se perderá nunca ni en el sarcasmo de Lazarillo y de Quevedo.

No se ha medido todavía la profunda significación de que en la primera generación de mestizos americanos pudiera aparecer el Inca Garcilaso, que encarna una situación que va mucho más allá de lo individual. El hijo del conquistador castellano y de la palla incaica, el pariente de Garcilaso y del Marqués de Santillana era al mismo tiempo el bisnieto de Túpac Yupanqui y sobrino-nieto de Atahualpa. Lo que en él se expresa sin esfuerzo y en una lengua admirable es una nueva dimensión humana. El canónigo de la catedral de Córdoba trajo a España el más conmovedor testimonio del pasado indígena americano, para incorporarlo a la historia común, porque debía sentir que tanto como las mitologías de la *General Estoria*, que mandó componer Don Alfonso el Sabio, o como las tradiciones del Andalus, entraban en pleno derecho aquellas remembranzas a formar parte de la realidad histórica de la comunidad hispánica. No es mera casualidad que en una capilla de aquella catedral-mezquita que resume quince siglos de historia tan contrastada, esté enterrado el Inca, testimonio y ejemplo de otro nuevo mestizaje incorporado para siempre en su persona y en su obra de hombre hispánico de los dos mundos geográficos y de los varios mundos históricos que constituyen la enriquecida herencia común.

A partir del Renacimiento hay una bifurcación trascendental entre el rumbo de España y el de sus grandes rivales europeos del Norte. Todos conocemos la copiosa literatura sobre la Reforma y la Contrarreforma. No es fácil llegar hasta el fondo de lo que está implícito en ese debate y la mayoría de las explicaciones no han logrado penetrar hasta la sustancia misma de la cuestión. Hoy sabemos, sin duda, que el hecho del Descubrimiento y la forma en que la noticia se divulgó por Europa, al través de la carta de Colón y los escritos de Vespucio, determinó un poderoso cambio en el pensamiento europeo y en la concepción misma de la sociedad y de sus fines. La *Utopía* de Moro y las reflexiones de Montaigne sobre los caníbales, que etimológicamente no son otra cosa que los caribes, echaron las bases para la consideración crítica de la sociedad civilizada y plantearon la tenaz semilla del pensamiento revolucionario. Este pensamiento va a llegar a España y al mundo hispánico tardíamente desde la Europa del Norte, como afrancesamiento, pero no nace en ella. En el centro está el poderoso mito del buen salvaje, acaso el más subversivo que el hombre haya forjado nunca. Una visión falsa y candorosa del indio americano crea la

idea de que en el estado de naturaleza los hombres son más felices que en las sociedades europeas. De allí a pensar que esas sociedades son la causa de todos los injustos males que el hombre sufre y que por lo tanto hay que cambiarlas radicalmente se establece una relación de causa afecto. Los pasos que llevan a Rousseau y a la Revolución Francesa. En España, que es la nación europea que más estrechamente ha estado en contacto con el indio, no surge el mito. Por el contrario, lo que aparece es el testimonio y el debate sobre la dura experiencia de la lucha con el indígena americano para asimilarlo a las costumbres y mentalidad de «un labriego cristiano de Castilla». Las disputas de teólogos y juristas de la época de Carlos V plantean la situación *sui generis* en que España se encuentra con respecto al hecho americano y una de las causas profundas de la bifurcación de rumbos con el pensamiento europeo del Norte.

El español que vino a América, por el mero cambio de la morada vital experimentó transformaciones importantes. Se hizo diferente en muchas cosas. La imagen caricatural del indiano en la comedia española refleja este hecho. La España que llegó a América al través de los españoles colonizadores comenzó a modificarse rápidamente, el gigantesco impacto del cambio de medio físico y el contacto estrecho con otras culturas determinó alteraciones de toda índole, que se manifestaron en muchas formas diversas. Hubo, desde luego, un cambio fundamental de tiempo histórico y por lo tanto de respuesta humana frente al tiempo y al espacio. No se ha estudiado este fenómeno con toda la amplitud necesaria a la luz de los hallazgos del psicoanálisis existencial. Esto explicaría los violentos cambios de carácter y psicología que, en forma muchas veces trágica, ocurrieron en los colonizadores. El caso de un Lope de Aguirre serviría para ilustrar este desajuste profundo. Pero también, por ejemplo, se ha señalado el retraso temporal o el anacronismo cultural que ocurre en el proceso de la colonización americana. En el siglo XVI España se incorpora a las novedades del Renacimiento en poesía, en novela y en arte. Sin embargo, lo que prende en América es como un retroceso hacia un pasado ya un poco vetusto en la península. Resucita el espíritu del libro de caballería, la crónica medieval, el romance narrativo y el auto sacramental.

El eco y la consecuencia del hecho americano afectó a España en muchas formas. La dimensión espacial e histórica también cambió para el español medio. La presencia de las Indias se hacía sentir, a veces

inconscientemente, en los súbditos de Carlos V y de Felipe II. Ha cambiado la perspectiva y hasta la situación en que los seres se colocan y sienten. No es posible leer el *Quijote* sin advertir constantemente, de manera expresa o tácita, la presencia de América. Era como un trasfondo que había alterado la composición histórica de lugar del español. Ya no podían pensar ni reaccionar, ni considerarse a sí mismos como lo hubieran hecho antes de 1492. Se había creado otra realidad, acaso mal conocida y mal comprendida, pero no por eso menos poderosa y vigente.

No se ha estudiado todavía la literatura de la comunidad hispánica en conjunto, en toda su amplitud y en sus reveladores y continuos juegos de influencias mutuas, intercambios, ecos, reflejos y complementariedades. Apenas se ha detenido la atención de los especialistas, absorbidos en su cerrado provincialismo local en un fenómeno tan revelador como el del Modernismo literario. Aquel gran movimiento renovador de las letras de lengua española que tiene su personificación cimera en Rubén Darío y que se extiende en España y en América como en un solo cuerpo, pareciera constituir casi una excepción, cuando en realidad no es sino la muestra más impresionante de esa realidad espiritual. Estudiar a Juan Ramón Jiménez, a Machado, a Valle Inclán, a Lorca, amputados de su porción americana equivaldría a una mutilación tan grave como prescindir o no querer ver las continuas relaciones entre la creación de los grandes escritores y poetas americanos y las letras españolas. ¿Se podría hablar de Darío, de Lugones, de Borges, de Neruda, sin tomar en cuenta todo el eco de lo español que está en ellos? No es posible hablar, sin grave desmedro y falsificación, de la narrativa de lengua española en los últimos cincuenta años desde un punto de vista estrictamente nacional. Hay una narrativa de lengua española, extendida a los dos lados del océano, que el mundo entero debería conocer y admirar en su unidad profunda como el resultado del gran proceso de la creación de la tan variada, contradictoria y poderosa existencia de una comunidad cultural de una riqueza polifónica excepcional.

Un gran acontecimiento reciente y por lo tanto todavía mal estudiado es el de la significación y las consecuencias en la comunidad hispánica de la guerra española que estalla en 1936. Todo el sistema nervioso, acaso adormecido, que unía y acercaba las porciones aparentemente dispersas de la comunidad, reacciona y se anima con vigor

inesperado. Las repercusiones de aquella trágica crisis, a uno y otro lado del Atlántico, fueron de una magnitud que no tiene precedentes ni paralelo en la historia política contemporánea. Los hispanoamericanos se sintieron arrastrados por aquella vorágine y participaron en todas las formas posibles. Parecieron borrarse los olvidos, distanciamientos y prejuicios del siglo XIX y revelarse la realidad, casi oculta, de una poderosa identidad. Hay que buscar en los periódicos y en las publicaciones el eco de aquella sacudida que alcanzó todo el ámbito de ese mundo que no había dejado de sentirse identificado y solidario.

Un vasto éxodo de intelectuales, profesores, profesionales de todas las disciplinas, hombres de ciencia y pensamiento, hombres de creación y pasión, se produjo. Nunca antes había ocurrido nada parecido, ni por el número, ni por la calidad de los protagonistas. Muchos de los españoles que encarnaban más genuinamente la más avanzada y raigal concepción de una España moderna, descubrieron en aquella ocasión dolorosa el ámbito americano y en él los testimonios vivientes de la común herencia. Hispanoamérica vio llegar con afecto renovado aquella avanzada de la más moderna España. Se produjo un reencuentro profundo y revelador que duró por muchos años y que permitió redescubrir la magnitud de los vínculos que venían de la historia. El impacto en la mentalidad de los americanos fue grande y duradero y, a su vez, el eco y reflejo en España no ha terminado todavía de medirse. España y América se encontraron de nuevo en una forma y ocasión de significación excepcional. De allí tenía que surgir una noción más actual y activa del sentido de la comunidad hispánica. Todavía no hemos terminado de ver y de apreciar en su verdadera dimensión las consecuencias de ese magno reencuentro, pero son visibles y crecientes y forman parte decisiva de esta nueva conciencia de la comunidad que se afirma en nuestros días. En esa crucial ocasión todos sentimos la revelación deslumbradora y excitante de la vastedad del espacio humano e histórico que nos pertenece.

La existencia de esa comunidad de hecho, en tantas formas revelada y confirmada, nos plantea nuevas y acuciantes cuestiones desde la perspectiva de nuestro tiempo.

El mundo globalizado e interdependiente de hoy es al mismo tiempo el campo de los grandes bloques de poder. Poderosas combinaciones de poderío dominan el escenario universal. La de los anglosajones con un creciente predominio en la ciencia, la tecnología, la or-

ganización económica y la cultura. El inglés es hoy, por su extensión y por su adaptabilidad y flexibilidad, la primera lengua de comunicación de la humanidad y constituye el más poderoso instrumento de predominio de los países anglosajones. Dominan lo que se ha llamado el mundo occidental y se han colocado a la cabeza del adelanto y del aprovechamiento de la tecnología. El bloque soviético, encabezado por un núcleo de pueblos eslavos, constituye otra inmensa concentración de poder que compite en muchos aspectos con el mundo occidental. En Asia, bajo la influencia y el ejemplo del Japón, están surgiendo otros importantes centros de poder. No es difícil prever que en un plazo no muy largo el Japón, la China y algunos nuevos centros de crecimiento económico puedan llegar a formas integradas y colosales de cooperación. La Europa occidental se esfuerza en integrarse en muchas formas bajo la influencia y la dirección de los Estados Unidos.

Frente a esa perspectiva real, la comunidad hispánica tiene que tomar conciencia de sus posibilidades y desafíos con todas sus ventajas ciertas pero hasta ahora poco aprovechadas. La hispánica es la segunda comunidad lingüística del mundo, con posibilidad de llegar a ser la primera en el plazo de una generación. Hoy somos cerca de 300 millones de seres que hablamos español como lengua materna, en una excepcional contigüidad geográfica y en una notable homogeneidad cultural. Ni los chinos ni los rusos, fragmentados en numerosos idiomas, disponen de semejante ventaja. La comunidad hispánica abarca todos los climas, todos los recursos naturales, todas las ventajas geográficas. Si llegara a forjar instrumentos prácticos y eficaces para la cooperación efectiva en la investigación científica, en el progreso tecnológico, en la presencia cultural, en la integración económica y en el desarrollo social, podría emerger en breve tiempo como uno de los grandes y más coherentes bloques de poder y de prestigio del mundo de hoy y de mañana.

Para poderlo lograr, lo primero es tomar conciencia a fondo de esa posibilidad que nos es ofrecida hoy y dar, con decisión y amplitud de miras, los pasos necesarios para convertirla en realidad. El primero de esos pasos es el de crear conciencia, darnos cuenta de todo lo que las presentes circunstancias, nuestra realidad y nuestra historia común nos ofrecen. Hacer actuales y sensibles las raíces, el contenido y la asombrosa dimensión de la comunidad hispánica. No seguir condenados a tropezar, casi por azar, en los manuales de historia nacional la

corta referencia o el eco casi tácito de esa comunidad, no perderla de vista en la fragmentación empobrecedora de las historias literarias nacionales y casi provinciales, en las concepciones económicas locales, y caer en el riesgo de olvidarla, arrastrados por el poder de atracción, el prestigio y la propaganda de los grandes bloques ya constituidos de poder económico, científico y cultural.

El día en que en nuestras universidades y particularmente en los centros de saber e investigación creados *ad hoc* con ese objeto se estudie como disciplina la rica realidad de la comunidad hispánica, se va a producir un cambio fecundo de mentalidad y actitud, que influirá decisivamente en el destino futuro de estos pueblos dispersos y los llevará a desempeñar el papel primordial que les corresponde en el riesgoso y maravilloso mundo que está surgiendo ante nuestros ojos hoy, con muy poco de nuestra participación y de nuestro beneficio.

EL HOMBRE LATINOAMERICANO 500 AÑOS DESPUÉS *

* Transcripción de las palabras dichas en Caracas en la reunión sobre «La América Latina en el umbral del siglo XXI», febrero de 1989.

Procuraré actuar como alguacilillo en las corridas de toros, para pedir la llave de abrir el toril, lo malo es que voy a tener que enfrentarme un rato con el toro.

Esta muy interesante reunión, que tiene un título tan atractivo, se llama «La América Latina en el umbral del siglo XXI», presenta la oportunidad para confrontar y para coordinar una serie de reflexiones, que todos los hispanoamericanos y los que se interesan por la América Latina se han venido formulando desde hace mucho tiempo. Estamos en vísperas de varias fechas cabalísticas, estamos en vísperas del siglo XXI, estamos en vísperas del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, de lo que yo llamaría el Medio Milenario del Nuevo Mundo, estamos en vísperas del Bicentenario de la Revolución Francesa, y estamos en vísperas de una fecha mucho más ominosa y que induce a cierto temor, el Tercer Milenario de la Era Cristiana.

Todo esto hace que tengamos un poco la impresión que tuvieron los hombres del año 1000, que se estaba llegando a una especie de encrucijada del tiempo y de la Historia, sólo que con una diferencia, que ellos pensaban que el mundo se iba a acabar de manera sobrenatural y nosotros pensamos que el mundo se puede acabar de manera natural, o no tan natural, pero el resultado es el mismo.

En ese panorama cabalístico que invita a la interrogación, a la introspección y a la reflexión, ¿dónde estamos los latinoamericanos? Estamos un poco congelados y detenidos en nuestros viejos fantasmas y en nuestras viejas contradicciones. Todavía nos estamos preguntando —yo creo que es nuestra característica más generalizada— ¿qué somos? Yo no creo, con el permiso del señor Craxi, que un italiano se pregun-

te ¿qué somos? No creo tampoco que se lo pregunte un chino, creo que ni siquiera un norteamericano se lo pregunta, pero nosotros no hemos hecho otra cosa, por lo menos en los últimos doscientos años, que preguntarnos qué somos, y ésta es la fecha en que no tenemos respuesta definitiva. No hemos logrado ni resolver nuestras contradicciones ni, lo que es peor, reconciliarnos con nuestra Historia, cosa que es muy grave. Es posible que se deba a que no tenemos en este ensayo sino cinco siglos. Los europeos, desde luego, que pasaron por etapas parecidas a las nuestras, ya han absorbido los choques del Imperio Romano y la invasión de los bárbaros, y eso para ellos ya es un horizonte remoto y casi olvidado, mientras que nosotros estamos todavía en gritarle viva o muera a Moctezuma o a Hernán Cortés.

Todo eso tiene sus aspectos positivos, desde luego, indica en nosotros una sensibilidad muy peculiar de la Historia que forma parte de nuestro ser, pero tiene también unos efectos muy paralizantes y negativos. Mientras nosotros no nos reconciliemos con nosotros mismos, y mientras no asimilemos nuestro pasado, va a ser muy difícil que podamos entrar con pie seguro en el futuro. Esta pregunta de ¿qué somos? —que es una pregunta básica para saber qué podemos hacer— sigue en pie.

Eso tiene que ver con muchas cosas, desde luego, y fundamentalmente con la Historia. Se ha armado, por ejemplo, un debate a ratos que parece ridículo pero que revela en el fondo un hecho cierto, la duda y la vacilación sobre nuestro propio ser. ¿Preferiremos hablar de Descubrimiento, o debemos hablar de encuentro, o debemos hablar de otra cosa? Yo creo que lo que empezó a ocurrir hace quinientos años no fue un Descubrimiento. Claro que lo fue originalmente, pero el Descubrimiento se agotó en diez años. A los diez años de descubierta América ya se sabía que existía, y los indígenas sabían que había otro mundo que había llegado a su vieja tierra y que había creado unas circunstancias nuevas. Eso es evidente. Hubo una Conquista, evidentemente, y se cerró en cincuenta, sesenta o setenta años. Hubo el comienzo de la estructura de una nueva sociedad, pero ese proceso que empieza el 12 de octubre no terminó ni termina. Ese proceso tiene un nombre y yo creo que eso es lo que vamos a celebrar el 12 de octubre, son los quinientos años de la creación del Nuevo Mundo. Es muy importante esa frase, que tan espontáneamente le brotó a los primeros cronistas, y a los que primero escribieron sobre esa exploración, por

ejemplo, a Vespucio, que habla del Nuevo Mundo, a Pedro Mártir, que habla del Nuevo Mundo. Esa palabra se tomó y retomó, significó originalmente que se había encontrado una Tierra Nueva, como decían ellos en su lengua pintoresca, de islas y tierras nuevamente encontradas, o «novamente trovate», pero el hecho es que allí comenzó una experiencia humana distinta que es lo que le da su riqueza al hecho latinoamericano y la que le crea su problema.

¿Por qué empezó una experiencia distinta? Por muchas razones. Primero porque siempre nos fue muy difícil percatarnos de la realidad en que estábamos. No es una peculiaridad nuestra, lo que más trabajo nos cuesta a los hombres es la realidad. Los hombres somos como una linterna mágica que estamos constantemente proyectando una imagen que tenemos adentro hacia afuera y eso nos impide ver lo que está afuera, lo deformamos, es decir, en cierto modo, los hombres no creemos encontrar sino lo que estamos buscando y eso nos impide muchas veces darnos cuenta de que hemos encontrado otra cosa. Cuando se descubre América y cuando empieza el primer contacto de los europeos, aunque sea hecho nuevo, empiezan a surgir las deformaciones; desde la carta de Colón hasta las cartas de Vespucio, hasta la *Utopía* de Moro, los europeos se empeñaron en que habían encontrado algo que no era lo que habían encontrado, sino una cosa distinta. En primer lugar creyeron que habían llegado a Asia; no era verdad, venían con una serie de imágenes neoclásicas en la cabeza de que existía el Reino de las Amazonas y creían que habían llegado allí, creían que habían llegado a las tierras del Preste Juan de las Indias, por eso los indios americanos se llaman indios, han podido llamarse chinos también, con iguales falsedades geográficas y humanas, y posteriormente Colón piensa que ha visto las tierras del Paraíso Terrenal. De modo que todos los viejos mitos tradicionales de la Edad de Oro, del Paraíso Terrenal, de las Amazonas, es lo que creen ellos que han encontrado en América, es la primera deformación visionaria, de la cual nosotros no nos hemos repuesto enteramente, porque somos los herederos de una cultura con sus mitos y sus deformaciones.

Pero aparte de esas deformaciones y de esas visiones, empieza a ocurrir un gran drama humano en el continente latinoamericano, un drama que en Europa se dejó de representar muchísimos siglos antes, y que con esa intensidad y en esas dimensiones no se representó en ninguna otra masa continental del mundo, y fue la interacción de tres

grandes actores culturales. Existía una población indígena que estaba dividida en sectores de desarrollo muy distintos, desde los indígenas del Caribe que estaban en una etapa de recolectores y de agricultores primitivos, hasta las grandes civilizaciones mayas, meshicas o incas que habían alcanzado un grado de desarrollo extraordinario. A este propósito yo recuerdo siempre una frase muy ingeniosa y muy verdadera de un etnógrafo francés que decía que si a alguien se le hubiera descrito el panorama de lo que era el continente americano antes de la llegada de los europeos y le hubiera preguntado si era posible desarrollar una gran civilización sin escritura, sin rueda, sin hierro, sin bestias de carga, hubiera respondido indudablemente que no era posible. Sin embargo, fue posible. Los indígenas americanos lograron ese milagro de hacer grandes civilizaciones con todas esas carencias que parecían limitantes absolutos imposibles de vencer.

Eso que se encuentra en América, ese personaje que está en América y que no es uno sino muchos, porque las situaciones culturales de los indígenas americanos eran tan distintas como las que puede haber entre un asiático y un europeo, no tenían comunidad de cultura, no tenían comunidad de lengua, no tenían casi comunicación entre sí, estaban aislados completamente. Allí se presenta entonces el europeo, ¿quién es el europeo que se presenta? El español del siglo XVI, que era una forma de una cultura y de la cristiandad europea muy característica. Ese hombre viene con sus visiones, con sus proyectos, que no se ajustan a la verdad, y ese hombre va a entrar en contacto con esas gentes que él no conoce, que primero cree que son asiáticos, después se va dando cuenta que no lo son, llega a adquirir la noción final de que está frente a una masa continental nueva y que nunca había sido conocida por las otras poblaciones de las otras masas continentales, y empieza a tratar de evaluar, y de asociarse y de incorporarse a ellos. Pero allí ocurre un hecho que es muy importante, la Iglesia dice que se va a celebrar el V Centenario de la Evangelización, es verdad, pero es una evangelización muy *sui generis*. Esta es otra de las cosas que damos por sentada y no nos damos cuenta.

Cuando los primeros españoles llegaron al continente americano, las estimaciones de población dan un total que va desde los doce hasta los veinte millones de habitantes. Estaban divididos en más de 200 ó 300 lenguas distintas, estaban divididos en comunidades aisladas, con lenguajes distintos, con culturas distintas, con niveles mentales distin-

tos. Ese personaje que estaba allí lo van a interpretar y a ver de distinto modo los españoles, y lo van a ir viendo paulatinamente, porque van a conocer poblados de los indígenas de las Antillas, luego las grandes civilizaciones meshicas y luego, más tarde, las andinas.

Esos personajes que van a entrar allí en contacto representan mundos distintos, pero cuando estos españoles llegan han podido tener dos opciones, una que yo por comodidad la llamaría una colonización a la inglesa, que ha podido ser muy inteligente, pero con consecuencias muy graves, que hubiera sido respetar las religiones, las lenguas y las culturas indígenas, establecer los sistemas de su dominio político, económico y militar, y construir su pequeña iglesia cristiana, donde ellos irían los fines de semana a cumplir las ceremonias de su culto y dejar lo demás igual. Si eso hubiera sido, así hubiera podido ser inteligente desde un punto de vista de técnica colonial, pero no tendríamos sentado en esta mesa a Leopolzo Zea hoy, porque México y el Perú hubieran sido dos especies de Indostán, es decir, unos países con una vieja civilización, con un viejo lenguaje, con una religión probablemente modificada a la que se le hubiera quitado los ritos sangrientos, pero que hubiera estado fuera de la comunidad del mundo occidental. Sin embargo, los españoles hicieron la salvajada creadora, cataclísmica, de tomar la decisión de cristianizar a la fuerza a aquella población indígena, y la hicieron cristiana en cincuenta años, y eso explica por qué los indígenas mexicanos, que mantienen una vieja tradición cultural, no adoran a Huitzilopochtli sino a la Virgen de la Guadalupe, de una manera muy distinta a como los cristianos europeos, italianos, o franceses, o españoles visualizan su cristianismo, pero es un cristianismo. Y eso hizo un milagro muy curioso, y es que en la primera generación los hombres nacidos en América, los indígenas, se hicieron descendientes de Abraham, hermanos en Cristo de los españoles, y adquirieron una lengua común de cultura. Eso no ocurrió en ningún otro continente.

Esa imposición cultural crea un hecho nuevo cultural irreversible, y eso explica por qué cuando cesa el Imperio Español no ocurre lo que ocurrió en la India cuando se fueron los ingleses, ni lo que ocurrió en África cuando se fueron los europeos, no refloreció una cultura anterior con unas lenguas anteriores, con unas costumbres y con unas estructuras tribales anteriores, sino que siguió una sociedad nueva y distinta, que ya no era Europa, que ya no era tampoco la indígena,

que era aquello que Simón Bolívar dijo, muy simbólicamente, e inteligentemente: «no somos españoles, no somos indios, somos otra cosa», decía él, «somos una especie de pequeño género humano». Y ésa es la realidad.

Pero es que hay otro tercer personaje al que tomamos muy poco en cuenta, que es el negro. Después de la población indígena, la presencia humana más numerosa en el Nuevo Mundo fue la negra. Entre el siglo XVI y el XIX, llegaron a América entre ocho y doce millones de africanos; no llegaron los españoles a representar en América ni la décima parte de esa cifra, no llegaron todos los europeos a representarla, los únicos que podían compensar esa masa humana eran los indígenas. ¿Quiénes eran esos africanos? Eran representantes de las más variadas culturas, porque África no es una unidad cultural ni lo ha sido nunca, incluso se está seguro de que vinieron africanos musulmanes, pero en fin venían con culturas tribales de muy distinto origen, con lenguas distintas, a incorporarse en ese masacote, en esa mezcla en la que se hicieron cristianos, en la que hablaron español o portugués, en la que se incorporaron a la herencia hispánica de la tradición romano-griega-hebrea, para entrar a formar esa especie de olla podrida que es el gran proceso del mestizaje cultural hispanoamericano, que es el hecho fundamental que nos distingue.

La palabra mestizaje tiene una mala connotación, viene de los viejos prejuicios raciales y por lo tanto tenía una especie de connotación de inferioridad. El mestizo era el que no era de sangre pura, como si hubiera alguna sangre pura en alguna parte. Por lo tanto, decirse mestizo era una especie de aceptación de inferioridad. Pero es que hoy en día reconocemos que el proceso que ocurrió en la América española no fue solamente de mestizaje de sangre; en inglés no hay palabra equivalente a mestizo, por ejemplo, se dice *mixed blood*, de modo que fuera de la mezcla de sangre no hay otro mestizaje. Sin embargo, el más importante es el cultural, los hombres somos lo que somos por la cultura. Yo siempre he dicho que si se toma a dos gemelos recién nacidos y se manda uno para Zaire y otro para Suecia, al cabo de veinte años uno es un sueco y el otro es un africano, independientemente de su sangre. Eso es lo que nos distingue a los hombres, no la sangre que tengamos o que hayamos heredado del abuelo tal o del abuelo cual, sino el medio cultural, el caldo cultural en el que nos hemos hecho y que constituye una especie de segundo sistema nervioso.

Ese africano que llega no es solamente un esclavo que desempeña un papel muy importante en el desarrollo económico —toda la economía de plantación, la industria del azúcar, se hizo a base del trabajo esclavo africano—, sino que fue un elemento cultural extraordinario. Hubo una pedagogía negra en América Latina que no ha sido apreciada. Ciertamente los africanos no vinieron con libros, ni con imprentas, ni con escuelas, pero venían con una cultura oral en la cabeza, con diferentes culturas orales, venían de distintas regiones culturales. Y esos seres que llegaron empezaron a ser los principales educadores porque en toda la extensión de la América Latina los niños de la clase alta, o de la clase dirigente, al nacer se les entregaba a una aya negra analfabeta, que tenía una cultura africana en la cabeza, ritmos, cantos, consejas, proverbios. Hoy en día sabemos que entre cero y cinco años es la época en que el ser humano recibe las impresiones más formativas. En esos primeros cinco años los hijos de la clase dirigente de la América Latina tuvieron una pedagogía negra profunda.

El caso de Simón Bolívar es ejemplar. Bolívar fue huérfano de padre a los tres años y huérfano de madre a los nueve, y quien lo crió, lo amamantó y le enseñó toda una pedagogía negra fue una esclava, la negra Hipólita. En carta muy hermosa para su hermana María Antonia que escribe desde el Cuzco, después de Ayacucho, le dice:

> Ayer recibí carta de mi madre Hipólita, dale lo que pida, porque yo no he conocido otra madre que ella.

Supongo que Bolívar recibió una pedagogía negra muy importante, aunque posiblemente no tuviera —cosa que no lo afecta ni en bien ni en mal— sangre negra, pero tenía algo de espíritu negro, una herencia cultural negra. Y eso entró en el mestizaje cultural de la América Latina.

La América Latina ha sido el producto de ese proceso de mestizaje cultural que hace que nosotros seamos hoy una cosa muy particular, nosotros somos Occidente, estamos hablando una lengua occidental, aquí estamos viviendo jurídicamente la herencia del Derecho Romano, aquí estamos viviendo como cristianos, de modo que somos Occidente, no somos otra cosa, pero no somos Occidente como lo son los europeos ni como lo son los norteamericanos, lo somos de una manera peculiar y distinta. Y posiblemente eso nos da un papel muy

importante que —aquí tenemos políticos eminentes del mundo entero— yo siempre he pensado, y es que la América Latina es el único puente natural entre el Primer y el Tercer Mundo, porque pertenece culturalmente al Primer Mundo y pertenece por otros muchos aspectos muy importantes, sociales e históricos, al Tercer Mundo. En este momento de confrontación Norte-Sur, hay un puente natural que es la América Latina, que es donde se ha podido realizar ese hecho único de que pertenezcamos a la cultura occidental, pero de otro modo. Con una peculiaridad que es nuestra originalidad y nuestra base creadora.

De modo que ese proceso de mestizaje cultural es el que nos ha hecho y el que nos da nuestra contradicción, porque nosotros tenemos, igualmente, una especie —y esto es muy interesante— de Pecado Original que no hemos logrado resolver. El Cristianismo introdujo una idea, que no tuvieron los antiguos, de que en el origen del hombre había un pecado gravísimo que no se podía purgar, ni salvar, sino con muchos esfuerzos y sacrificios, que era el Pecado Original, la caída de Adán, que tuvo que venir Cristo para tratar de redimirla.

Nosotros tenemos un Pecado Original que es la Conquista. Eso que decía yo hace un instante, la figura simbólica de Cortés o Moctezuma. Pues bien, esa contradicción es la que no hemos logrado asimilar. Nosotros tenemos un Pecado Original que no hemos logrado exorcizar, y a estas alturas, todavía, no hemos podido aceptar a Cortés y a Moctezuma juntos. Tenemos que aceptarlos a los dos porque nosotros somos Cortés y Moctezuma juntos, están en nuestra mente, en nuestra herencia cultural los dos, y son inseparables, como son inseparables nuestro padre y nuestra madre.

Esto requiere de nosotros una reflexión nueva para tratar de entender qué somos finalmente, porque mientras no aceptemos ese pasado, no lo demos por asimilado y nos estemos deteniendo en las características atroces que tuvo, no vamos a poder seguir adelante. Toda creación de mundo ha sido cataclísmica. La creación de Occidente es una lista de horrores monstruosos; ya los europeos la absorbieron. La cristianización de Europa fue una serie de crímenes horribles, la romanización de Europa fue también una serie de crímenes horribles, la invasión bárbara fue una serie de crímenes horribles, pero los europeos las asimilaron. Yo me imagino que al señor Craxi no lo trasnocha saber quiénes eran mejores, si los romanos o los bárbaros, porque desciende de los dos.

Pero en cambio nosotros no, nosotros no hemos logrado hacer la paz con nosotros mismos. Los astrofísicos nos han dicho que el universo se creó con una inmensa explosión, nosotros nos criamos con una explosión también, pero tenemos que aceptarla, vamos a ponernos en este momento histórico en que ya eso pasó, y lo tenemos dentro de nosotros mismos y forma parte de nuestro ser, y vamos a proyectarnos hacia el futuro.

Yo no quiero tomar más tiempo porque estaríamos hablando aquí mucho, y hay que oír otras exposiciones muy importantes. Pero yo digo que la América Latina en la víspera del siglo XXI, del Tercer Milenario, o del Quinto Centenario del Descubrimiento, tiene dos tareas fundamentales si es que quiere hacer un papel importante en el futuro.

En este momento el mundo es el escenario de grandes concentraciones de poder transnacionales o supranacionales, que se han hecho todas sobre una base cultural. La de los pueblos anglosajones sobre la base cultural de sus valores y de su lengua. La de los pueblos eslavos sobre una unidad de concepción política que puede ser modificable pero que fue eficaz, que existió hasta hoy. La de los pueblos asiáticos que va a venir, la de la Comunidad Europea que ya es un hecho. ¿Cómo podríamos los latinoamericanos cruzarnos de brazos cultivando esa especie de complejo de Edipo, esa limitación espiritual de no estar de acuerdo con el abuelo indio porque preferimos al abuelo español, o no estar de acuerdo con el abuelo español porque preferimos al abuelo indio, cuando los tenemos a los dos adentro? Nosotros tenemos que, para poder hacer un papel, en primer lugar aceptarnos como somos, reconciliarnos con nosotros mismos, dar por bueno nuestro pasado y no repudiarlo, y con eso proyectarnos al futuro. De modo que las dos tareas que tiene la América Latina, muy importantes, son, en primer lugar, la de asimilar el pasado y aceptar su identidad para saber quiénes somos y dar por bueno quiénes somos. El segundo paso sería fácil darlo, sería la integración de pueblos de una inmensa comunidad cultural y de una tradición histórica propia.

Con esas dos condiciones podemos entrar en el siglo XXI y más allá en un pie significativo y de poder frente a las otras grandes concentraciones de poder del mundo. Ese día estaríamos cumpliendo el sueño de nuestros mejores hombres, que vieron muy claro que debíamos integrarnos o perecer, y debemos hacerlo no copiando servilmente ideologías que, gracias a Dios, están en crisis todas ellas, sino aceptan-

do y enfrentando las realidades que no hemos querido ver por mucho tiempo. Todavía estamos buscando Amazonas y todavía estamos buscando Paraísos Terrenales, aceptando los hechos para, entonces, a la luz de ellos, hacer lo que decía un venezolano ilustre cuya lectura les recomiendo porque sigue siendo un maestro muy valido, que es Simón Rodríguez, que decía: «La América Latina es original, por lo tanto no debe copiar». Y añadía esta frase que yo dejo con ustedes: «O inventamos, o erramos».

REITERACIONES

¿Quién descubrió América?

Con motivo de la proximidad de la gran fecha del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, han recobrado una cierta vida las viejas hipótesis que niegan que Colón fuera el primer hombre extracontinental que llegó al Nuevo Mundo.

Se ha desempolvado la vieja historia de la llegada del vikingo Leif Ericsson, que pudo haber arribado a comienzos del siglo XI a la costa del actual Labrador. Se ha llegado a falsificar un mapa que publicó una famosa universidad y que luego fue declarado falso y retirado de la circulación. En ese vago apunte cartográfico aparecían las islas boreales que habían conocido y colonizado los hombres del Norte, Islandia, Groenlandia, y un poco más al Oeste un inexacto perfil de costa a la que pusieron el estrafalario nombre de Vinlandia. El nombre mismo era un exabrupto porque nunca ha podido haber viñas en tan alta latitud.

Bien pudo Leif Ericsson y sus vikingos topar con una costa que les pareció ser de una isla, y a la que puso el nombre caprichoso de Vinlandia. Nadie se enteró entonces de esto, el nuevo continente no cambió en nada y, posiblemente, tan sólo los indígenas más cercanos tuvieron noticia de la arribada de aquellos seres extraños. Tampoco lo supo Europa, que continuó con su misma visión estrecha del mundo, tal como lo concebían los romanos y los hombres de la Edad Media. Ni Leif Ericsson se dio cuenta de a dónde había llegado, ni Europa tuvo la menor noción de que se había hallado un continente desconocido que la obligaba a cambiar radicalmente todas sus nociones geo-

gráficas y toda su concepción de la humanidad y del planeta. Europa siguió siendo la misma, sin reflejar en nada el hecho del vikingo, y el continente nuevo no experimentó ninguna modificación por ese suceso remoto, aislado y sin eco.

Esta porfía sin sentido deriva de una suerte de visión deportiva de los sucesos históricos. Se puede discutir quién fue el primer hombre que logró llegar a la cima del Monte Everest, el más alto del mundo. Sabemos su nombre y la fecha, bastante reciente. Ese explorador, fuera del valor deportivo de su hazaña, nada descubrió, en nada cambió la mentalidad de su tiempo, no hizo ni podía hacer ninguna revelación que influyera en el destino de la humanidad. Puede que mañana aparezca alguien, con buenas pruebas, diciendo que otro trepamontañas había llegado antes a ese inaccesible pico. Con esto tampoco nada cambiaría, sino una nomenclatura de los registros de hazañas deportivas. Si Leif Ericsson o algún otro llegó antes, sin saberlo y sin darlo a conocer, a aquel nuevo continente, eso no pasa de ser una marca deportiva que en nada puede alterar la significación total del Descubrimiento de América.

Colón no es uno de los personajes más importantes de la historia por haber sido el primero en llegar a una tierra desconocida, sino por haberle revelado al viejo mundo la existencia de otro continente y por haber determinado con ese hecho un inmenso cambio en la mentalidad y el destino de todos los hombres.

Lo que el mundo entero ha de conmemorar en 1992 no es el hecho audaz de que alguien hubiera atravesado el Atlántico por primera vez, sino el inmenso acontecimiento de la incorporación del continente americano a la historia universal, y eso ocurrió con el viaje de las tres carabelas y de ningún modo antes.

Basta hojear a la ligera las reacciones contemporáneas que suscitó el maravilloso hallazgo. Los humanistas, los filósofos, los hombres más cultos de Europa y, desde luego, los reyes y gobernantes experimentaron un cambio radical de visión y de perspectiva. Viejas ideas aceptadas quedaron sin valor, se adquirió una visión global del planeta y de la humanidad, se renovaron viejos sueños sobre el Paraíso Terrenal hallado y sobre la posibilidad de la felicidad de los hombres sobre la tierra, se creó la poderosa corriente del pensamiento utópico que iba a cuestionar todas las formas de vida política y social que habían permanecido, sin objeción, en Europa, y a sembrar la semilla de la Era de

las Revoluciones. Podríamos decir que Colón engendra la *Utopía* de Tomás Moro y ésta, a su vez, engendra la tendencia revisionista y universal del pensamiento humanista y, más tarde, todo el movimiento de ideas de la Ilustración que habrá de desembocar en la Revolución Francesa. Se podría decir, sin exageración, que Colón es el padre de la poderosa utopía revolucionaria que ha marcado tan profundamente nuestro tiempo.

El nuevo mundo no fue sólo el que hallaron los navegantes españoles, sino el planeta entero. Una cosa fue la humanidad antes del Descubrimiento de 1492 y otra cosa después. Todo pareció cambiar, desde la mentalidad hasta el vocabulario y las costumbres. Lo que brotó de aquel gran hecho fue una vasta renovación del género humano. El planeta entero, y no solamente el continente recién hallado, fue, a partir de ese hecho, Nuevo Mundo.

Ese inmenso acontecimiento es el que todos los seres humanos van a celebrar el 12 de octubre de 1992, y de ninguna manera la hazaña deportiva del primer hombre que atravesó el Atlántico.

La América Latina y el pecado original

En el debatido y oscuro problema de la identidad latinoamericana aparece un factor, casi teológico, que es el de la concepción de una especie de pecado original asociado con el nacimiento del Nuevo Mundo. A describirlo con morbosa delectación en todos sus aspectos negativos se dedicó desde el siglo XVI hasta el XIX la llamada Leyenda Negra, que, usada como arma importante en las luchas religiosas y políticas que contra España sostuvieron Inglaterra y Francia, vino a convertirse en una especie de tesis oficial del pensamiento del Siglo de las Luces. Los criollos de los siglos XVIII y XIX, los que hicieron la Independencia y sus inmediatos sucesores tomaron para sí la ideología de los enciclopedistas y los ideales del liberalismo político, pero con ellos recibieron una visión deformada de ese extraordinario proceso que fue la creación de una nueva sociedad en tierra americana por medio de la mezcla fecunda de etnias y culturas provenientes de tres continentes: América, Europa y África.

Mientras el pensamiento latinoamericano no logre definitivamente entender y asimilar en su realidad profunda ese rico fenómeno, del que deriva la formación de la sociedad y la cultura de la América Latina, no podrá sobreponerse a esa poderosa fuerza paralizante que constituye la duda y la polémica sobre la propia identidad.

Lo primero que habría que hacer es un esfuerzo, a fondo y sincero, para explicarse la peculiaridad de lo que aconteció, que no es asimilable sino muy parcialmente a lo que en otros espacios geográficos e históricos se ha llamado conquistas y colonizaciones. Hubo conquis-

ta, con todo lo destructivo y brutal que ese término significa, pero lo que siguió no fue nunca un proceso de colonización comparable al que las potencias europeas desarrollaron en África y en Asia. Lo que ocurrió en América fue diferente y consistió básicamente en un abierto y múltiple proceso de mestizaje cultural. No fue una cultura extraña superpuesta por la sola fuerza sobre una cultura indígena, que subsistió sometida, sino una rápida y total experiencia de sincretismo. Los europeos que vinieron ya no fueron los mismos que habían sido antes, los indígenas tampoco y los negros igualmente. Lo que comenzó al día siguiente fue la mezcla que iba a producir una nueva sociedad de la que todos los latinoamericanos actuales somos consecuencia y parte. Cuando cesó el imperio colonial no resurgió una cultura sometida, con sus religiones, sus lenguas, sus valores, sino una sociedad nueva y distinta que ya no pudo considerarse ni española, ni indígena, ni africana y que continuó con sus bienes culturales adquiridos y creados en el mestizaje, que iban a tener una expresión lingüística: el castellano americano, una religión: la catolicidad criolla, y un solo juego de valores, que fueron básicamente los de Occidente pero con peculiaridades propias que se iban a manifestar en su literatura, en su creación artística y en su morada vital. Si uno observa las grandes figuras históricas del mundo latinoamericano nota de inmediato que representan una realidad cultural propia que ya no es ni española, ni indígena, ni africana, sino latinoamericana. No hay el equivalente del Inca Garcilaso en ninguna experiencia colonial conocida, no hay tampoco el semejante de Bolívar, hombre tan consustanciado, en el pensamiento y en la acción, con lo criollo, ni mucho menos el caso de Benito Juárez, indio puro, jurista de tradición romana, eminente y gran magistrado republicano que nunca se consideró ni ajeno, ni extraño a ninguno de los distintos aportes culturales de que estaba hecha su personalidad. ¿Cómo podríamos asimilar a una veta puramente española, puramente indígena o puramente africana, a un Rubén Darío, a un Neruda, a un Nicolás Guillén, a un Borges, y a toda la excelsa familia de los grandes novelistas que, brotados de ese rico mestizaje, hoy se destacan en el escenario mundial con una originalidad que les viene de la fuerza de su condición cultural, como Asturias, Carpentier, Gallegos, Lezama Lima, Fuentes, Vargas Llosa y García Márquez?

La fuerza de esa literatura y de ese arte, unificadores de las herencias, les viene de ese rico limo nutricio, ya inseparable para siempre, que se formó por la mezcla cultural en el ámbito americano.

La necesidad de reconocer esa realidad es no sólo imperativa y útil, sino imprescindible para podernos entender, para reconciliarnos con nosotros mismos, para dejar de creer que somos lo que no somos y no podremos ser, ni europeos de antes de la experiencia americana, ni indígenas de antes del Descubrimiento, ni africanos indemnes de la dura experiencia histórica que los hizo parte del inmenso proceso de mezcla, readaptaciones y creación.

Nadie puede negar hoy que todos los iberoamericanos formamos evidentemente una extensa y varia comunidad hecha por la historia y por la geografía, que es distinta a todos y cada uno de sus componentes y que por ello mismo tiene una inescapable condición de originalidad. Somos lo que la historia nos ha hecho, más allá de polémicas y de complejos de culpabilidad, somos la herencia viva de cinco siglos de creación histórica que han formado una realidad autónoma y poderosa que es la nuestra y la única de la que podemos partir para avanzar hacia el porvenir que nos está ofrecido. No podemos detenernos y desviarnos en una estéril disputa, casi teológica, sobre el pecado original del que hemos nacido, o en declararnos partidarios de uno de nuestros abuelos contra otros de ellos mismos. Lo que importa es que somos como somos y todo lo que podemos hacer tiene que partir de esa certidumbre.

Sería una mengua que lo mucho que podemos hacer juntos en el siglo XXI se torciera, detuviera o malograra porque no logramos exorcizar definitivamente esos embrujamientos que nos conducen a repudiar nuestro propio origen y nuestra peculiar naturaleza. Con ellos y no contra ellos es como hemos hecho historia válida y como podemos seguirla haciendo.

Esto lo pienso, con profunda convicción, mientras en Caracas se celebra la Sexta Reunión de la Conferencia Iberoamericana para la Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, Encuentro de Dos Mundos. Por lo menos habría que hablar de tres y hasta de cuatro y, finalmente, del mundo entero, que comenzó a ser otro a partir de esa fecha.

Cuándo nos descubrieron

Hace algún tiempo escribí un comentario sobre ese curioso y peculiar estado de ánimo de muchos latinoamericanos con respecto al inicio de su propia historia. El Descubrimiento y la Conquista española del Nuevo Continente y la subsiguiente creación de una nueva sociedad *sui generis* se ha llegado a mirar como un ingrato accidente extraño, objetable en muchos aspectos y que poco tiene que ver con nuestro ser actual. Es una noción que se asemeja en mucho a la que los cristianos han mantenido con respecto al origen de la historia, el de un Pecado Original. Nacemos de un pecado original que no hemos terminado de purgar. Ese pecado, en su forma más simple, está constituido por el sometimiento y ruptura de las culturas indígenas y por la cruenta lucha de dominación que los conquistadores llevaron a cabo, hasta formar una nueva realidad social, política y cultural.

Se llega, a veces, a extremos carentes de todo sentido. Se oye decir y hasta se escribe: «porque los españoles nos descubrieron y nos conquistaron somos así». Es la forma extrema de una proposición ilógica, como si los españoles que llegaron a partir de 1492 fueran cosa ajena y distinta de nosotros y no parte de nosotros biológica y culturalmente, como también lo son los indios y los negros. Pero no los españoles que llegaron, ni los indios que estaban, ni los negros que fueron traídos, sino los que han llegado a su ser actual en cinco siglos de estrecha convivencia y mezcla, hasta crear una nueva realidad humana profundamente original y distinta de lo que separadamente habían sido hasta

el siglo xv los tres protagonistas raciales y culturales antes de comenzar el proceso.

En el más estricto sentido no nos descubrió (a nosotros, los actuales hijos de la América Latina) nadie sino antecesores nuestros como los indios sometidos y los negros esclavizados. De ese proceso, duro y cruento en muchos aspectos, pero inmensamente fecundo y creador, se formó el hecho humano nuevo que representa hoy la América Latina. En bastante menos de un siglo no hubo sino una sola región, una sola lengua de cultura y de creación, una sola condición cultural básica, una sola y misma conciencia de situación y de comunidad y un mismo y solo problema de identidad cultural. Por esa circunstancia excepcional de mezcla cultural y étnica, por la formación de una nueva sociedad y de una nueva realidad humana es que pudieron brotar las grandes figuras tutelares y representativas de la condición latinoamericana, como fueron el Inca Garcilaso, Simón Bolívar, Benito Juárez y Rubén Darío. Toda la historia hispanoamericana estaba viva dentro de cada uno de ellos, espiritualmente se habían nutrido de la herencia directa de los tres actores fundamentales y no hubieran podido ser lo que fueron si les hubiera faltado uno de esos elementos formativos y condicionantes. Por eso no podemos hablar de Descubrimiento y Conquista como de algo externo y ajeno que le acaeció a una América Latina anterior a esos hechos en el momento inicial de la propia formación de su ser histórico. El conquistador y el conquistado, el indígena y el encomendero, el esclavizador y el esclavo están fundidos en el espíritu hereditario. Así hizo la historia a los latinoamericanos y ellos no pueden ser otra cosa, quiéranlo o no, que el producto de ese gran proceso, pugnaz y difícil, que les ha dado su propia e inconfundible fisonomía en el diálogo de las culturas que presencia el mundo de hoy.

Acaso surge el problema por lo próximos y documentados que están los hechos de los orígenes y del proceso del mestizaje cultural. Procesos semejantes han estado en el origen de todas las grandes culturas contemporáneas, sólo que, generalmente, ocurrieron o en la prehistoria o en épocas remotas de la historia que tienden a confundirse con la leyenda y el mito. Griegos y romanos fueron el producto de cruentas invasiones, choques y acomodamientos entre pueblos distintos, invasores e invadidos. La Europa contemporánea es el resultado de una vieja e inmensa mezcla de culturas latinas, germánicas, paganas y judías, que terminaron por fundirse y formar lo que hoy llamamos la

cultura occidental. Resultaría absurdo que un hijo de la Europa de hoy dijera en algún momento: «Cuando los romanos nos conquistaron, o cuando los bárbaros nos invadieron», porque esos hechos determinaron la formación de una nueva realidad cultural y humana que es la que constituye la Europa de hoy. La cultura occidental es el fruto de un inmenso proceso de mestizaje racial y cultural, como lo fue antes la cuenca del Mediterráneo. Con razón el Conde Gobineau, en el siglo pasado, decía refiriéndose a los europeos: «Cien veces mestizos».

La existencia de una comunidad iberoamericana de naciones es un hecho que hoy nadie se atrevería a negar. Es un gran espacio geográfico y humano con características propias que lo diferencian de los otros conjuntos humanos y que lo hacen también diferente de los actores culturales que le dieron origen. Con mucha penetración Bolívar decía: «No somos españoles, no somos indios... constituimos una especie de pequeño género humano». Se ha creado una cultura latinoamericana, con su personalidad propia, que ya no es, ni puede ser, la que los conquistadores españoles trajeron en sus naves, ni la que existía en las naciones indígenas, ni la que aportaron, de la variedad de las culturas africanas, los negros.

Germán Arciniegas ha dicho muchas veces con sobrado sentido que «América es otra cosa». Por ser otra cosa es difícil de entender porque no se la puede reducir a ninguno de los distintos factores culturales que contribuyeron a formarla. Sería una mutilación imposible.

Lo que importa es reconocer la peculiaridad profunda de la condición latinoamericana y para ello hay que comenzar por asimilar todo el pasado sin exclusión alguna, sin cargos de conciencia de pecado original, con plena voluntad de asumir la totalidad de la herencia histórica. Sin ese reconocimiento previo de la propia identidad no será posible encarar el futuro con propósito.

Ni Descubrimiento, ni Encuentro

El eminente historiador mexicano Silvio Zavala, con todo el peso de su gran autoridad sobre la historia americana, acaba de pronunciarse de un modo que me parece definitivo y definitorio sobre el absurdo debate que se ha tratado de plantear para encontrar un nombre adecuado al incomparable hecho histórico que ocurrió hace medio milenio, cuando los europeos llegaron por primera vez al continente que más adelante se iba a llamar América. En un brote de emoción nacionalista, al que se mezclan las influencias de la querella actual del llamado Tercer Mundo contra sus antiguas metrópolis coloniales, algunos notables autores han levantado sus voces para protestar contra el uso de la palabra «Descubrimiento» y para sustituirla por otra que les parece menos polémica, como es «Encuentro».

En su trabajo «Examen del título de la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América», incluido con otros valiosos estudios sobre el tema colonial americano en su reciente libro *Temas Hispanoamericanos en su Quinto Centenario* (México, Porrúa, 1986), Zavala, con magistral conocimiento y objetividad, restituye las cosas a su verdadera condición. Sobre esto, yo, por mi parte, quisiera decir algunas cosas. Descubrimiento hubo, ciertamente, también hubo muchas formas de encuentro, desde los de combate, hasta los de cohabitación y mezcla. No ha sido fácil determinar la verdadera naturaleza del complejo fenómeno. Muchas reacciones sentimentales, el ruidoso choque secular entre las retóricas de la Independencia con las de colonialistas y conservadores, que le dieron el carácter de lucha política, las defor-

maciones flagrantes de la historia americana por los enciclopedistas del siglo XVIII, toda la visión de la Leyenda Negra que llegaba revestida de la aureola del pensamiento más avanzado de Europa, contribuyeron en muchas maneras a deformar, falsificar y oscurecer el tri-secular proceso que se inició el 12 de octubre de 1492.

Para los europeos fue evidentemente un Descubrimiento que les presentó una nueva dimensión del planeta y de la concepción del hombre. Para los indígenas, de quienes nos han quedado menos testimonios, lo fue igualmente en el sentido de ponerse en contacto con hombres distintos, que representaban una cultura nunca antes conocida.

La palabra Nuevo Mundo, que empezó a usarse muy pronto, desde los escritos de Pedro Mártir de Anglería y de Vespucio, tuvo desde sus orígenes y conservó tenazmente el significado de novedad geográfica, eran las islas y las tierras «novamente trovate». Esa sensación de *novedad* persiste por mucho tiempo para los europeos, desde Colón hasta Humboldt predomina la descripción de una geografía y una naturaleza que eran impresionantemente distintas a las de Europa, a la que se añadía la de unos seres humanos que nada habían tenido que ver con la humanidad histórica que habían conocido desde siempre los hijos de Europa. Era, desde luego, una vista desde afuera.

Los españoles y otros europeos que más tarde se establecieron en América agotaron bien pronto la sensación de novedad. Con la presencia del indígena y del negro comenzó una nueva vida y una realidad diferente. Tan diferente que, muy poco tiempo después de la llegada a América, los nacidos en la nueva tierra se sentían distintos y hasta hostiles a los recién llegados de la península. Con la llegada de los españoles se había iniciado un descomunal proceso de mestizaje que abarcó todas las formas de vida, desde el alimento hasta las instituciones, desde la religión hasta el habla, desde la estructura social hasta la relación con el espacio y el tiempo. La verdad, que todavía nos cuenta trabajo ver con toda claridad, es que se había iniciado un hecho humano nuevo.

Nunca fue un mero encuentro prolongado, en el que los protagonistas mantienen sus identidades, como fue el caso en las colonizaciones europeas en África y en Asia, en las que la cultura invasora y la nativa, a pesar de la convivencia forzada, mantuvieron sus vigencias propias. Cuando los ingleses se retiraron de la India, quedó la vieja

India milenaria, con su espíritu, sus dioses y su filosofía de la vida. Cuando terminó la presencia imperial española y portuguesa en la América Latina no resurgió el mundo indígena con sus lenguas, sus religiones y sus costumbres, sino que continuó desarrollándose aquella inmensa realidad de mestizaje que había formado una sola lengua, una sola religión y una sola cultura fundamental.

El hecho americano, al menos el de la América Latina, no fue el hallazgo de un Nuevo Mundo por los europeos, ni tampoco el encuentro limitado de dos mundos, el viejo y el nuevo, sino la creación de un Nuevo Mundo, que fue profundamente diferente de los dos que le dieron origen.

El gran hecho, que la humanidad entera debe conmemorar el próximo 12 de octubre de 1992, no puede ser la llegada de los europeos a un territorio desconocido, ni menos aún el comienzo de una larga etapa de colonización, que de todo esto hubo, sino sobre todo y fundamentalmente el nacimiento de un mundo nuevo, distinto de sus progenitores, con una presencia original y un papel propio en la historia de la humanidad.

Lo que la comunidad ecuménica tiene que celebrar no es un mero descubrimiento, ni un prolongado y fructífero encuentro, sino la creación insólita y original del Nuevo Mundo, que es un hecho que ha cambiado y seguirá, cada día más, cambiando la historia universal.

Descubriendo el Nuevo Mundo

A medida que se acerca el Quinto Centenario del 12 de octubre de 1492, el interés mundial por entender lo que en esa hora privilegiada de la historia ocurrió, o comenzó a ocurrir, se expande de un modo incontenible. Crece la curiosidad y con ella la noción de las grandes fallas de conocimiento que desde su origen han acompañado al gran suceso y también, desde luego, las polémicas inagotables en torno a su verdadera significación, si es que alguna vez pudo tener una sola.

En estos mismos días se han abierto en Nueva York dos importantes exposiciones muy significativas. Una en la famosa «Biblioteca Pierpont Morgan», aquel increíble tesoro de pirata de obras de arte, libros y manuscritos que reunió en su adquisitiva vida el famoso banquero del siglo pasado, la otra en la sede de la IBM, una gigantesca empresa de memorias electrónicas que representa lo más moderno y avanzado en el campo de la computación y las comunicaciones.

La de la Biblioteca Morgan exhibe el manuscrito con doscientas acuarelas de plantas, animales e indios, principalmente del Caribe y de la costa centroamericana, que lleva por título, en francés, *Histoire Naturelle des Indes* y que se conoce como el *Manuscrito Drake* por haber estado asociado con las hazañas del célebre navegante y corsario del siglo xvi a quien Lope de Vega tomó como tema de su largo poema *La Dragontea.*

Son imágenes, no poco ingenuas y torpes, como las de la mayoría de las representaciones pictóricas europeas de la América del siglo xvi. No vinieron artistas calificados al nuevo continente durante esos pri-

meros tiempos del conocimiento y mucho de lo que circuló en Europa fue obra imaginativa, fundada en descripciones escritas o en recuerdos de viajeros, como las de De Vries, en las que los indios aparecen como los protagonistas de un «ballet» para la Corte de Luis XIV.

La obra exhibición, *Encountering the New World. 1493-1800,* reúne dibujos y documentos que van desde una reproducción contemporánea del gran texto básico que fue la Carta de Colón, de 1493, a los Reyes Católicos, dándoles las primeras noticias de su viaje, hasta documentos y mapas del siglo XVIII.

Esto pone de manifiesto el interés creciente por conocer y comprender el gran hecho, tan deformado, mal interpretado y superficialmente visto hasta nuestros días.

El hecho cierto es que el Viejo Mundo tuvo en 1493 la insólita noticia de que se había hallado un mundo desconocido que, al principio, se creyó que formaba parte del continente asiático pero que, en breves años, se supo que formaba una inmensa masa continental separada por descomunales océanos de la gran masa terrestre formada por los tres viejos continentes: Europa, Asia y África.

Desde el primer momento el vacío de información se colmó con imaginaciones, suposiciones y extrapolaciones de la vieja geografía e historia. En todos los sentidos de la antigua palabra latina, el Viejo Mundo inventó el Nuevo. Sobre la base de las descripciones escritas y verbales de los exploradores y bajo la guía de los más arraigados mitos de la cultura greco-romana y bíblica se formó una sobrerrealidad.

En alguna ocasión, antes de 1992, habrá que hacer una gran presentación visual y documental del proceso físico y mental de creación del Nuevo Mundo. Cómo lentamente fue emergiendo un conjunto de imágenes, continuamente rectificadas, que sigue abierto y en proceso hasta nuestro días.

No me cansaré de insistir en que lo que ocurrió en 1492 no fue el descubrimiento físico de un Nuevo Mundo, ni tampoco tan sólo un fortuito encuentro de culturas, sino el inicio de la creación de un gran proceso histórico que afectó a toda la humanidad y que resultó en la formación de un Nuevo Mundo, distinto de los otros que concurrieron a formarlo, con la interacción de indígenas, europeos y africanos, para producir una nueva realidad humana dentro de la cultura occidental.

Sólo así podremos entender qué es lo que ha sido, desde su origen, el gran proceso de mestizaje abierto y creador que hubo que llamar, desde el primer momento, el Nuevo Mundo.

Todo comenzó en 1492, pero no terminó en los siglos de dominación colonial europea, ni tampoco en los posteriores. Es evidente que, todavía hoy, seguimos descubriendo el Nuevo Mundo.

El rey negro

Podemos fácilmente visualizar una Epifanía del Nuevo Mundo, en la que concurren, al igual que en la muy antigua y reverenciada del rito cristiano, tres personajes fundamentales que le van a dar desde el inicio su carácter único de universalidad. Los aborígenes americanos, los blancos, representados principalmente por los españoles, y los negros africanos. Desde la Edad Media, y sobre todo en el Renacimiento, los pintores tomaron y retomaron en mil formas el gran tema de la Adoración de los Reyes Magos, Melchor, Baltasar y Gaspar, venidos del Este según la leyenda, un rey de Arabia, un rey de Persia y un rey de la India, con sus dones de oro, incienso y mirra. Desde el Evangelio de San Mateo la tradición se extendió y amplió. Mateo los llama simplemente «magos», que es lo mismo que sabios, más tarde les dieron nombre y les atribuyeron jerarquía de reyes.

En ninguna parte fue tan visible y real la presencia de esas tres figuras arquetípicas y simbólicas que en la creación del Nuevo Mundo. Del rey blanco que vino al Nuevo Continente sabemos mucho. Prácticamente toda la historiografía fue obra suya y lo más esencial de la estructura cultural: lengua, religión, instituciones. El rey indio ya estaba allí desde la más antigua prehistoria, y el que llegó de último fue Gaspar, el negro.

Llegó de último pero con una presencia multitudinaria que se extendió a todo el continente y con una influencia cultural inmensa y todavía no bien conocida. En el gran proceso del mestizaje cultural, que es la característica fundamental del Nuevo Mundo, su contribu-

ción es de una inagotable variedad: usos, costumbres, alimentación, cantos, ritmos, consejas, tradiciones, actitudes mentales, formas de religiosidad, nociones de sociabilidad y de espiritualidad. El fenómeno cultural americano en toda su extensión sería inmensamente diferente sin la poderosa presencia del negro.

Fue, sin embargo, una presencia involuntaria y fortuita. Ni la geografía ni la historia determinaban ese encuentro. Nunca hubieran venido los africanos por su propia cuenta al Nuevo Mundo, fue la esclavitud, desde el siglo XVI hasta el XIX, la que, contra todas las determinantes geográficas y culturales, trajo los hijos del África negra hasta la nueva tierra del otro lado del océano. Numéricamente fue una inmigración muy cuantiosa, desde luego infinitamente mayor que la de los europeos y la más importante en número, si no equivalente, después de los indígenas. Se ha determinado que el número de negros que fueron traídos a la fuerza al continente americano, particularmente a la costa atlántica, oscila entre 15 y 9 millones de individuos. No todos los que eran sacados de África llegaban vivos. Las condiciones atroces de alimentación y alojamiento en los barcos negreros hacían perecer cerca de dos de cada diez esclavos. Las cifras obtenidas por los estudios más serios fijan la cifra de los extraídos de África en esos casi cuatro siglos en más de doce millones de individuos y la de los que llegaron vivos en alrededor de once millones. Si la mortalidad fue alta, la reproducción fue grande. Estaba en el interés de los esclavistas que hubiera muchos hijos. Para principios del siglo XIX debían constituir, antes de las grandes migraciones europeas que se desataron entonces, más de la tercera parte de la población total del Nuevo Continente, desde el Brasil hasta Virginia, con grandes concentraciones en las islas y costas del Caribe y con algunas prolongaciones hacia la ribera del Pacífico.

No fueron solamente mano de obra, lo que dado su número tenía que marcar su influencia en la mentalidad colectiva, sino que, además, por serles asignado el servicio doméstico, estuvieron durante siglos transmitiendo su acervo cultural africano a las mujeres y los niños en las casas coloniales, con lo que dispusieron ampliamente del más poderoso instrumento de penetración cultural.

No se dispone de estudios globales sobre la presencia y la influencia del negro en el continente americano. En la música y las danzas, desde la chacona antigua hasta el jazz y el rock de nuestros días, desde

la alimentación hasta las costumbres, desde el sentido mágico hasta la actividad vital. Para cualquiera que haya tenido suficientemente la experiencia de la realidad cultural americana, sin excluir el Norte, la contribución múltiple del negro es inocultable en el lenguaje, en los proverbios, en el sentido de la familia y en el folklore.

La codicia criminal del tráfico negrero fue la causa única de ese inmenso fenómeno de transculturación. Ha podido no ocurrir, si en lugar de la economía de plantación hubiera prevalecido la del granjero transplantado que hubo en las colonias del Norte, y la historia del Nuevo Mundo hubiera sido distinta en muchos aspectos fundamentales. «Yo también soy América», exclamó el poeta negro de los Estados Unidos Lanston Hughes. Tal vez era necesario afirmarlo en sus días, pero posteriormente, y mucho más en toda la América Latina, ésa ha sido la realidad existente.

Para la Epifanía del Nuevo Mundo se requirieron los Tres Reyes Magos. Todavía nos falta mucho para reconocer plenamente la presencia y la contribución del rey negro.

Las maravillas del mundo

Por milenios el mundo estuvo lleno de maravillas. Las maravillas siempre estaban en otra parte pero nadie dudaba de ellas. Resucitar muertos, volar por el aire como un pájaro, topar con sirenas, centauros y amazonas, beber en fuentes de leche, de miel y de vino, encontrar la tumba de Adán, la cruz de Cristo, el lugar donde nunca se envejece o el sabio que sabe toda la sabiduría del mundo y tiene respuestas para todas las preguntas. Algunos navegantes decían haberlas visto y muchos poetas se pusieron a describirlas con las más convincentes palabras. El testimonio de los viajeros fabulosos era inagotable, desde el de Ulises en la *Odisea*, el de Simbad en *Las mil y una noches*, y el de Marco Polo sobre el Lejano Oriente. Ninguno de ellos tuvo la repercusión y la difusión de un manuscrito que comenzó a circular por Europa en la segunda mitad del siglo XIV y que refería los viajes de Sir John de Mandeville por toda la redondez de la tierra. Poco se sabe del autor pero su obra fue leída glotonamente por el escaso e influyente círculo de los que sabían leer en aquellos tiempos. Tan pronto llegó la imprenta lo divulgó en lenguas vulgares, particularmente en dialecto franco-normando, y fue, sin duda, uno de los primeros *best sellers* que el mundo haya conocido.

Poco se sabe del autor más allá de lo que él mismo dice en su libro. Era inglés y a los 24 años de edad emprendió un interminable viaje a través de toda la tierra que lo llevó desde Inglaterra hasta las riberas orientales de Asia, durante treinta y cinco años. A su vuelta, en 1356, compuso la obra. Se ha llegado a dudar si Mandeville realizó

algún viaje y hoy se piensa que su libro es una selección de viejos relatos, con muchas añadiduras e imaginaciones del propio Mandeville, que siempre parece referirse a un solo y único viajero al que denomina vagamente «el hombre».

Cosas sorprendentes para su tiempo decía el libro, que comenzaba por afirmar no sólo que la tierra era redonda sino que se podía ir de un extremo al otro, desde Europa hasta las orillas del mar océano, atravesando los más extraños países y tropezando continuamente con los prodigios más increíbles, hasta llegar a las regiones donde habitaban los antípodas. Era una cosmografía, una historia universal y una novela de aventuras prodigiosas que llevan al autor desde Tierra Santa y el Imperio Bizantino, desde los reinos de los etíopes, de los tártaros, hasta los súbditos del Preste Juan de las Indias y los innumerables vasallos del Gran Kan de Catay, para concluir al borde del Pacífico.

En varias ocasiones afirma la posibilidad de darle la vuelta al mundo. En el texto de una vieja traducción castellana explica con impresionante simplicidad la posibilidad del inmenso viaje:

> Porque vos digo por cosa cierta que el hombre podría rodear alderredor toda la tierra y redondez del mundo, así de alto como de baxo y tornarse a su tierra.
>
> E de aquí se concluye que sea posible que el hombre pueda rodear la tierra toda del mundo pero acertar a tornar a su tierra es cosa de ventura, porque la tierra tiene de grandeza de alto abaxo y en derredor treinta mil millas o más...

En la larga peregrinación de años describe los grandes dominios del Emperador de Persia, del Sultán de Babilonia, del Preste Juan de las Indias, que era un príncipe cristiano, y del más poderoso de todos, el Gran Kan de Catay. Va a llegar muy cerca del Paraíso Terrenal, de donde brotan los cuatro grandes ríos, del lugar donde están las tribus perdidas de Israel, de ciudades innumerables de una magnitud que sobrepasa todo lo que conocían los europeos, de palacios tan grandes como ciudades, de innumerables ejércitos y de extrañas religiones, del reino de las Amazonas, de un país poblado de demonios, de hombres con un solo inmenso pie o con la boca, la nariz y los ojos en el pecho, gigantes de treinta pies y pigmeos minúsculos.

Los escasos y crédulos lectores del final de la Edad Media leyeron con fruición aquellas descripciones inauditas, muy pronto se le llamó el *Libro de las maravillas del mundo* y no sólo encendió las imaginaciones y la curiosidad sino la ambición de muchos hombres.

Cristóbal Colón, según el testimonio de su hijo Hernando, lo leyó y anotó con cuidado. Su visión del mundo no es otra que la que le transmite Mandeville. Su afirmación fundamental de la posibilidad de atravesar el océano reproduce en mucho las afirmaciones del imaginativo viajero y da por buenas las más de las informaciones que contiene. Se puede decir que el *Libro de las maravillas* fue el *bedeker* de Colón. Lo que se proponía hallar era, en gran parte, lo que Mandeville refería. Iba en busca de las tierras del Preste Juan de las Indias y del Gran Kan; cuando llegó a las Antillas creyó estar en la costa de Asia y llamó a los seres que allí halló «indios» porque creyó que eran vasallos del Preste Juan. Cuando se acercó a las bocas del Orinoco creyó que aquél debía ser uno de los cuatro ríos que brotan del Jardín del Edén y entendió que la isla de Santo Domingo no era otra cosa que el Cipango fabuloso del Gran Kan.

Con la guía alucinante de Mandeville los conquistadores recorrieron inmensas extensiones en busca del Río de las Amazonas, de la Fuente de la Eterna Juventud, de los hombres unípedos y de los gigantes.

Las maravillas que hallaron no las veían sino como el anuncio de las del libro alucinógeno que estaban por hallar. Más que lo que veían, con todo lo de nuevo y asombroso que tenía, influía en ellos lo que creían ver de acuerdo con las descripciones de Mandeville.

Habría que releer la historia de la Conquista de América con el libro del inglés en la mano para comprender mejor el sentido mágico de aquella búsqueda y de la dificultad de entender lo que hallaron.

Las cosas de Indias

Acaba de aparecer en Madrid una edición facsimilar, limitada y numerada de ese gran libro de revelaciones que es la *Historia Natural y Moral de las Indias*, que el jesuita Joseph de Acosta escribió en la segunda mitad del siglo XVI, como fruto de su larga y penetrante curiosidad por todas las novedades que ofrecía el Nuevo Continente a los ojos de los europeos. Esta edición reproduce, con mucho esmero y buen gusto, la sexta edición que apareció en 1792, casi un siglo después de la primera.

Es un hermoso libro en todos los sentidos, por el encanto de su tipografía vetusta y por la viva emoción de asombro y perplejidad que trasciende de sus páginas.

Eso que el autor llama

> las cosas notables del Cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas; y los ritos, ceremonias, leyes, gobiernos y guerras de los indios,

es el reflejo vivo de la inmensa impresión de novedad y de perplejidad que el hecho americano produjo en la inteligencia europea. Aquellos hombres nunca antes conocidos, aquellas sociedades extrañas, los minerales, plantas y animales insólitos para los cuales no tenían ni siquiera nombre, despertaron muchas dudas y curiosidades fecundas. La ciencia clásica resultaba inadecuada para explicar los imprevistos hallazgos. Se abría así un largo período de revisión y crítica del que iban

a salir más tarde las grandes novedades intelectuales de toda la grandiosa renovación del pensamiento y la ciencia que comienza con el Renacimiento.

El Descubrimiento no fue el mero hallazgo de gentes y tierras desconocidas para Occidente, sino la perentoria necesidad de revisar las ideas y las nociones que se habían tenido por verdades absolutas por más de veinte siglos. El conjunto de las ideas y de las concepciones recibidas tuvo que entrar en un rápido e inagotable proceso de revisión y de duda. Como un mentís a las seguras nociones de la cosmografía había antípodas, era habitable la Zona Tórrida, había otros seres humanos, totalmente diferentes en usos, organización y creencias a todos los que había conocido la historia.

Aquel cuadro de la naturaleza, que parecía tan completo y doméstico desde Plinio y las *Geórgicas*, estallaba y se deshacía hasta hacerse irreconocible. Leyendo el libro venerable se revive el pasmo y el desconcierto que replantearon dudas y abrieron la ruta para las nuevas explicaciones de las que iba a brotar la ciencia moderna.

Hay momentos en que, tímidamente pero con sinceridad, se llega a plantear las cuestiones que van a lanzar la mente occidental en busca de nuevas respuestas:

> Mayor dificultad hace averiguar qué principio tuvieron diversos animales que se hallan en Indias y no se hallan en el mundo de acá. Porque si allá los produjo el Criador, no hay para qué recurrir al Arca de Noé, ni aun hubiera para qué salvar entonces todas las especies de aves y animales si habían de crearse después de nuevo; ni tampoco parece que con la creación de los seis días dejara Dios el mundo acabado y perfecto, si restaban nuevas especies de animales por formar, mayormente animales perfectos y de no menor excelencia que esos otros conocidos.

De esas preguntas nació la nueva ciencia experimental que iba a transformar el conocimiento de todas las cosas. Está planteada allí la cuestión fundamental de la que iba a surgir, tres siglos más tarde, la respuesta de Darwin, como también las nociones básicas sobre la condición del hombre en sociedad que el pensamiento crítico de los tiempos siguientes iba a convertir en cuestionamiento de la sociedad y en proyectos de transformación que iban a nutrir todo el pensamiento revolucionario de nuestro tiempo.

Las consecuencias ideológicas y científicas de las que iba a formarse la modernidad tienen su origen en esas y otras observaciones que los primeros estudiosos del Nuevo Mundo, particularmente frailes misioneros, formularon con penetrante curiosidad. Pertenece a la historia de las ideas y de la cultura explicar por qué no se pudo ir más allá de ese punto de partida en España y que el gran desarrollo de la moderna ciencia tuviera su escenario en otros países.

Todas estas cosas suscita la lectura actual del viejo libro que contiene en potencia tan inmensos desarrollos intelectuales, lo que no es poca gloria para el Padre Acosta.

El Tercer Imperio Americano

En una rápida secuencia de no más de catorce años (1519-1533), los conquistadores españoles descubrieron y sojuzgaron los dos grandes imperios indígenas de México y del Perú. La magnitud y riqueza de lo conquistado deslumbró a Europa. Grandes civilizaciones, imponentes ciudades como Tenochtitlán y Cuzco, tesoros inimaginables y sólidas estructuras políticas y sociales, desataron la imaginación de los hombres del Viejo Mundo. Todo parecía posible en aquellas tierras desconocidas y, sobre todo, seguir hallando, sin término, nuevas riquezas, cada vez mayores y más abundantes, hasta rematar en el gran mito de El Dorado, que iba a ser finalmente la capital de la más grande concentración de riqueza, en metales y piedras preciosas, que se pudiera concebir. Todo allí debía ser de oro, desde el rey cubierto de polvo de oro hasta los edificios de oro macizo y las piedras preciosas con las que jugaban los niños como si fueran guijarros.

La dimensión definitiva de este soñado Tercer Imperio Americano la reveló uno de los grandes personajes del Renacimiento de Inglaterra, sir Walter Raleigh, en un libro publicado en 1596, que pronto se difundió entre los humanistas de la época bajo el título prometedor de *El descubrimiento del grande, rico y bello Imperio de Guayana.*

Nunca antes se había llevado al conocimiento del lector ilustrado una obra con tanta autoridad aparente sobre un sueño tan fabuloso. La impresión y las resonancias fueron enormes. Raleigh le revelaba a la Europa del Renacimiento la existencia de El Dorado y, lo que es más aún, su situación geográfica, sus vías de acceso y sus maravillosas

realidades. Lo decía con la autoridad de un testigo fidedigno. El Dorado, el que se había buscado en el altiplano de Bogotá y a lo largo del Amazonas, estaba en la selva, al sur del Orinoco, en la margen de un gran lago llamado Parima, y la resplandeciente ciudad se llamaba Manoa.

Raleigh, que era una magnífica mezcla de cortesano, poeta, navegante, aventurero e historiador, que escribía tan buena prosa y tan buena poesía que llegó a ser amigo y contertulio de Shakespeare, de Marlowe, de Spencer y de Ben Jonson, que había hecho una tentativa de asentamiento en la costa de la América del Norte, a lo que cortesanamente llamó Virginia, se lanzó en 1595 a descubrir y conquistar el más prodigioso de los imperios americanos, el de Guayana.

Llegó a Trinidad, hizo preso al gobernador español Don Antonio de Berrío, recabó informaciones y se internó Orinoco arriba, en busca de Manoa. Él supo, sin posible duda, que el riquísimo imperio de Guayana tenía por soberano a un descendiente de Huayna Capac, que era un Perú todavía más lleno de tesoros y prodigios que el que había hallazgo Pizarro y que se podía llegar hasta él, con muchas dificultades y oposición, por alguno de los afluentes que desembocan en la margen derecha del Orinoco, cerca de la confluencia del Caroní.

En el libro recoge con impresionante convicción todos los detalles de la fábula alucinante. Describe los palacios, las joyas, las costumbres y recoge las imágenes reales y falsas de una naturaleza desconocida, desde los grandes lagartos de agua, desde los armadillos y tortugas de tierra, hasta las Amazonas y los hombres sin cabeza que tenían los ojos, la boca y las narices en el pecho. Lo que despierta el interés de Raleigh es que este imperio incomparable, el más rico de América, está sin conquistar y que la reina Isabel de Inglaterra puede y debe hacerlo, para ser Señora

> de más bellas Provincias, de más oro y de más ciudades y gente que el Rey de España o el Gran Turco.

A poco de regresar a Londres publica el libro, que rápidamente se divulga entre la gente culta. El Dorado entra en la imaginación europea y, todavía en el siglo XVIII, Voltaire envía a Candide al país descrito por Raleigh.

Para los que le habían patrocinado, la empresa resultó un fracaso. Se hicieron recriminaciones al brillante aventurero y, finalmente, fue reducido a prisión por años en la Torre de Londres. Al fin, en 1616, como un obsesionado, ya viejo, seguido por algunos de sus antiguos compañeros y por su hijo Walter, que va a perecer en la expedición, vuelve en busca de Guayana. Esta vez el fracaso es completo y lo que le aguarda a la vuelta es la prisión de nuevo y el hacha del verdugo en 1618.

Este extraordinario libro ha permanecido hasta hoy sin ser publicado en español. Hay muchas razones para explicar que no se pudiera hacer en aquellos tiempos, pero no hay ninguna para justificar que esta situación se haya mantenido hasta hoy. El científico venezolano Antonio Requena hizo una excelente traducción hace cuarenta años, que ha venido a ser publicada ahora, cuatro siglos después de la aparición original de la obra, gracias al empeño de un hombre enamorado del Orinoco, Juvenal Herrera, y al patrocinio de la línea aérea Avensa. (Ediciones Juvenal Herrera, Caracas, 1986.)

Leerlo ahora es trasladarse en espíritu al mundo del siglo XVI. Un mundo más bello, más imaginativo, más poético y libre que este que el progreso nos ha fabricado. Nos damos cuenta que es mucho lo que hemos ganado desde entonces, pero también es mucho lo que hemos perdido.

Meditación de Santo Domingo

Allí comenzó todo el proceso de creación del Nuevo Mundo. Allí están las huellas imborrables y las piedras matrices de donde surgió una nueva sociedad y un nuevo ámbito cultural, allí está el molde, el ambiente y el testimonio en piedras viejas que iban a conformar toda la experiencia humana de la América española. Es lo que no puede menos que sentir cualquier hispanoamericano dotado de alguna sensibilidad para la historia y para la condición del propio ser, cuando se asoma al antiguo núcleo de Santo Domingo. Allí se dieron las normas de la experiencia y las condiciones del nuevo establecimiento, con su impresionante originalidad de cosa distinta de quienes la crearon y de sus intenciones.

Allí se conformó la base de toda la inmensa experiencia todavía abierta del vasto proceso de mestizaje cultural que ha caracterizado por siglos y seguirá caracterizando sin término a la América Hispana.

Allí está la bella y conmovedora catedral, barco de piedra arrojado por un huracán de la historia desde una playa de Europa a la costa del Caribe. Los hombres que llegaron con Colón traían su Edad Media a cuestas, su inicio del Renacimiento, su herencia árabe, y las plantaron, como para la eternidad, en aquel edificio único. Las altas naves góticas, el atrio plateresco, las reminiscencias mudéjares, fueron un espléndido anacronismo creador. Era ponerle el sello de piedra de la cristiandad al destino de un mundo desconocido. Allí está también el trazado rectilíneo en cuadras y solares de la antigua urbe. Allí están las viejas casas con sus portadas de piedra, sus arcos de ladrillo y sus patios de

sombra que iban a surgir a todo lo largo de la nueva geografía. De allí brota la forma, la manera y las características del poblamiento a la española porque, también, de allí parten por medio siglo todas las expediciones que van a descubrir y a poblar. Sin exagerar la metáfora, era la plataforma de lanzamiento para la conquista del nuevo espacio. De allí sale Colón repetidas veces a recorrer el nuevo mar, sus islas y sus costas; de allí parte Ojeda a reconocer la ribera de la Tierra Firme; de allí parten: Ponce de León hacia La Florida, Velázquez hacia Cuba, Balboa hacia el istmo y la visión del Pacífico, y Cortés se aquilata y madura para la conquista de México. Toda la América Hispana salió de ese embrión. Allí se forjaron las primeras formas de relación con el indio, se inventa la Encomienda, allí se dan cuenta de que no se pueden trasladar simplemente los sistemas de producción europeos y llega el africano. Se hacen presentes los tres *dramatis personae* y se plantea el gran drama creador que todavía no ha concluido. Comienza la busca del oro y la experiencia del cultivo de la caña, y se echan las bases permanentes de la nueva sociedad que se iba a extender por toda la masa continental.

También allí se oye el preludio de los grandes conflictos culturales, sociales y radicales que iban a condicionar una historia de cinco siglos. Diecinueve años después de la llegada del Almirante se alza la voz de Fray Antón de Montesinos para acusar a los encomenderos de los crímenes que cometen con el indio y para amenazarlos con el Infierno por la eternidad. Era la primera y magnífica flor del árbol de Justicia que se había sembrado. Después vendrían Oviedo y el Padre Las Casas a poner las bases de un mayorazgo intelectual y moral del que todavía somos herederos.

Debo a Don Joaquín Balaguer, el Presidente de la República Dominicana, la ocasión de haber hecho esta entrañable visita a la fuente y a la raíz de nuestro ser hispanoamericano. Me invitó a hablar en el Palacio Nacional ante una nutrida audiencia de gente representativa. Quiso hacer mi presentación con afectuosas palabras a las que añadía una resonancia especial su sobria e imponente ceguedad. Le agradezco la insigne ocasión.

Lo que allí dije no podía ser otra cosa que el reiterado reconocimiento de nuestra vieja y desesperada búsqueda de identidad. No en vano estaba en la tierra de Pedro Henríquez Ureña.

La inminente proximidad del Quinto Centenario del 12 de octubre ha servido, entre otras muchas cosas, para poner dolorosamente de manifiesto la inmensa y grave falta de comprensión que los hijos de esta América tenemos para con nuestro origen y nuestro propio ser. Es muy significativa la casi metafísica disputa por los nombres. Descubrimiento o encuentro, exaltación o repudio, gloria o vergüenza, como si pudiéramos dividir la historia y quedarnos con sólo una parte de ella y repudiar el resto. De una manera casi patológica queremos despojarnos de alguno de nuestros abuelos para exaltar a otro, como si nos avergonzara reconocer el hecho evidente de que el Nuevo Mundo ha sido el escenario y el producto de un poderoso, trágico y múltiple proceso de mestizaje cultural del que no podemos ignorar ni menos suprimir ninguno de los grandes actores, sin condenarnos a una mutilación irreparable. El proceso que se inicia el 12 de octubre de 1492, que tiene su punto de partida y su primer modelo en Santo Domingo, es el que ha producido este Nuevo Mundo y el que le da su propia característica ante el resto del planeta; repudiarlo o desconocerlo es volverse de espaldas a la fuente de donde brota la identidad y la originalidad de la América Latina.

Mientras no logremos asimilar nuestro pasado, mientras no hagamos el gran esfuerzo de reconciliarnos con nosotros mismos, seguiremos detenidos y torpes sin poder llevar adelante las grandes empresas de integración que ese mismo pasado nos ofrece en el mundo de hoy.

Hace quinientos años se inició un inmenso proceso de mestizaje cultural, de compenetración de razas y culturas distintas en un nuevo escenario natural, que es lo que le da autenticidad a la América Latina y de donde tiene que partir la afirmación genuina de su personalidad. Bolívar decía: «Somos un pequeño género humano». Con ese «pequeño género humano», entero y sin mutilaciones, es como podemos aspirar a jugar algún papel en el escenario mundial.

La América del agua

No puede un criollo llegar a las cataratas del Río Iguazú sin sentir el avasallante impacto de su condición telúrica. Cuando Keyserling, hace medio siglo, se asomó al insólito teatro del paisaje del Río de Janeiro, aquel europeo nórdico y filosófico no halló otra manera de expresar su impresión que diciendo que aquél era el Continente del Tercer Día de la Creación. Mucho quería decir con esa metáfora. No que se hallaba ante un mundo del pasado sino de uno en plena faena de creación, a mitad de camino de su definitivo enfriamiento estable.

La inmensa e incomparable masa de selvas, ríos, cumbres, cordilleras, volcanes, llanuras, farallones, terremotos, huracanes, inundaciones, fue el rasgo dominante y más visible de la nueva tierra. No sabemos lo que pudieron sentir los primeros mongoloides que la recorrieron y conocieron en millares de años. Grande debió ser el temor y lento el avance y penetración. Para el final de su aislada historia, en el siglo xv de Occidente, los indígenas americanos habían aprendido a respetar y someterse a la desmesurada y animada naturaleza que los rodeaba. En una actitud de fatalidad sumisión. De la impresión de los europeos sabemos mucho más. Basta leer los primeros cronistas y las cartas de relación de los conquistadores para topar a cada instante con aquella actitud angustiada de asombro ante las magnitudes y violencias de la asombrosa naturaleza. La naturaleza no era un paisaje, ni una circunstancia, sino un personaje de primer plano en el drama de al vida humana. Lo que se escribió casi se reduce a corografía, descripción del paisaje y de sus insólitas características.

Durante el período colonial el hispanoamericano vive a la defensiva frente a la naturaleza como antagonista. Los relatos de las expediciones en busca de riquezas no son sino un reiterado testimonio de la lucha contra una naturaleza temible y desmesurada. Cuando comienza a haber una literatura hispanoamericana, su rasgo principal es la descripción de la naturaleza, la naturaleza como personaje principal del drama humano. Cuando, ya a fines del siglo XIX, Menéndez Pelayo hace el insólito gesto de escribir una historia y antología de la literatura hispanoamericana, señala como rasgo esencial la presencia dominante del paisaje y de la naturaleza.

Cuando uno se acerca y comienza a vislumbrar las cataratas del Iguazú, su inmensa cortina de agua, sus caprichosos saltos, su fumarola de vapor de agua, que alza su nube inagotable y aquel profundo trueno sordo que parece venir del fondo de la tierra, experimenta el mismo asombroso pánico de los primeros que la vieron y la describieron.

El lento y ancho Iguazú se abre en una espaciosa curva hasta asomarse al abismo de basalto en el que se precipita en inmensos chorros que se funden en un fondo informe de espuma y de turbulencia líquida.

Todos los que lo miran entran como en un asombro quieto, en un alelamiento letárgico que no les deja, sumidos en la humedad vaporosa y el estruendo, sino la repetición de las más banales expresiones. ¿Qué se anuda allí en aquel gran nudo de agua? La inmensa vitalidad húmeda de la masa continental parece fluir final y primigenia en esos grandes encuentros fatales y vivientes. Son las mismas aguas que hacen el tejido telúrico del Magdalena, el Orinoco, el Amazonas y todas las incontables corrientes que brotan de los senos de las cordilleras para acercarse y fundirse como en un destino inexorable que los lleva a unir y a integrar la inabarcable extensión. En muchos sentidos es la suma y la expresión final y suprema de la vida de la masa continental. Todos los árboles, todos los bosques, todas las fuentes, toda la cuenta de las gotas que unen a la planta, al animal y a la tierra están en esos grandes nudos clamorosos y espectaculares, como el pulso de la sangre en el hombre.

Son aguas oscuras, leonadas o claras como los fondos de roca sobre los que resbalan para cambiar bruscamente de forma, de color y de contextura. Todo lo que era resbalar dormido irrumpe en la súbita agitación de una energía incontenible. Las grandes chorreras se abren o se

unen, se concentran o se alejan, hasta formar el cauce abismal de la Garganta del Diablo, donde los colores, los volúmenes, el temblor del estruendo, la fugacidad de las formas, no dejan tiempo sino para eso que, con mucho sentido, se ha llamado abismarse.

Entre las inmensas y poderosas caídas revolotean seguros los vencejos; son antiquísimas, de miles de siglos y de edades geológicas, pero parecen estarse haciendo para quien las ve en cada segundo distintas e inagotables.

Tuve la suerte de poder recorrerlas desde un helicóptero, como un gran vencejo más quieto y más ruidoso, sin lograr nunca mirarlas por entero ni detenerme en una sola de sus infinitas formas.

Tampoco termina uno de verlas, desde el aire, desde la pasarela, desde la ventana del hotel, desde el eco profundo en la noche están presentes en su inagotable creación y destrucción. Más abajo, ya aquietadas, ya salidas del hervor titánico, las aguas se reunirán con las del río Paraná para seguir en busca del estuario del Plata. Cabeza de salida del inmenso anudamiento telúrico que por otros puntos sale en las desembocaduras de todos los grandes ríos, «mares de agua dulce» como decían en su ingenuo asombro los primeros exploradores. Alvar Núñez Cabeza de Vaca vio la maravilla y la describió en 1541 en su aventura sin término:

> Da el río un salto por unas peñas abajo muy altas y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe que de muy lejos se oye y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más.

Sus ojos asombrados habían visto el Missisipi, habían recorrido la selva tropical y habían llegado a aquel otro nudo clamoroso en el que late la presencia de la América del Agua, la vasta y contrastada realidad que todavía, cinco siglos después, no acabamos de conocer.

De las americanidades

¿Qué tienen en común un canadiense, un ciudadano de los Estados Unidos, un hispanoamericano y un brasilero? Podríamos afinar aún más la pregunta y demandarnos qué parentesco fundamental hay entre un hombre de Quebec, uno de Toronto y uno de Vancouver, o entre uno de Boston, uno de Chicago, uno de Texas y uno de California, o entre un mexicano del antiplano, un cubano, un colombiano, un peruano y un uruguayo, y entre ellos y un brasilero. No sería, ciertamente, un vano ejercicio de ingenio.

Hay, ante todo, el hecho geográfico de pertenecer al mismo continente, con todas las inmensas diferencias ambientales que existen al Norte y al Sur de los dos Trópicos, y de la contrastada fisiografía de esa vasta masa continental que tiene todos los climas, inmensas llanuras y fluviales, descomunales cordilleras y el más variado y extenso litoral marítimo. El solo hecho común, desde el punto de vista de la geografía humana, que se pudiera señalar es el de pertenecer a un continente aislado, a diferencia de Europa, que forma con Asia y África una masa territorial continua. También, desde el punto de vista cultural, han sido menores en número y más identificables que en el caso de Europa. Dos grandes corrientes culturales europeas dieron rasgos fundamentales, la ibérica y la anglosajona, una población indígena, con variedad cultural pero con rastos fundamentales comunes, y una presencia africana, perfectamente conocida y cuantificable. Las combinaciones e interacciones de estos tres agentes humanos no fueron parejas, ni siquiera semejantes, en toda la inmensa extensión. En el Norte la

contribución indígena fue pequeña y prontamente marginalizada, entre los Trópicos se dieron las grandes civilizaciones de los mexicas, los incas y los mayas. La presencia negra también es intertropical y predominantemente antillana y atlántica. No vivieron separados esos grandes actores culturales sino que se mezclaron, influyeron y condicionaron mutuamente en muchas formas y grados.

Dos grandes modelos de transculturación se destacan sobre todos los otros que pudieron ocurrir. El de los colonizadores anglosajones, relativamente tardíos, que, a partir del siglo XVII, cruzaron el Atlántico con sus familias, sus semillas, sus útiles de labranza, sus normas de vida política y religiosa, para establecerse en la nueva tierra a hacer, en condiciones parecidas, lo que habían hecho en la vieja, vivir del trabajo de sus manos y afirmar las normas de una conducta puritana. La palabra inglesa lo revela claramente, eran *settlers*.

Desde la Florida y California hasta la Patagonia, se desarrolla un proceso de conquista que provoca, primero de una manera cruenta y luego quieta y sometida, la creación de una nueva sociedad, dominada por los españoles pero sometida a un violento proceso de homogenización cultural al través de una creencia religiosa impuesta totalmente en la vida de una generación, y de la aceptación de los valores sociales de la tradición greco-romana-hebrea al estilo castellano. El caso del Brasil presenta algunas variantes importantes, pero, en lo esencial, es el mismo. En una generación, los indígenas americanos y los africanos se hicieron hermanos en Cristo de los españoles y de sus hijos criollos. Este inmenso fenómeno de mestizaje cultural es la característica fundamental que define el mundo iberoamericano y que lo distingue fundamentalmente del saxo-americano.

Los factores de comunidad continental son varios y poderosos, el de sólo tres lenguas dominantes, español, inglés y portugués, el de la continuidad geográfica, el del común proceso de traslado de una cultura dominante a un nuevo medio humano y geográfico, el de la noción muy temprana de una peculiaridad, a veces positiva, a veces negativa, frente a Europa. Es allí donde se halla lo que pudiéramos llamar la base de identidad de los hijos del continente, lo que tienen básicamente en común, por eso mismo puede y debe hablarse de las distintas y complementarias formas de la americanidad.

Los hechos de la variedad, el contraste y la alteridad no son menos poderosos. Mientras en el Norte se desarrolló ininterrumpidamen-

te un proceso político y social a imagen de la sociedad anglosajona, que por siglos mantuvo las instituciones fundamentales de la libertad política y la separación con los pueblos indígenas, en la inmensa parte española y portuguesa se desató desde el primer momento un inmenso proceso de mestizaje cultural, en el que los conquistadores ibéricos se mezclaron racialmente, pero sobre todo culturalmente, con los indígenas y los africanos para producir un nuevo hecho cultural que pertenece a Occidente por muchos aspectos esenciales, lenguas, religión, instituciones, pero que difiere marcadamente por el efecto generalizado y profundo de esa continua interacción de culturas, que ha estado produciendo por siglos un nuevo hecho humano.

En el Norte, en un proceso rápido, se formó la más poderosa nación del mundo y junto a ella el Canadá, que es un caso único de trasplante europeo en tierra americana. Es dentro de esa variedad tan contrastada que hay que considerar el hecho de la existencia de unas Américas diferentes y que, sin embargo, coinciden por bastante más que el hecho geográfico y el origen histórico. El gran mito que nutrió los ideales revolucionarios de Occidente brota y se nutre de una imagen americana, la del Buen Salvaje que lanzó Colón y que nutrió las ideas de libertad e igualdad que sirvieron de base al pensamiento político europeo del siglo XVIII y que constituyeron la base del ideal revolucionario, pensamiento que iba a rebotar sobre América, de manera distinta en el Norte y en el Sur, pero con los mismos ideales que sucesivamente expresaron la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, la Declaración de los Derechos del Hombre de la Asamblea Francesa, y las constituciones liberales que sirvieron de base ideológica a la creación, atrevida y magnífica, de las repúblicas hispanoamericanas.

Es sobre el reconocimiento de esas varias formas de americanidad que debe basarse todo propósito de colaboración entre las Américas. Algunos pueden creer que ésa es precisamente su debilidad, pero yo creo que es también su riqueza cultural y la base de su presencia ante el mundo.

Del leal reconocimiento de las diferencias históricas y culturales, que no significan grados de valor, es que puede y debe partir el necesario y difícil diálogo entre las diferentes americanidades.

El mito de la juventud americana

«Oh, jóvenes naciones», decía Bello en 1823, dirigiéndose a las recién proclamadas repúblicas hispanoamericanas. Igual calificativo se ha aplicado inmemorialmente a los Estados Unidos de América. Habría que preguntarse ¿hasta cuándo van a ser jóvenes las naciones americanas? Así como para las personas, debe haber un momento en el que las naciones adquieren un grado definitivo de adultez o, si lo preferimos, de mayoría de edad.

Esa connotación de juventud se presta a opuestas interpretaciones. Puede entendérsela, y así lo han hecho muchos de los propios hispanoamericanos, como un elogio de las virtudes y ventajas inherentes a la juventud: vigor, entusiasmo, posibilidades de futuro, impulso vital, pero también puede significar, negativamente, cierto grado de inmadurez, de retrasada infancia, de *capitis diminutio*. Esa supuesta juventud se ha invocado para excusar errores, improvisaciones, tendencia a la anarquía, falta de acatamiento a las instituciones establecidas, desorden y repetidos fracasos institucionales. Los fracasos de los sistemas políticos en la América Latina, las insurrecciones, la inestabilidad, se han querido cubrir con el no tan piadoso manto de la excusa de la juventud. Sería muy negativo que los hispanoamericanos siguiéramos aceptando y repitiendo que nuestros males sociales y políticos se deben a un estado colectivo de inmadurez. En una persona esto constituiría un caso patológico que requeriría la intervención del psiquiatra.

El mero hecho de que en la misma masa continental se encuentren naciones con una más que secular tradición de estabilidad política

como los Estados Unidos o el Canadá, hace poco valedero el argumento del tiempo.

Tampoco es hora para irse a refugiar en las ya muy desechadas explicaciones de los positivistas, que atribuían nuestros males colectivos al clima y a la raza. En la América Latina existen todos los climas y conviven todas las razas del planeta. El mestizaje cultural ha sido, en el caso del Mediterráneo Antiguo y de la formación de Occidente, de una extraordinaria potenciación creativa.

Las gentes que poblaron el continente americano, indígenas y europeos, eran tan antiguos como la humanidad y representaban viejas culturas muy definidas. Desde el Descubrimiento por los europeos ha transcurrido ya cerca de medio milenio. Quinientos años de historia es un inmenso trayecto del tiempo. Es lo que va, más o menos, de César Borgia a Mussolini, de Luis XI de Francia a De Gaulle, de los Reyes Católicos a la España de Juan Carlos I o, si preferimos otros parámetros, del Dante a Pirandello, de Leonardo a Picasso, de la Iglesia románica a la Torre Eiffel o de la galera de remos al avión supersónico.

Es absurdo seguir sosteniendo esa complaciente y celestinesca referencia a la juventud de las naciones americanas. Desde todos los puntos de vista somos pueblos viejos, con raíces tan antiguas como las de la humanidad misma y establecidos en circunstancias humanas y geográficas dadas desde hace medio milenio.

La persistencia del mito de la juventud americana ha contribuido a impedir que se busque más a fondo la causa de nuestros males sociales y de nuestra inestabilidad política. La flagrante antinomia que se produjo a partir de 1810, en la América Latina, entre las instituciones imitadas y la realidad socio-cultural, que hombres como Bolívar advirtieron con tan trágica angustia, puede explicar mucho de la anarquía del siglo XIX pero ya no puede bastar para países que llevan cerca de dos siglos de haber proclamado y hecho propios esos principios e instituciones que fueron exóticos en su comienzo.

El mito de la juventud americana tiene que ser considerado hoy con un criterio de adultos.

El destino de la América Latina

El azar, que no siempre es tan azariento como solemos creer, hizo que tuviera que ir a Bogotá en los días en que un infortunado incidente había creado un clima de tensión entre Colombia y Venezuela. Con mucha generosidad se me había invitado, algunas semanas antes, a presidir la gran ceremonia que se celebra en Bogotá para la entrega solemne de los Premios Nacionales de Periodismo.

Era una ocasión privilegiada para ponerse en contacto con el país entero, pues todos los medios de comunicación estaban concentrados en aquel acontecimiento. Colombia cuenta con medios de comunicación eficaces y desarrollados. Desde la prensa hasta la radio y la televisión, el país está cubierto por una viviente red de información muy sensible a la noticia y al momento. La radio merece especial mención por su agilidad, su diligencia y su persecución certera de la noticia y del matiz de la noticia. Desde la madrugada suena el teléfono del dormitorio del hotel para lanzar al huésped, inesperadamente, a un interrogatorio perspicaz.

Esa misma circunstancia hizo que yo pudiera alcanzar prontamente la más completa comunicación con la inmensa mayoría de los habitantes y que pudiera decir, sin artificios ni filtros, lo que pensaba.

Desde la época colonial, Venezuela y Colombia han tenido la más estrecha e íntima relación de pueblo a lo largo de una extensa frontera viviente que nunca ha separado las dos naciones. Se ha podido hablar de la existencia de una suerte de Tercer País que se ha ido formando

en el espacio humano que cubre la frontera y que alcanza características propias, positivas y negativas.

La más estrecha unión los fundió durante la guerra por la Independencia y la fundación de las nacionalidades. La Nueva Granada y Venezuela se unieron estrechamente, no sólo a partir de 1819 y la batalla de Boyacá, para formar una gran entidad política, sino desde el primer instante de su accesión a la autonomía. Desde 1810 fue una sola la causa y la acción de los dos pueblos. La lucha libertadora pasaba del uno al otro como dentro de un solo escenario y propósito.

Ambos países invocan la herencia de Bolívar como expresión suprema de su propia dignidad y compendio de su destino superior. Es, ciertamente, una gran fuerza unificadora, sobre todo si se entiende claramente el contenido de su mensaje. Bolívar sabía que para vencer al Imperio español en el norte de la América del Sur, era imprescindible la unión de la Nueva Granada y Venezuela. Después de Ayacucho, consumada la victoria final de la Independencia, comprendió igualmente que, destruido el Imperio, las nuevas naciones surgidas en su seno no podrían tener presencia e influencia en el escenario del mundo sino bajo alguna forma de unión efectiva.

Esa visión, lejos de perder validez, es mucho más evidente y válida en el mundo de hoy. Si los pueblos de la América Latina no son capaces de crear alguna bolivariana forma de integración, estarán condenados a no ser tenidos en cuenta por los grandes centros de poder de la hora presente.

El entendimiento de Venezuela y de Colombia forma parte fundamental de este proyecto, que es el único que asegura un porvenir importante y digno para la América Latina. Juntos los dos países, en una franca voluntad de cooperación, pueden alcanzar metas que les serán casi inaccesibles separados y, además, contribuir de manera importante a la integración latinoamericana, sin la cual hay que resignarse a un papel de segundones, de minusválidos y de pasiva periferia.

A la luz de esas consideraciones es que hay que plantear, en busca de soluciones prácticas y viables, y no de victorias o de derrotas absurdas e irreparables, las continuas cuestiones que una convivencia tan estrecha y varia ha hecho y hará surgir entre los dos países.

No hubo ni podía haber divergencia entre esa concepción del presente y el futuro de los dos pueblos y la que encontré ahora, y conocía

de antes, en todos los colombianos que piensan en profundidad sobre el futuro.

Una América Latina fragmentada, paralizada por rivalidades mezquinas, encerrada en pleitos parroquiales, distraída de su verdadero destino colectivo, copiando tardíamente las rivalidades y los nacionalismos suicidas de la Europa del pasado, sería la más estúpida traición al gran destino que le está ofrecido por sus propias realidades.

Deuda y democracia en la América Latina

Dos aspectos deben ser destacados en la consideración de la cruenta conmoción social que sacudió a Venezuela a partir del lunes 27 de febrero último. En primer término, el error fundamental, sostenido por muchos años y más allá de toda previsión, de pretender, a base de la súbita riqueza creciente que el petróleo llegó a producirle al Estado desde 1974 hasta 1983, mantener un alto nivel de gastos que no correspondía a la verdadera capacidad de producir riqueza del país. Se formó una frágil economía subsidiada y, como consecuencia, una prosperidad social también subsidiada y también frágil.

El segundo error, acaso menos imperdonable, consistió en contraer una inmensa deuda externa pública y privada que está hoy alrededor de más de treinta mil millones de dólares y que representa el enorme peso de dos mil dólares por cabeza de habitante. Un país que dispuso en esos años de tan enormes ingresos tiene pocas excusas para haber contraído una deuda exterior de tal magnitud. Sus propios recursos pudieron permitirle financiar un razonable desarrollo industrial.

Cuando, a partir de 1983, se hizo dramáticamente presente la caída de los precios del petróleo en los mercados mundiales fue evidente que el Estado venezolano no podría soportar la carta del pago de aquel inmenso subsidio económico y social del servicio de una deuda cuyo monto ha llegado a representar más que la suma total de diez Presupuestos nacionales al cambio actual.

Haber dejado crear semejante dependencia suicida del petróleo no es compatible con un *minimum* de prudencia gubernamental. Nume-

rosas voces se alzaron desde hace muchos años, entre ellas la mía, para alertar sobre el inmenso y creciente riesgo que la dependencia del precio de un solo producto representaba para Venezuela. Lo que es más grave, al producirse el descenso de los precios no se tomaron los correctivos necesarios que hubieran sido relativamente fáciles y aceptables, cuando se contaba con reservas internacionales que estaban cerca de los veinte mil millones de dólares. Se prefirió jugar al azar del futuro, posponer los reajustes necesarios para iniciar el cambio, exigente y difícil, de una economía petrolera a una economía más equilibrada en la que el petróleo no jugara un papel tan decisivo.

Ante el descenso a casi la mitad de los ingresos petroleros del Estado, sin haber tomado a tiempo los correctivos necesarios, se hizo insoportable el peso de la deuda externa, cada vez más alta en moneda nacional. La mayor parte del mermado ingreso petrolero se destinó al desproporcionado servicio de la deuda externa y las reservas operativas del Banco Central desaparecieron. El actual Gobierno venezolano, ya tardíamente, trató de aplicar los duros correctivos en forma perentoria, por lo inaplazable.

El resultado, en un país que en la misma proporción en que crecía su gasto público, iba acumulando una inmensa carga explosiva de población marginal, propia y foránea, ha sido el terrible y espontáneo estallido de violencia que acaba de ocurrir.

Muchas lecciones hay que aprender de este trágico estallido, que no fue dirigido ni apoyado por ningún partido político, ni por ninguna organización sindical, y que tuvo más el carácter de una explosión espontánea de presiones acumuladas en ciertos sectores desfavorecidos a los que el Estado no supo ni educar, ni incorporar a una vida social integrada, ni llegar de otra manera que por la dádiva.

Todo esto significa la necesidad inaplazable de un replanteo profundo y sincero de la vida democrática de Venezuela para hacerla más efectiva, más representativa, menos paternalista, más responsable y compartida, más exigente y retributiva.

Pero también, y sobre todo, significa la impostergable urgencia de una nueva reconsideración, más política que bancaria, del fundamental problema de la deuda de la América Latina y de todo el Tercer Mundo con las instituciones financieras de los países desarrollados. No hay problema de igual magnitud en el escenario mundial de hoy. Alguna vez se dijo que la guerra era una cuestión demasiado seria e importante

para dejarla en la mano de los solos militares; hoy, con más razón, hay que decir que el problema de la deuda de los países en desarrollo (suena a ironía el calificativo) es demasiado grave y de implicaciones políticas y sociales tan vastas que no puede dejarse en las manos de los solos financieros.

La democracia venezolana pudo resistir este duro choque, aunque con consecuencias negativas que todavía no podemos apreciar, pero es dudoso que las democracias latinoamericanas puedan soportar por más tiempo la postración en que las coloca el peso de la deuda.

En la creación de esa deuda hubo, ciertamente, inmensa responsabilidad y falta de previsión y probidad de los gobiernos que las contrajeron de los países deudores, pero la forma irreflexiva y desproporcionada en que los bancos de los países acreedores prestaron esas inmensas sumas, violando descaradamente las normas legales y de ética elemental, crea también una no menor responsabilidad para los países prestamistas.

Los países ricos, los gobiernos de los grandes centros financieros de Europa, el Japón y América del Norte, no pueden desentenderse de una situación tan grave y amenazante, a menos que su interés por el mantenimiento de los gobiernos democráticos en el mundo no vaya más allá de una cómoda hipocresía.

Si el problema de la deuda externa no tiene un arreglo satisfactorio y justo a corto plazo, la democracia será barrida de la América Latina. Esto, desde luego, no excluye la responsabilidad de los gobiernos que contrajeron esas deudas y que luego de dar ese paso tan riesgoso, no supieron o no quisieron tomar a tiempo las medidas que hubieran evitado llegar a la trágica encrucijada en que hoy nos encontramos.

La América Latina en el umbral del siglo xxi

Hace poco en Caracas, con ocasión de la transmisión del mando presidencial, se celebraron unas Jornadas de reflexión sobre el amplio tema de «La América Latina en el umbral del siglo xxi». Políticos, economistas, historiadores, sociólogos y escritores se reunieron para discutir sobre la democracia y el desafío de la gobernabilidad, la deuda externa y el porvenir de la América Latina y, como introducción y planteamiento básico, «El hombre latinoamericano 500 años después».

Fue estimulante y esclarecedor el debate y, más que debate, la amplia y reveladora coincidencia de los conceptos. Para mí, particularmente, me sirvió para confirmar la convicción que vengo sosteniendo desde hace mucho tiempo de que la primera necesidad para enfrentar el futuro del continente es revisar a fondo los prejuicios y las posesiones ideológicas que han oscurecido la comprensión de nuestros orígenes y de tomar conciencia de que sin una reconciliación previa con nosotros mismos y una asimilación desprejuiciada del pasado no podremos cumplir las grandes tareas de integración que nos exige el futuro inmediato.

Es como si no lográramos aceptar y asimilar nuestra historia. Es todavía, anacrónicamente, tema de debate vivo la disputa que ocupó a los juristas y teólogos de Carlos V sobre los justos títulos de la Conquista.

Sean cuales fueren los errores y los crímenes que se cometieron en ese inmenso y complejo proceso, el hecho cierto y fundamental es que la América Latina de hoy es el resultado necesario e irrevocable de

todo lo que allí pasó. Lo que ocurrió durante el siglo de fundación y posteriormente constituye un caso único en la historia del mundo contemporáneo, que no tiene otro antecedente comparable sino en la creación de Occidente durante los largos siglos que van desde la expansión del Imperio Romano hasta la completa cristianización de Europa. Las terribles luchas y los crueles episodios que marcan esa trayectoria se han perdido ya en la leyenda y el mito. La imposición de la ley romana, el sometimiento de pueblos distintos a un patrón común de conducta y civilización, las invasiones bárbaras y el sometimiento violento del mundo pagano a una nueva religión extraña, son los únicos antecedentes de lo que ocurrió en la América Latina, con la muy importante diferencia de que lo que en Europa tomó alrededor de un milenio, en la América Latina se hizo en no más de tres siglos y, en lo fundamental, en menos de uno. En ese corto tiempo, las poblaciones indígenas fueron sometidas a una nueva ley, a una nueva religión, a una nueva lengua, a un nuevo juego de valores, que logró crear una nueva y completa homogeneización cultural. Españoles, indios y negros a todo lo largo y ancho de la masa continental pasaron violentamente a integrar un nuevo hecho cultural, se hicieron cristianos y hermanos espirituales de los conquistadores, hablaron español y portugués, y adquirieron las bases de una espiritualidad y de una concepción del ser humano que tuvo inmensas consecuencias en las luchas por la Independencia y en la organización posterior de los Estados. Somos todos los herederos de la lucha de Cortés y Cuauhtémoc, de Pizarro y Atahualpa, de la imposición violenta y brutal del cristianismo por misioneros y conquistadores. De ese cataclísmico hecho surgió, con todos sus defectos y peculiaridades, una integración cultural continental que es, a la vez, la base de nuestra identidad y la causa de nuestro desasosiego ante la historia y ante la propia identidad.

Mientras no tomemos la decisión de reconciliarnos con nuestro pasado, del que somos la consecuencia directa en nuestras fallas y en nuestras ventajas, no podremos ni definirnos, ni menos resolver el viejo conflicto de identidad que nos ha atormentado y paralizado por siglos, ni mucho menos reconocernos en nuestro verdadero ser para enfrentar el futuro tan exigente que está ante nosotros.

Estas fechas cabalísticas que van a cumplirse en serie en muy corto plazo, el Bicentenario de la Revolución Francesa, el Quinto Centenario del Descubrimiento, el comienzo del siglo XXI y el inicio del Ter-

cer Milenio de la Era Cristiana, no los podremos enfrentar, en sus posibilidades y sus desafíos, si previamente no hemos logrado asimilar nuestor pasado y reconciliarnos con nuestro propio ser, tan negado y oscurecido por tantos prejuicios y apreciaciones contradictorias. Somos el producto y los herederos de un inmenso proceso de mestizaje cultural, el más grande y completo que ha presenciado la humanidad desde la Alta Edad Media. Como lo dijo Bolívar, «no somos españoles, no somos indios» sino «una especie de pequeño género humano». Ese reconocimiento debe llevarnos a aceptarnos nosotros mismos en nuestra verdadera condición, que es la de la formación y existencia de una sociedad *sui generis*, muy rica en su variedad y muy integrada en sus valores y en su cultura mestiza, que es la que nos da una presencia peculiar y llena de posibilidades ante el mundo de hoy.

Europa misma, que realiza inmensos esfuerzos por unirse, es un difícil mosaico de lenguas, tradiciones, odios de religión y barreras de historia. Nada de eso existe en los quinientos millones de habitantes de la América Latina, que constituye la más grande suma de humanidad con unidad cultural verdadera.

Sería criminal que viejos prejuicios y puntos de vista estrechos nos impidieran reconocer en toda su significación ese gran hecho auspicioso y promisor, que nos abre el camino para la integración.

Somos los herederos de los conquistadores y de los conquistados, de una manera indisoluble, somos los descendientes de los esclavizados y los esclavizadores, confundidos en nuestro ser cultural; somos el producto de un inmenso proceso de mestizaje cultural que se inició hace medio milenio y que continúa con un inmenso poder de creación del que ha salido nuestra historia y nuestra expresión literaria y artística.

Es eso y no la transitoria novedad de un azar de descubrimiento lo que vamos a conmemorar dentro de muy poco tiempo. Lo que se inició el 12 de octubre de 1492 fue un inmenso hecho humano al que no cabe otro nombre que el que originalmente le dieron sus primeros testigos: la Creación del Nuevo Mundo.

La América Latina en su hora

Mientras el avión, en el que voy, se desplaza serenamente desde Caracas hasta Lima, vuelve con insistencia a mi pensamiento el inmenso escenario natural y humano que voy atravesando velozmente. Desde la costa del Caribe se pasa sobre los llanos fluviales de Venezuela para alcanzar la vertiente oriental de la cordillera colombiana. Por horas se han desplegado, borrosos entre nubes y distancias, aquellos espacios, más adivinados que vistos, que van desde los grandes ríos dormidos de la llanura hasta los picos blancos y las torrenteras de la sierra andina. Toda una inagotable variedad de climas, paisajes y condiciones de vida. Más allá vamos a entrar, o hemos entrado ya, sobre la selva amazónica. El más inmenso reservorio de agua y vegetación que conoce el planeta, casi sin presencia humana. Los rasgos de los ríos se divisan como surcos entre la compacta masa verde. Volvemos a acercarnos a la cordillera para tocar en Quito. Uno o dos volcanes se asoman. Paramos un momento en la alta meseta fértil. Otro paisaje humano diferente del que dejamos en Maiquetía, otro acento del español, un cierto matiz distinto del gesto y la actitud. Cuando regresamos al aire para cortar hasta la costa de Lima, vemos desfilar por largo tiempo la más insólita parada de cumbres de nieve que el ojo humano pueda ver. Entre sus deslumbrantes mantos blancos se alzan las cumbres. Es como un coro de gigantes de nieve entre el Pacífico y la selva amazónica. Una avenida de cíclopes que invita a los sueños más delirantes. Esta es la cordillera inmensa que recorre la América del Sur como un destino.

Mientras entreveo o adivino o imagino todo lo que está debajo, vienen a mi memoria los datos y las estadísticas aterradoras de la situación de la América Latina en el mundo contemporáneo. Población creciente, miseria creciente, crecimiento económico estancado, deuda agobiante, monedas evaporadas, desánimo y desesperación, violencia y abatimiento, Tercer Mundo, Cuarto Mundo, Quinto Mundo.

El contraste entre lo que hemos llegado a ser y lo que esperábamos ser es trágico e ineludible. Los hombres de la Independencia, con Bolívar a la cabeza, creían que habían iniciado un nuevo tiempo de la humanidad, que habían incorporado al progreso y al poder a una de las más ricas y promisorias regiones del mundo, que aquella masa de naciones, organizada en formas integradoras, iba a crear un nuevo equilibrio del universo, que la América libre era la más bella esperanza del mundo.

Ciertamente hemos crecido en población, nos acercamos a los cuatrocientos millones de habitantes, pero también hemos crecido pavorasamente en miseria y atraso. Los sueños de Bello, Sarmiento, Montalvo, Rodó, Justo Sierra, hoy nos suenan a amarga ironía y no hay quien se atreva a invocarlos.

¿Qué ha pasado? No es fácil dar respuesta porque hay muchas y todas resultan incompletas y engañosas. En pleno siglo de la anarquía y el caudillismo, los pensadores latinoamericanos trataron de buscar respuesta en las ideas de los positivistas franceses e ingleses. Eran respuestas demasiado simples y superficiales que no eran sostenibles. No eran sólo el clima, había todos los climas, no era sólo la raza, habían venido todas las razas, no era la situación geográfica ni la herencia histórica; con situaciones geográficas similares y herencias históricas poco favorables otros pueblos del mundo alcanzaron una prosperidad que nos parece negada. Una situación semejante es propicia para los brujos, los mesiánicos y los visionarios.

Cuando llego a Lima, en medio de la cordial acogida de amigos y conocidos, encuentro pronto el mismo tono amargo que dejé detrás. El mismo que he topado cada vez que en los últimos tiempos he visitado alguna ciudad de esta América.

Ningún esfuerzo es más necesario y útil que el de la reflexión sobre las muchas causas concomitantes que han llevado a la América Latina a esta situación dolorosa y desesperante. Este debería ser el gran

tema del pensamiento y de la educación. No hay respuesta fácil. Si la hubiera habría que desconfiar de ella.

Simón Rodríguez, una de las figuras más iluminadas de la inteligencia latinoamericana, se planteó el problema al día siguiente de la Independencia, con insólita claridad. Se dio cuenta de la contradicción insoluble entre instituciones y herencia histórica y propuso hacer nada menos que una reforma de las mentalidades. Hacerla en la escuela. Hacerla sin copiar servilmente modelos, ni obedecer dogmas políticos. Aprender de nuestras gentes para hacerlas mejores. «Colonizar el país con sus propios habitantes». Con ojos desprejuiciados y mente despierta plantear el problema en todas sus dimensiones. «O inventamos o erramos».

El mapa del futuro

Parece evidente que ya están echadas las bases humanas y materiales de una nueva geografía del poder en el mundo. Algunos importantes acontecimientos recientes lo revelan de manera clara. Entre ellos se puede señalar los siguientes.

La nueva relación entre las dos superpotencias caracterizada por la distensión, el repliegue de la amenaza militar y una creciente voluntad de cooperación. Las transformaciones que en lo político y en lo económico están ocurriendo dentro del bloque soviético y en China, con la creciente aplicación de procesos de cambio incontenibles y llenos de poder transformador, como el *glasnot* y la *perestroika*. Las dos superpotencias liberadas del peso agobiante de una ruinosa carrera armamentista podrán dedicarse a desarrollar al pleno sus capacidades económicas y el progreso de sus sociedades nacionales.

La integración de la Europa de los doce va a hacer surgir un conjunto supranacional de capacidades económicas, científicas, intelectuales y culturales que difícilmente podrá ser igualado en el mundo. La Comunidad Europea va a constituir una inmensa presencia unitaria de poder no inferior a las dos superpotencias y con posibilidades de excederlas en muchos aspectos. No hay que olvidar que esto que llamamos la Civilización Occidental fue una creación colectiva de esa comunidad de hecho. Esto significa, entre otras cosas, un aumento de su capacidad creadora y de su poderío y, al mismo tiempo, el surgimiento de una mentalidad regional con ciertos caracteres de nuevo nacionalis-

mo y de proteccionismo. No ha faltado quien hable de la «Fortaleza europea».

En parte como una reacción ante las consecuencias inevitables de esa nueva realidad, los Estados Unidos y el Canadá acaban de dar el gigantesco y difícil paso de constituir un ilimitado mercado común que los transforma de hecho en una inmensa posibilidad de crecimiento mutuo. No está excluido que, a pesar de las barreras culturales, México pueda ser incorporado en muchas formas a esa nueva comunidad de la América del Norte.

Ese nuevo mapa que se hace ante nuestros ojos no se limita al bloque soviético, la Comunidad Europea y la América del Norte, sino que incluye otras poderosas regionalizaciones. Ya el Japón, nacionalmente, es la primera potencia económica y financiera del mundo, el mayor exportador, el mayor inversor de capitales y el de más alto ingreso nacional per cápita. Muchos estrategas del futuro piensan, no sin razón, que China va a transformarse en una nueva gran potencia. Es casi inevitable que, en alguna forma que desafía la imaginación, el Japón y China tenderán a buscar formas de colaboración y complementación estrecha, a la cual no serán ajenos los nuevos países industriales de Asia: Taiwan, Corea del Sur, Singapore y Hong-Kong. En ese mapa futuro constituirán una inmensa presencia, nunca inferior, y acaso en muchas formas superior, a las otras que hemos mencionado.

Lo que el Mediterráneo fue hasta el siglo XVI y lo que el Atlántico ha sido hasta nuestros días ha empezado a serlo para el futuro el Pacífico. Sobre ese inmenso océano van a enfrentarse en competencia los Estados Unidos, el Canadá, la Unión Soviética, el Japón, China y la creciente potencialidad de Australia y Nueva Zelanda. Nada del pasado será comparable al inmenso desarrollo de poder económico y avance humano que va a tener por teatro esas aguas.

Cuando un latinoamericano se asoma a ese mapa del futuro, que ya en gran parte es del presente, no puede menos que preguntarse por la presencia de la América Latina en esa nueva y ascendente geografía del poder. Lo primero que habría que decir es que no aparece porque no existe. Lejos de estar integrada sigue dividida en recelosas y estrechas nacionalidades, absorbidas en pleitos parroquiales y en utopías empobrecedoras. En cerca de dos siglos de independencia política no ha sido capaz de establecer un orden y una base para poner a valer sus recursos humanos y sus inmensos recursos materiales.

Lejos de crecer se halla desde hace años en una situación de estancamiento, desorientación, empobrecimiento y pérdida de importancia relativa. Según datos oficiales del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), para 1990 unos doscientos cuarenta y nueve millones de latinoamericanos estarán en condiciones de pobreza crítica, lo que representa el 60 por ciento de su población. El producto per cápita, lejos de aumentar, ha disminuido en el doce por ciento en un lustro, de 1.993 dólares en 1980 a 1.780 dólares en 1985. Una inmensa deuda de cerca de cuatrocientos mil millones de dólares agobia todos los países de la región. Su peso y presencia relativa ante el resto del mundo decrece. Nadie puede contar la región, absurdamente empobrecida, entre los actores de la historia futura. En ese mapa, ya dibujado, del mundo del futuro la América Latina no aparece o aparece tan sólo como una región marginal.

No hay cuestión más importante para los hombres de pensamiento de la América Latina que preguntarse y esforzarse en hallar respuestas ante esta triste realidad que es la mayor amenaza que hemos enfrentado nunca. ¿Por qué hemos llegado a esto? ¿Qué podemos hacer para remediarlo a tiempo y aparecer dignamente en ese mapa del futuro?

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abardanel, Judas, 45
Abderramán III, 46
Abraham, 25, 173
Acosta, Joseph de, 26, 202, 204
Adán, 176, 199
Aguado, fray Pedro de, 50
Aguilar, Jerónimo de, 78
Aguirre, Elvira, hija de Lope, 38
Aguirre, Lope de, 14, 31, 32, 34, 36, 37, 38, 162
Alembert, Jean Le Rond d', 86
Alfonso X, rey de Castilla, 161
Aragón, Louis, 154
Aranda, conde de, 23
Arciniegas, Germán, 189
Ariosto, 45
Aristóteles, 148
Artigas, José G., 118, 119
Asturias, Miguel A., 125, 185
Atahualpa, 161, 226
Averroes, 46
Bacon, F., 145
Balaguer, Joaquín, 209
Barthes, Roland, 142
Bataillon, Marcel, 144
Bello, Andrés, 142, 147, 150, 151, 152, 217, 229
Berdiaeff, 148, 149
Berrio, Antonio de, 206
Bilbao, general, 138
Bloch, Marc, 136
Boccaccio, Giovanni, 45
Bolívar, María Antonia, hermana de Simón, 175
Bolívar, Simón, 15, 25, 61, 63, 64, 66, 82, 89, 90, 91, 92, 93, 99, 101, 102, 103, 105, 106, 119, 122, 123, 133, 134, 137, 150, 151, 159, 174, 175, 185, 188, 189, 210, 218, 220, 227, 229
Bonaparte, José, 87
Bonaparte, Napoleón, 87
Borbones, dinastía de los, 61, 86, 144
Borges, Jorge Luis, 163, 185
Borgia, César, 218
Bossuet, J. B., 110
Boves, José Tomás, 92, 118, 119, 120, 122, 123
Boyardo, 45
Brandel, Fernand, 136
Buffon, G. L. Leclerc, conde de, 86
Byron, lord, 61
Cabeza de Vaca, Alvar Núñez, 213
Canterac, José, 88
Cañete, Marqués de, 31, 34
Carlomagno, 79
Carlos III, rey de España, 93
Carlos V, emperador, 14, 28, 89, 162, 163, 225
Carpentier, Alejo, 125, 185
Castilla, Ramón, 124
Castro, Américo, 143, 146
Catay, Gran Kan de, 200, 201
Canaultémoc, 226

Cervantes Saavedra, Miguel de, 15, 46, 55, 159
César, Julio, 78
Chartier, Roger, 136
Chejov, A. P., 148
Chimpu Ocllo, Isabel, madre del Inca Garcilaso, 43, 44
Coleridge, S. T., 142
Colón, Cristóbal, 21, 22, 26, 27, 74, 77, 112, 126, 129, 131, 144, 145, 161, 171, 181, 182, 183, 191, 194, 201, 208, 209, 216
Colón, Hernando, hijo de Cristóbal, 201
Comte, Auguste, 132, 137, 150
Concolorcorvo, 159
Córdoba, José María, 92
Cortés, Hernán, 14, 25, 36, 37, 70, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 170, 176, 209, 226
Cortés, Martín, padre de Hernán, 75
Craxi, B., 169, 176
Cristo, 25, 79, 173, 176, 199, 215
Cruz, sor Juana Inés de la, 81
Dante Alighieri, 218
Darío, Rubén, 15, 25, 81, 147, 152, 154, 163, 185, 188
Darwin, Charles, 26, 117, 125, 203
De Vries, 194
Descartes, René, 132, 149
Díaz, Porfirio, 124
Díaz del Castillo, Bernal, 14, 46, 76, 153
Diderot, Denis, 86
Diego, Juan, 79
Don Juan, mito de, 147
Dostoyevski, F., 148
Drake, Francis, 193
Duby, Georges, 136
Edipo, complejo de, 177
Erasmo de Rotterdam, 76, 144, 145
Ercilla, Alonso de, 55
Ericsson, Leif, 181, 182
Escoto, Duns, 129, 130
Espartero, Baldomero, 88, 93
Estrada Cabrera, 125
Febvre, Lucien, 136
Feijoo, B. G., 144
Felipe II, 14, 31, 136, 163
Fernández de Lizardi, 150
Fernández de Moratín, L., 144, 147
Fernández de Piedrahita, Lucas, 25
Fernando VII, rey de España, 87
Fichte, J. G., 151
Flores, Juan José, 124
Francia, José Gaspar Rodríguez de, 124, 125
Fuentes, Carlos, 185
Furet, François, 110
Gallegos, Rómulo, 185
Gaos, José, 150
García Bacca, Juan David, 130
García Lorca, Federico, 163
García Márquez, Gabriel, 126, 151, 185
García Moreno, Gabriel, 124, 151
Garcilaso de la Vega, 15, 43, 44
Garcilaso de la Vega, llamado el Inca, 15, 25, 43, 44, 46, 81, 147, 153, 159, 161, 185, 188
Gaule, Charles de, 218
Gobineau, conde, 189
Gogol, N. V., 148
Gómez, Juan Vicente, 124, 126
González, Juan Vicente, 120
Grey, 117
Griffith, 114
Grijalba, Juan de, 77
Guillén, Nicolás, 185
Guillermo IV, rey de Inglaterra, 118
Guiomar, esposa de Miguel, el negro rey, 50
Guzmán, Aben, 46
Guzmán, Fernando de, 31, 35
Guzmán Blanco, 126
Hanke, 114
Haring, 114
Hazard, Paul, 27, 85
Hebreo, León, 45, 46
Hegel, G. W. F., 132, 149
Henríquez Ureña, Pedro, 142, 153, 209
Hernández de Córdoba, Francisco, 77
Hernández Girón, Francisco, 34
Herrera, Juvenal, 207
Hipólita, ama de cría de Bolívar, 175
Hitlodeo, Rafael, 27
Hostos, 151
Huayna Capac, 43, 206
Hughes, Lanston, 198
Huitzilopochtli, 173
Humboldt, Alexander von, 26, 51, 191
Husserl, E., 132, 149
IBM, 193
Ingenieros, José, 151

Inquisición, 129
Irigoyen, Bernardo de, 124
Isabel I, reina de Inglaterra, 206
Jiménez, Juan Ramón, 163
Jonson, Ben, 206
Jovellanos, Gaspar M. de, 144
Juan Carlos I, rey de España, 218
Juan de las Indias, preste, 21, 171, 200, 201
Juárez, Benito, 15, 25, 185, 188
Kant, E., 132
Keyserling, 211
Kierkegaard, S., 149
La Serna, José de, 88, 91, 92, 93
Las Casas, fray Bartolomé de, 37, 72, 111, 113, 114, 145, 160, 209
Le Goff, Jacques, 136
Lenin, V. I., 27, 150
Leonardo de Vinci, 218
Lezama Lima, José, 185
Licurgo, 131
Losada, Diego de, 50
Lugones, Leopoldo, 163
Luis XI, rey de Francia, 218
Luis XIV, rey de Francia, 194
Luzán, Ignacio de, 144
Machado, Antonio, 163
Machado, Gerardo, 124, 126
Mallarmé, Stéphane, 142
Mandeville, sir John de, 199, 200, 201
Mao Tse-Tung, 27
María Cristina, reina y regente, 93
Mariátegui, 151
Marlowe, C., 206
Mármol, José, 151
Martí, José, 151
Mártir de Anglería, Pedro, 22, 70, 144, 171, 191
Marx, Karl, 27, 110, 132, 145, 149, 150
Melgarejo, Mariano, 124
Menéndez Pelayo, Marcelino, 212
Menet, general, 88, 92
Michelet, Jules, 110
Miguel, negro y rey, 50, 51
Miranda, Francisco de, 64, 86, 112
Moctezuma, 79, 80, 170, 176
Moisés, 25
Molina, Tirso de, 147
Monroe, James, 92
Montaigne, Michel de, 26, 131, 145, 161
Montalvo, 151, 229
Montesinos, fray Antonio de, 36, 209
Montesquieu, 63, 86, 133
Morillo, Pablo, 88, 91
Morínigo, M. A., 55 y n.
Moro, Tomás, 14, 26, 79, 131, 144, 145, 146, 161, 171, 183
Motolinía, fray Toribio, 146
Mussolini, Benito, 218
Nebrija, Antonio de, 76
Neruda, Pablo, 152, 154, 163, 185
Nietzsche, F., 149
Noé, 26, 203
Núñez, José, 124
Núñez de Balboa, A., 209
Ojeda, 209
Olañeta, A. P., 92
Orellana, Francisco de, 35
Ovidio, Publio Nasón, 104
Oviedo, José de, 24, 145, 209
Páez, 123
Panofski, Erwin, 136
Partidas, Código de las, 15, 158
Paulo III, papa, 145
Pauw, 133
Paz, Octavio, 141, 142, 143, 147, 150
Pedrarias de Almesto, 38
Perón, Juan Domingo, 124
Picasso, Pablo, 218
Pirandello, Luigi, 218
Pizarro, Francisco, 34, 36, 37, 206, 226
Platón, 131
Plinio, 203
Poe, Edgar A., 152
Polo, Marco, 199
Ponce de León, Juan, 209
Portales, Diego, 124
Ptolomeo, 23, 26
Pushkin, A. S., 148
Quetzalcoatl, 78, 80, 150
Quevedo y Villegas, Francisco de, 160
Quiroga, general, 91
Quiroga, Vasco de, 14, 145, 146
Raleigh, sir Walter, 205, 206
Raleigh, Walter, hijo de sir Walter, 207
Raynal, Guillaume, 86, 133
Renovales, Mariano de, 89
Requena, Antonio, 207
Reyes, Alfonso, 142
Reyes Católicos, 75, 131, 194, 218

Reyes Magos, 196, 198
Riego, Rafael del, 85, 88, 89, 90, 91, 94
Roa Bastos, A., 125
Robespierre, Maximilien de, 27
Rodil, José Ramón, 88
Rodó, 142, 151, 229
Rodríguez, Simón, llamado Samuel Robinson, 101, 102, 121, 133, 137, 138, 178, 230
Rondón, Estanislao, 152
Rosas, Juan Manuel de, 117, 118, 120-123
Rousseau, Jean-Jacques, 27, 63, 79, 85, 86, 132, 145, 162
Sacsahuaman, 43
Saint-Simon, 145
San Felipe de Buria, 49, 50
San Martín, José F. de, 88
San Mateo, apóstol, 196
Santa Alianza, 92
Santa Ana, Antonio López de, 124
Santa Cruz, Andrés, 124
Santillana, marqués de, 161
Santo Tomás, apóstol, 72, 150
Sarmiento, Domingo F., 121, 122, 138, 151, 229
Schlegel, J. E., 142
Sepúlveda, Juan Ginés de, 73, 111, 113, 114, 160
Shakespeare, William, 69, 206
Sierra, Justo, 138, 151, 229
Simón Rodríguez de Carceas, universidad de, 105
Spencer, H., 150, 206
Spinoza, 149
Stalin, José, 150
Sucre, Antonio José de, 92
Taine, H., 150
Teodosio, emperador, 79
Teresa de Mier, fray Servando, 150
Thibaudet, A., 142
Tocqueville, C. A. de, 110
Tolstoi, León, 148
Tomás de Aquino, Santo, 129, 130, 148
Tonantzin, María, 79
Tormos, Lázaro de, 159
Torralba, la compañera de Lope de Aguirre, 33, 38
Trujillo, Julián, 126
Túpac Yupanqui, 43, 161
Ulises, 199
Ursúa, Pedro de, 31, 34, 35
Valdés, Alfonso, 144
Valdés, Jerónimo, 88
Valdés, Juan, 144
Valle-Inclán, R., 163
Vargas Llosa, Mario, 185
Varona, E. J., 138
Vázquez, Francisco, 33, 37
Vega, Lope de, 55 y n., 56, 57, 147, 193
Velasco Ibarra, José María, 124
Velázquez, Diego, 77, 209
Verlaine, Paul, 154
Vespucio, Américo, 11, 22, 27, 70, 144, 161, 171, 191
Virgilio Marón, Publio, 66
Vitoria, Francisco de, 37, 73, 145, 160
Vives, Juan Luis, 144
Voltaire, 85, 86, 133, 206
Walssemüller, Martin, 11
Wellington, A. W., 117
Welser, familia, 49
Wittgenstein, L. J., 69
Zavala, Silvio, 74, 190
Zea, Leopoldo, 173
Zumárraga, Juan de, 145

ÍNDICE TOPONÍMICO

África, 13, 24, 66, 94, 173, 174, 184, 185, 191, 194, 197, 214
Alemania, 24, 146
Alpujarras, 45
Amazonas, reino de las, 11, 22 70, 74, 171, 178, 200, 201, 206
Amazonas, río, 31, 33, 35, 37, 81, 206, 212
América, 11, 14, 25, 26, 31, 33, 43, 44, 46, 55, 56, 58, 61, 62, 63, 64, 65, 69, 75, 79, 81, 85, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 97, 99, 100, 101, 103, 104, 105, 111, 112, 117, 122, 130, 132, 133, 134, 137, 138, 143, 144, 150, 158, 159, 160, 162, 163, 164, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 181, 182, 184, 185, 186, 189, 190, 191, 193, 198, 201, 206, 210, 213, 216, 229
América del norte, 206, 224, 232
América del sur, 11, 220, 228
América Española, 124, 133, 137, 208
América Hispana, 106, 133, 208, 209
América Latina, 11, 16, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 110, 111, 114, 120, 124, 125, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 141, 142, 143, 147, 148, 149, 151, 152, 153, 169, 175, 176, 177, 178, 184, 188, 192, 198, 210, 217, 218, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 232, 233
Andalucía, 45, 89
Andalus, Al, 161
Andes, 12, 16, 38, 81, 150
Angostura, 15, 90, 100, 133, 134, 151
Antillas, islas, 12, 22, 49, 51, 131, 153, 173, 201
Antillas, mar de las, 11, 77
Arabia, 196
Arequipa, 137
Argentina, 64, 124
Asia, 11, 21, 24, 66, 94, 165, 171, 185, 191, 194, 199, 201, 214, 232
Atlántico, océano, 23, 112, 158, 164, 182, 183, 215, 232
Australia, 232
Ayacucho, batalla de, 62, 64, 92, 105, 112, 137, 159, 175, 220
Babilonia, 200
Báltico, mar, 22
Barinas, 65
Barquisimeto, 38, 49, 50
Bayona, 87
Biblioteca Pierpont Morgan, 193
Bogotá, 12, 105, 206, 219
Bolivia, 105, 124
Boston, 214
Boyacá, batalla de, 220
Brasil, 26, 137, 138, 197
Brasilia, 81
Buenos Aires, 118, 121, 122
Burgos, 46
Cádiz, 89, 94
  Cortes de Cádiz, 87, 88
  Juntas de Cádiz, 87
California, 22, 214, 215
Canadá, 216, 218, 232

Caracas, 50, 86, 88, 147, 186, 225, 228
Caribe, mar, 12, 22, 31, 74, 172, 193, 197, 208, 228
Caroní, río, 206
Cartagena de Indias, 65, 99
Casiquiare, río, 37
Castilla, 13, 43, 57, 71, 72, 79, 89, 162
Cempoala, 79
Chicago, 23, 214
Chile, 64, 121, 124
China, 165, 231, 232
Chuquisaca, 105
Cid, sepulcro del, 157
Cipango, 11, 201
Colombia, 64, 124, 219, 220
Comunidad Europea, 177, 231, 232
Córdoba, 15, 46, 161
Corea del sur, 232
Coricancha, 43
Cuba, 77, 124, 209
Cuzco, 15, 43, 46, 81, 159-160, 175, 205
Ecuador, 64, 124
Eiffel, torre, 218
El Dorado, 22, 33, 34, 74, 101, 205, 206
El Tocuyo, 49, 50
Escocia, 24
España, 13-15, 23, 34, 44-46, 57, 70, 71, 74, 75, 77, 81, 82, 86-94, 97, 98, 100, 103, 112, 143-148, 158-164, 184, 204
Española, isla, 49, 74
Estados Unidos, 11, 63, 85, 86, 92, 98, 114, 133, 136, 137, 143, 165, 214, 216, 217, 218, 232
Europa, 22-24, 26, 44, 45, 70, 82, 85, 97, 98, 101, 129, 131, 132, 137, 138, 142, 146-148, 150, 151, 161, 165, 171, 173, 176, 181, 182, 184, 188, 189, 191, 194, 199, 200, 205, 208, 214, 215, 221, 224, 226, 227, 231
Everest, monte, 182
Filadelfia, 99
Florida, 209, 215
Francia, 63, 86, 88, 101, 133, 136, 146, 149, 184
Galápagos, islas, 26
Garganta del Diablo, 213
Granada, 15, 75
Grecia, 61
Groenlandia, 181
Guanahani, 70
Guayana, 206, 207
Guinea, 49
Hispanoamérica, 11, 37, 112, 124, 150, 158, 164
Holanda, 85
Hong-Kong, 232
Hornos, cabo de, 11
Iberoamérica, 11, 23
Iguazú, río, 211, 212
Imperio Bizantino, 200
Imperio Romano, 170, 226
India, 173, 191, 191-192, 196
Indias, 11, 21, 31, 32, 36, 37, 44, 55, 69, 72, 76, 81, 99, 203
Indostán, 173
Inglaterra, 24, 26, 88, 92, 100, 146, 149, 184, 199
Islandia, 181
Israel, 11, 22, 200
Italia, 24, 45, 76
Jamaica, 65
Japón, 165, 224, 232
Labrador, península del, 181
Lima, 35, 38, 105, 228, 229
Londres, 85, 89, 141, 153, 206, 207
Los Ángeles, 23
Madrid, 202
Magdalena, río, 212
Maiquetía, 228
Malinche, la, 78
Manoa, 22, 206
Maracaibo, 65
Margarita, isla, 31, 33, 35, 36, 38
Mediterráneo, mar, 16, 22, 23, 136, 189, 218, 232
México, 22, 80, 81, 124, 138, 145, 150, 173, 205, 209, 232
Missisipi, río, 213
Montreal, 23
Naciones Unidas, 233
Nápoles, 75
Negro, río, 37
Nicaragua, 152
Nirgua, 51
Nombre de Dios, 35
Norteamérica, 98
Nueva Granada, 64, 65, 220
Nueva Inglaterra, 72
Nueva York, 23, 153, 193
Nueva Zelanda, 232

Oñate, 32
Orinoco, río, 35, 37, 81, 92, 100, 120, 134, 201, 206, 207, 212
Ottawa, 23
Pacífico, océano, 12, 13, 16, 22, 24, 35, 197, 200, 209, 228, 232
Panamá, 32, 35, 64
Paraguay, 124, 145
Paraná, río, 213
Parima, lago, 206
París, 61, 85, 99, 101, 133, 137, 153
Patagonia, 215
Pativilca, 101
Persia, 196, 200
Perú, 22, 33, 34, 36, 38, 45, 64, 92, 101, 105, 124, 173, 205, 206
Pirineos, cordillera, 16
Plata, cerro de, 64
Plata, río de la, 12, 55, 118, 120, 138, 153, 213
Portugal, 23, 158
Potosí, 56, 57, 64
Quebec, 214
Quito, 228
República Dominicana, 209
Rimac, valle del, 38
Río de Janeiro, 23, 211
Roma, 80
Rusia, 147, 148
Salamanca, 75, 80
  Universidad, 75
San Pedro, río, 50
Santiago de Chile, 105
Santo Domingo, 36, 76, 201, 208, 210
Sevilla, 31, 58
Singapore, 232
Suecia, 174
Suiza, 85
Taiwan, 232
Tenochticlán, 80, 205
Texas, 214
Tierra Santa, 200
Toronto, 214
Trinidad, 206
Unión Soviética, 232
Valladolid, 28, 160
Valparaíso, 105
Vancouver, 214
Venezuela, 33, 38, 49, 64, 65, 99, 100, 119, 122, 123, 124, 130, 133, 138, 152, 160, 219, 220, 222, 223, 228
Villalar, batalla de, 158
Vinlandia, 181
Virginia, 197, 206
Washington, 100, 133
Yucatán, 77
Zaire, 174

COLECCIÓN
ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

La Nueva América (Reflexiones utópicas para la Edad Universal).
La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista.
La Florida colonial.
La Florida contemporánea.
California.
Arizona.
Nuevo México.
Texas.
Luisiana.
Veinticinco años de México en Estados Unidos.
España y Estados Unidos: la ayuda española a la independencia americana.
Influencia de la revolución norteamericana en la independencia de América.
Hispanos en los Estados Unidos.
Emigración española a Estados Unidos.
Las raíces hispanas de Estados Unidos.

COLECCIÓN
ARMAS Y AMÉRICA

Generación de la Conquista.
El soldado de la Conquista.
Estructuras guerreras indígenas.
Estrategias de la implantación española en América.
Ejército y milicias en el mundo colonial americano.
El mantenimiento del sistema defensivo americano.
Armas blancas en España e Indias.
La estrategia española en América durante el Siglo de las Luces.
Rebeliones indígenas en la América española.
Últimos reductos españoles en América.
Los Ejércitos Realistas en la Independencia hispanoamericana.
Ordenanzas militares en España e Hispanoamérica.

COLECCIÓN
LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

Galicia y América.
Asturias y América.
Cantabria y América.
Vascongadas y América.
Navarra y América.
Rioja y América.
Aragón y América.
Cataluña y América.
Valencia y América.
Baleares y América.
Murcia y América.
Andalucía y América.
Canarias y América.
Extremadura y América.
Castilla y América.
Madrid y América.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de noviembre de 1991.

1800
Proles

El libro *La creación del Nuevo Mundo,* de Arturo Uslar Pietri, forma parte de la Colección «América 92», que recoge temas generales de las áreas que integran las colecciones MAPFRE 1492.

COLECCIÓN AMÉRICA 92

- La creación del Nuevo Mundo.
- El español de las dos orillas.
- La exploración del Atlántico.
- Por la senda hispana de la libertad.
- Literaturas indígenas de México.
- Relaciones económicas entre España y América hasta la independencia.
- Los judeoconversos en la España moderna.

En preparación:

- Rebeldía y poder: América hacia 1760.
- Europa en América.
- Los judíos en España.
- Caudillismo en América.
- Aventureros y proletarios. Los emigrantes en Hispanoamérica.
- La independencia de América.
- El Tratado de Tordesillas.
- Emigración española a América.
- Portugal en el mundo.
- El Islam en España.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRISPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 001948